LIGHTNING GIRL



LA BRIGADA SUPERHEROICA

ALESHA DIXON

LIGHTNING GIRL



LA BRIGADA SUPERHEROICA

ALESHA DIXON

LIGHTNING GIRL

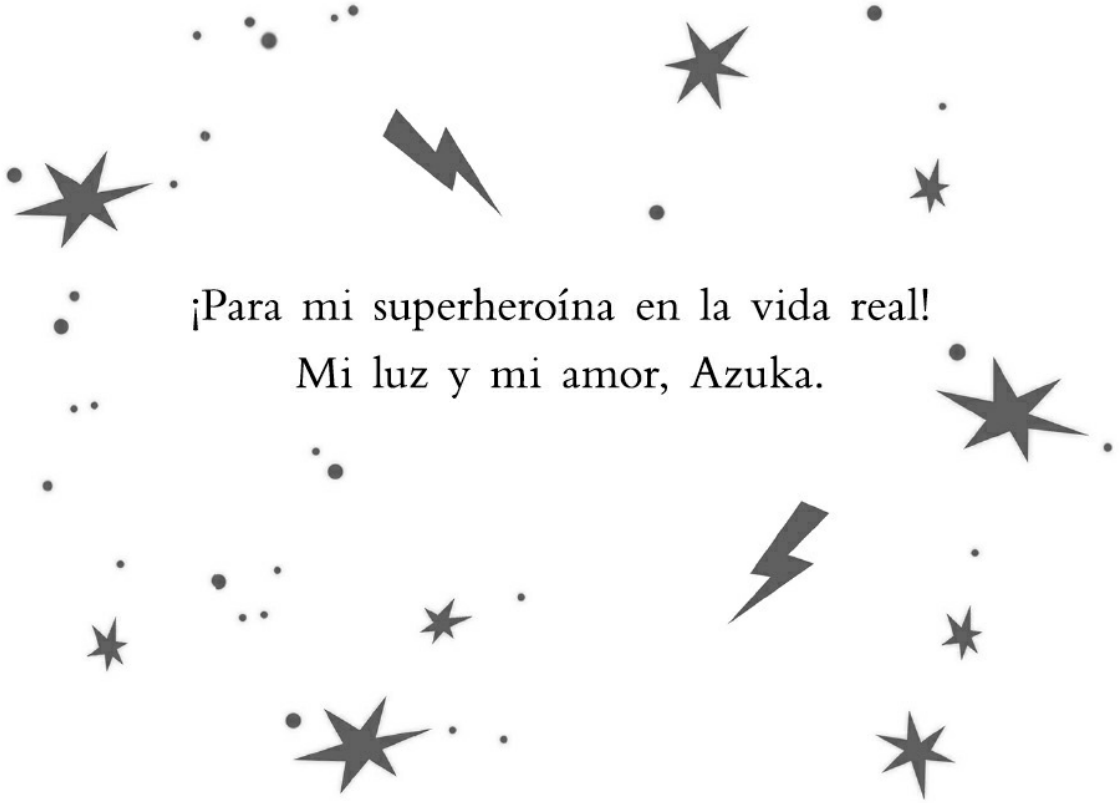


LA BRIGADA SUPERHEROICA

ALESHA DIXON

ANAYA





¡Para mi superheroína en la vida real!
Mi luz y mi amor, Azuka.



EL HERALDO SEMANAL

¡UN POCO MÁS DE CHISPA, LIGHTNING GIRL!

¡Aurora Beam le pone mala cara a la ciudad!

Reportaje especial de Olive Folio

Aunque Aurora se apellide Beam, y Beam signifique «sonrisa», entre otras cosas, nuestra superheroína no parecía tener motivos para sonreír la mañana del martes. Al dejar ayer su casa acompañada por su padre, el profesor Henry Beam, Aurora (conocida en todo el mundo como Lightning Girl debido a su increíble don para lanzar rayos por las palmas de las manos) se mostró tímida y abrumada ante los periodistas que se habían reunido delante de la casa. Aunque El Heraldo Semanal no puede confirmar el motivo de su aspecto malhumorado, corren rumores que apuntan a que se dirigía a la consulta del dentista.

«Si es verdad que se dirige al dentista, a lo mejor le da miedo que le hagan un empaste», comentó después del incidente uno de los testigos. «Pero las superheroínas como Lightning Girl tienen que dar ejemplo, y poner mala cara no resulta constructivo». El Heraldo Semanal ha contactado con la portavoz de Aurora Beam para recabar alguna declaración.

LA MIRILLA DIARIA

TROPIEZO SUPERHEROICO

¡Lightning Girl se muere de vergüenza tras darse de narices contra una puerta!

Una exclusiva de Henry Nib

Aurora Beam, alias Lightning Girl, se dio de narices contra una puerta de cristal esta misma mañana al confundir el letrero de «TIRE» con el de «EMPUJE», como revela en exclusiva La mirilla diaria.

La famosa superheroína, que ha adquirido fama este año por la captura del célebre Ladrón del Apagón, y que pronto lanzará su propia gama de nutritivas barritas de cereales, se disponía a abrir la puerta de una cafetería con su pastora alemana, Kimmy, cuando tuvo lugar el lamentable incidente.

«Se oyó un golpetazo cuando chocó contra la puerta», ha revelado un testigo presencial. «Estábamos sentados en ese momento en la cafetería cuando vimos que golpeaba con las narices contra la puerta de cristal. No me imaginaba que los superhéroes pudieran ser tan patosos».

La Mirilla Diaria ha contactado con la representante de Aurora Beam para recabar una declaración oficial.



De repente, me resbalé.

Ahogaron un grito mientras yo lograba agarrarme a duras penas, evitando caerme hasta el suelo. Me sujeté con dificultad. El brazo empezaba a dolerme, las piernas me colgaban en el aire. Al final, hallé dónde apoyar el pie y me erguí para buscar una posición estable. Miré hacia abajo, a mi público, y tragué saliva.

—¡No mires abajo, Aurora! —gritó Kizzy, que estaba en el suelo justo debajo de mí, con mi perra Kimmy al lado. Las dos parecían encontrarse a kilómetros de distancia—. ¡Recuerda que eres una superheroína! ¡Tú puedes lograrlo!

Asentí con la cabeza y levanté la mirada para vérmelas con mi enemigo, que se encontraba a tan solo un metro de distancia. Me miró e inmediatamente entrecerró los ojos hasta que no fueron más que una amenazadora raya.

—Puedo lograrlo —susurré, repitiendo las palabras de ánimo que me había dirigido mi mejor amiga—. ¡PUEDO LOGRARLO!

Alargué la mano hacia él, que retrocedió ante las yemas de mis dedos antes de lanzarme un zarpazo. Yo logré por los pelos retirar la mano y solté un grito mientras trataba, de nuevo, de recuperar el equilibrio.

—¡No puedo! —dije en tono lastimero—. ¡Es imposible!

Se oyó un silencio mortal mientras Kizzy asimilaba mis palabras.

Y entonces se echó a reír.

—¡Aurora, por lo que más quieras! —dijo Kizzy con una risita, mientras negaba con la cabeza—. No es más que un gato. Y, según su dueño, Donsalmón es muy cariñoso casi siempre. No tienes más que cogerlo y bajarlo. ¡Llevas veinte minutos subida a ese árbol!



Donsalmón parecía muy contento sentado en la rama de al lado, lamiéndose la patita, dichosamente indiferente a la que había montado. Yo cambié la postura de mis pies en la rama y volví a alargar el brazo, decidida a culminar la misión de rescatar al gato que se había subido al árbol y no podía bajar.

Donsalmón me lanzó otro zarpazo con sus afiladas garras y soltó un buen bufido. Yo suspiré.

Ser una superheroína estaba DEMASIADO valorado. Desde que el mundo se había enterado de mis superpoderes, hacía unos meses, me había visto tan solicitada que no me quedaba tiempo ni para pensar.

Cuando, a mitad del último trimestre del curso, descubrí mi extraña habilidad para disparar potentes rayos de luz con las manos, mi madre me había hecho jurar que lo mantendría en secreto. Resultó que ella no tenía ningún aburrido trabajo de oficina, como siempre me había dicho. Lo cierto es que era una superheroína que se dedicaba todos los días a salvar el mundo.

Así que todas aquellas veces que había ido a casa con el pelo quemado o con la cara tiznada, no era cierto que viniera de una «tonificante clase de yoga en calor», como decía. En realidad había estado muy ocupada parándole los pies a algún malvado que quería apoderarse del mundo.

Sí. Había tenido que asimilar muchas cosas. Mi madre me había explicado que todas las mujeres de mi familia tenían superpoderes, incluidas su hermana gemela, Lucinda, y su madre, la abuela Beam. Como si eso no resultara ya completamente abrumador, también tuve que asimilar

la leyenda del origen de los superpoderes de las Beam: cuando, hacía siglos, el planeta había quedado sumido en una extraña oscuridad, mi antepasada Alba Beam había usado los poderes de la piedra más preciosa que pueda imaginarse, la Luz del Mundo, para volver a iluminar la tierra.

Después, aquellos poderes mágicos habían pasado a su hija y después a la hija de su hija, y así siempre a través de todas las Beam mujeres hasta llegar a..., bueno, a mí.

Siempre ha sido responsabilidad de las mujeres Beam emplear sus poderes para convocar la luz con el fin de proteger al mundo en secreto y salvarlo de la oscuridad.

Pero yo como que eché a perder todo el asunto ese del secreto debido a un pequeño incidente en el que montones de personas tuvieron la ocasión de presenciar mis superpoderes. Conseguí evitar que mi malvado profesor de Ciencias, el señor Mercurio, que era en realidad el famoso Ladrón del Apagón, robara todas las piedras preciosas, incluida la Luz del Mundo, de una exposición que había en el Museo de Historia Natural.

Yo debería haber adivinado que el profesor Mercurio era un tipo malo en cuanto llegó a nuestro colegio en enero. Había muchos indicios que se nos pasaron por alto. Para empezar, me castigaba todo el tiempo sin ninguna razón.

(Bueno, sí, accidentalmente yo le di una patada a un balón que fue a parar a su cabeza y, en fin, otra vez le volqué sobre la camisa todo el contenido de su bandeja de comida. Bueno, y luego está aquella ocasión en que le eché la tinta azul. Y luego casi me cargo por completo una sala del museo, en nuestra excursión escolar. Y yo nunca escuchaba una palabra de lo que decía él, porque tenía una voz muy monótona. Pero aparte de eso, no tenía ninguna razón para castigarme).

Ahora sabemos por qué utilizó como disfraz el empleo de profesor de Ciencias: entró a trabajar en nuestro colegio para poder pedirle a mi padre, que era el profesor a cargo de la exposición de las piedras preciosas, que nos permitiera hacer una visita al Museo de Historia Natural, lo cual sería la ocasión perfecta de idear la mejor manera de robar las piedras sin que nadie sospechara de él.

Gracias a Kizzy, que adivinó su malvado plan justo a tiempo, fuimos capaces de impedir que se escapara con las piedras preciosas, aunque seguimos sin saber para quién trabajaba. Ni siquiera mi padre sabía lo valiosa que era una de las piedras de la colección, pero había alguien que sí lo sabía muy bien. Esa persona le había pagado al profesor Mercurio para que robara las gemas, prometiéndole que podría quedárselas todas menos aquella, la Luz del Mundo.

Nosotros solo nos habíamos enterado de eso después de que arrestaran al profesor Mercurio y mis padres se dieran cuenta de que el símbolo de la piedra encajaba con la cicatriz brillante que yo tenía en la palma de la mano. Ahora, el profesor Mercurio se encuentra entre rejas en una prisión de Londres. Pero, hasta el día de hoy, se ha negado a dar el nombre de la persona para la que trabajaba, y no tenemos ni idea de cómo supo esa persona de la Luz del Mundo, ni de por qué su dibujo coincide con la forma de mi cicatriz.

Todo ello resulta un poco inquietante, la verdad.

En cualquier caso, después de aquella noche, mi foto apareció de repente en Internet por todas partes, con legras negritas que decían:



Mi secreto había dejado de ser un secreto. Todo había cambiado.

De pronto, me convertí en una de las chicas más populares del cole. Durante las clases de final de curso me pedían selfis tanto mis compañeros como los profesores, y no volví a tener un momento para mí misma. Sentía que todos me observaban con la esperanza de que hiciera en cualquier momento algo superextraordinario.

Lo cual, por cierto, hacía que cualquier apuro resultara mucho más embarazoso, como por ejemplo dar un traspié.

—Ahora eres famosa —dijo Kizzy riéndose, cuando la directora me preguntó si me parecía bien el nombre que el comité escolar había elegido para la recién amueblada ala de ciencias: Laboratorios Lightning Girl.

Me sentí muy aliviada cuando empezaron las vacaciones de verano, pero la cosa no hizo, en realidad, más que empeorar.

Ahora que ya no iba al colegio y tenía tiempo libre, no paraba de recibir de todo el país llamadas de personas que necesitaban desesperadamente mi ayuda para solucionar problemas, como aquel de Donsalmón. Gatos que no podían bajar de un árbol... una y otra vez; caminantes que habían metido el pie en la madriguera de un conejo y no lo podían sacar; bombillas difíciles que había que cambiar; pichones atrapados en el metro de Londres y que volaban asustados por

los túneles; y conductores que hacían cola en embotellamientos y que querían consejo para tomar otra ruta mejor.

Lo más cerca que me he encontrado de un incidente poco emocionante fue cuando me llamaron la semana pasada de un hotel encantado, pero resultó que en vez de fantasma, lo que había era una lechuza metida en los conductos del aire y que no dejaba de ulular lastimeramente.

Al menos esa misión no tuvo nada que ver con alturas.

—Donsalmón se está mostrando muy testarudo —le dije a Kizzy, mirando con ansia la escalerilla—. Tal vez deberíamos dejarlo ahí y que baje por sí solo.

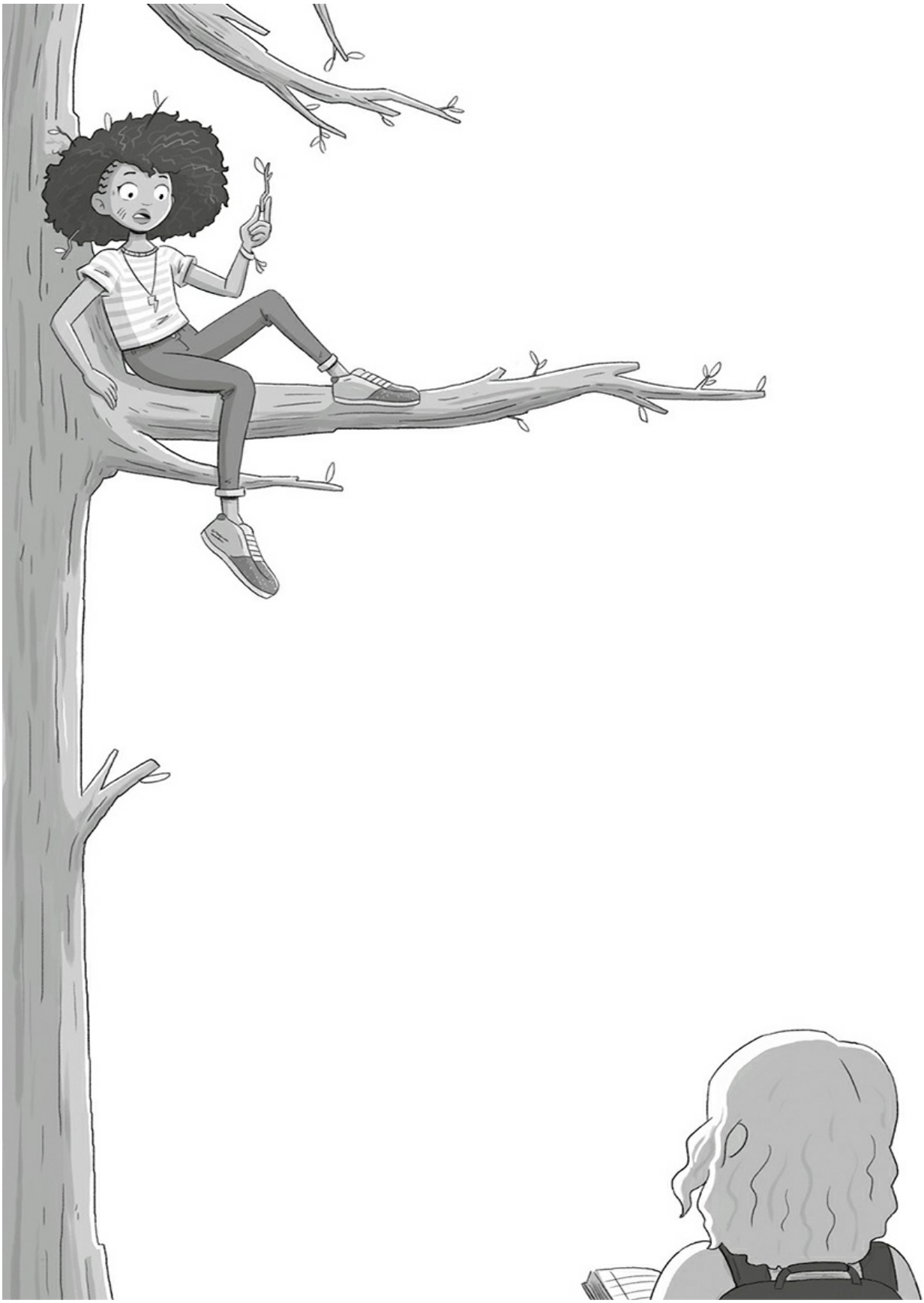
Kizzy no levantó la vista del móvil.

—No, porque según el dueño y los vecinos, lleva ahí unas cuantas horas maullando asustado.

Levanté una ceja mientras Donsalmón se limpiaba los bigotes con toda la calma.

—¡Pues a mí no me parece nada asustado!

—Bueno, tenemos que bajarlo antes de diez minutos, o acumularemos retraso. —Kizzy me enseñó la pantalla de su teléfono, levantándolo hacia mí, para que yo pudiera ver los compromisos de mi agenda. Después, dio unos golpecitos de impaciencia en la esfera del reloj —. Te esperan enseguida al otro lado de la ciudad. Tienes que inaugurar una nueva parada de autobús. ¡Así que agarra a Donsalmón y baja con él por la escalerilla!



—¿Eh...? —dije apoyándome contra el tronco del árbol y quitándome una hoja del pelo—. ¿Qué quieres decir con eso de inaugurar...?

—Quiero decir que han puesto una nueva marquesina en una parada de bus y quieren que tú cortes la cinta para declararla inaugurada oficialmente. Unos cuantos periódicos van a mandar periodistas a cubrir el acto.

Hice una mueca ante la idea de vérmelas con fotógrafos y periodistas. Aún no me había acostumbrado a toda la atención mediática. Se me hacía muy raro ver fotos mías en Internet con pies de foto como el del día anterior, que decía: *¡La superheroína Aurora Beam saca a su enérgica pastora alemana Kimmy a dar un paseo sin darse cuenta de que lleva un trozo de papel higiénico pegado al zapato! ¡Siga leyendo para profundizar más en esta noticia que nuestro periódico le ofrece en exclusiva!*

Mi hermano, Alexis, lo leyó y después se rio con todas las ganas durante diez minutos. A continuación imprimió montones de copias de la foto y las pegó por TODA la casa.

Y cuando digo por toda la casa, quiero decir *por toda* la casa. Encontré hasta una foto pegada con celo en la parte de dentro del lavavajillas.

—A ver si lo entiendo —le dije a Kizzy—. ¿Los periodistas quieren una foto mía cortando la cinta de la inauguración de una parada de autobús?

—Ajá.

—Yo no sabía que la inauguración de una parada de autobús fuera algo importante.

—Lo es.

—¿Según quién?

—Según tu secretaria.

—Ah —dije suspirando y admitiendo mi derrota—. Bueno, en ese caso iré. Mi secretaria siempre tiene razón.

—Que no se te olvide.

Kizzy y yo nos miramos y las dos esbozamos una amplia sonrisa. Yo no le había pedido a Kizzy que fuera mi secretaria; simplemente, un día ella decidió que lo era, y eso fue todo. Se le daba muy bien porque es muy organizada.

—Vamos, Donsalmón —le rogué, volviendo a prestarle toda mi atención al gato—. ¿No has oído a Kizzy? Si no me dejas rescatarte, entonces la parada de autobús no quedará inaugurada a tiempo. ¡Y las consecuencias serían DESASTROSAS!

—Percibo tu sarcasmo desde aquí abajo, ¿lo sabías? —me dijo Kizzy, mirando a Kimmy a los ojos antes de darle una palmadita en la cabeza—. A lo mejor es que Kimmy le da miedo. ¿Y si nos vamos al otro lado de la esquina para que no nos vea?

—¿Y dejarme aquí sola, atrapada en lo alto del árbol?

—Se supone que el que está atrapado en lo alto del árbol es Donsalmón. Tú eres su salvadora.

—Kizzy se puso en cuclillas para hacerle cosquillas a Kimmy debajo del hocico—. A lo mejor a Donsalmón le dan miedo los perros.

Kimmy se echó en el suelo patas arriba y sacó la lengua. Se ponía así para que Kizzy le rascara la barriga.

—Sí, tiene un aspecto feroz —dije yo, poniendo los ojos en blanco—. En fin, Donsalmón, si me dejas acercarme un poco...

Avancé por la rama, ignorando el preocupante crujido que procedía de debajo de mis pies, y alargué la mano para coger la rama en la que Donsalmón estaba sentado muy satisfecho de sí mismo, con cuidado de no moverla para no asustarlo. Acercándome un poco más, estiré el otro brazo y, en un rápido movimiento, le pasé la mano bajo el vientre y me lo acerqué al pecho.

Maulló bien fuerte y, de repente, empezó a menearse y a arañar para soltarse.

—Deja... de hacer... eso... —le dije muy bajito, mientras lo agarraba con una mano y usaba el otro brazo para equilibrarme. De esta manera, volví hacia atrás por la rama, en dirección a la escalera—. ¡Estoy... intentando... salvarte!

Cuando llegué al primer travesaño, se soltó y me bajó por la pierna y después por la escalerilla hasta llegar al suelo. Miró a Kimmy con recelo. Después volvió a mirarme a mí, que seguía en el árbol, y profirió un último bufido antes de escaparse corriendo hacia su casa, que estaba un poco más allá en la misma calle.

El dueño del gato, que lo había estado observando todo desde una distancia segura, en el jardín de delante de su casa, abrió los brazos y recogió a Donsalmón en un fuerte abrazo.

—¡Gracias! —gritó mientras el malhumorado Donsalmón intentaba escabullirse de sus caricias de entusiasmo—. ¡Muchísimas gracias!

—¡Bien hecho, Aurora! —dijo Kizzy sonriendo y observándolos mientras yo terminaba de bajar por la escalerilla—. ¿Te das cuenta? Eres una superheroína realmente brillante.

Justo cuando pronunciaba el final de la frase, se me resbaló el pie en el travesaño y perdí la sujeción.

—¡Ay, noooooooooo! —grité al tiempo que mis piernas se escapaban a través del agujero entre travesaños y el resto de mí caía hacia atrás, de manera que terminé colgando boca abajo, con las piernas enganchadas en el travesaño por el que se suponía que tenía que haber bajado grácilmente. Desesperadamente, traté de agarrar los lados de la escalerilla para intentar incorporarme, pero se me resbalaban las manos.

Hubo un momento de pausa antes de que Kizzy se echara a reír con una risa incontrolable.

—¡Socorro! ¡Esto no tiene ninguna gracia! —exclamé—. ¡Kizzy!

—¡Lo siento! —consiguió decir ella con las manos en la barriga—. ¡Tendrías que haberte visto la cara! Es como si hubiera pasado a cámara lenta. ¿Estás bien?

—No. ¡Claro que no estoy bien! —resoplé, aunque su risa era tan contagiosa que no pude evitar reírme yo también—. Por favor, ¿puedes ayudarme a bajar?

Se acercó a la escalerilla y se colocó enfrente de mí. Volvió a reírse al darse cuenta de que yo tenía la cara a la altura de sus rodillas.

Me crucé de brazos, cosa que resulta muy difícil cuando una se encuentra boca abajo.

—¿Has terminado?

Abrió la boca para responder, pero la interrumpieron los gritos de unas chicas que corrían por la carretera hacia nosotras.

—¡Lightning! —gritaba una de ellas, señalándome y mirando a las otras—. ¡Os dije que era ella! ¡Aprisa!

—Esto... no... puede... estar... pasando... —dije para el cuello de la camisa.

Las chicas corrían con sus móviles, empujándose unas a otras para poder acercarse más y hacerse selfis conmigo allí colgada.

—¡Somos superfans tuyas! —no paraban de decir, apretándose para hacer una foto de grupo.

—Kizzy —dije entre dientes, mientras las chicas discutían sobre el mejor filtro para emplear en la foto siguiente—. La sangre me está bajando a la cabeza.

Kizzy se aclaró la garganta.

—Bueno, muchas gracias a todas, pero Lightning Girl tiene una agenda muy apretada y ahora mismo se encuentra... eh... en una situación de la que necesita... salir, así que, si no os importa, podríais apartaros...



Gruñeron decepcionadas mientras Kizzy las alejaba de mí. Yo intenté seguir sonriendo como si estuviera muy cómoda allí colgada de las rodillas y puesta al revés y todo fuera parte de mi plan, consciente de que ellas volvían la vista de vez en cuando hacia mí.

—Vale, ahora que tus fans se han ido —dijo Kizzy juntando las manos—, vamos a bajarte de ahí.

—Por fin. Oye, Kizzy...

—¿Sí?

—Esas chicas no irán a enseñar a nadie esas fotos, ¿verdad? Conmigo colgada boca abajo de la escalerilla...

—Por supuesto que no —dijo Kizzy sonriendo comprensiva, mientras su móvil empezaba a sonarle sin parar en el bolsillo—. No se va a enterar nadie.

*

BOLETÍN DE ÚLTIMAS NOTICIAS:
¡LIGHTNING GIRL ENGANCHADA EN UNA ESCALERILLA!

¡Haz clic en el enlace inferior para ir a nuestra página web y ver el vídeo y más fotos del DESTERNILLANTE contratiempo en que se ha metido nuestra superheroína!



—¿Aurora? ¡Aurora, despierta!

Alguien me zarandeaba para despertarme. Yo parpadeé varias veces para salir del sueño. Pude ver unas cuantas caras borrosas que se acercaban a mí amenazadoramente.

—¡AHHHHHHHHHHH!

Grité despavorida, e instintivamente mis poderes me recorrieron el cuerpo, y la energía brotó de mis manos, iluminando la habitación.

—¡Aurora! —gritó alguien—. ¡Somos nosotros!

—¿Kizzy? —Me apresuré a controlar mis poderes—. ¿Qué sucede?

Comprendí que estaba ante la mesa de la cocina y que papá y mamá estaban allí, junto con mis mejores amigos del colegio: Kizzy, Suzie, Georgie y Fred. Todos se habían tirado al suelo cuando me salieron los rayos de luz de las manos, y se volvían a levantar uno a uno. Kimmy estaba tan asustada por lo que había pasado que salió fuera a ladrarle al cielo.

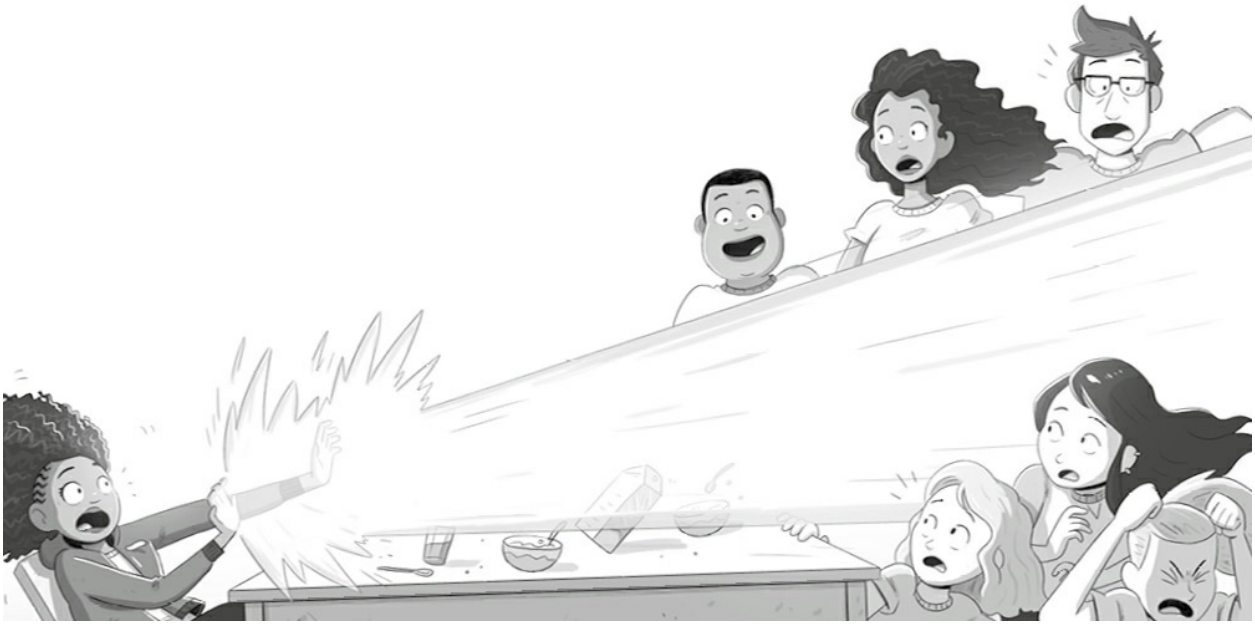
—Os lo dije, tendríais que haberme dejado que la despertara yo suavemente —dijo mi madre dirigiéndose más que nada a mi padre—. Sabía que le daríamos un susto.

Me froté el cuello dolorido:

—¿Qué ha pasado?

—Se ve que te quedaste dormida en la mesa —dijo mi padre con delicadeza—. Otra vez.

—No me gusta nada cuando lanzas tu energía sin avisar antes —dijo Suzie gruñendo y llevándose las manos al pelo para comprobar que su pulcra cola de caballo seguía tan bien colocada como siempre—. Podría haberme dislocado el tobillo al agacharme para evitar esos rayos, ¡y se habría acabado para siempre mi floreciente carrera de gimnasta!



—No ha sido culpa de Aurora —razonó Georgie guiñándome un ojo—. Se ha despertado viendo a un montón de gente alrededor de ella... Eso tiene que dar bastante miedo.

—No tanto miedo como aquella vez que alguien me retó a probar la guindilla más picante del mundo —dijo Fred, rascando a Kimmy detrás de las orejas cuando volvió a entrar en la cocina —. Casi me sale la cabeza volando.

—¡Por favor! —dijo Suzie suspirando, poniendo los ojos en blanco y alisándose el jersey—. Tú no podrías ni con unas bravas de las normalitas.

—Sí, sí que podría —resopló Fred.

—No, claro que n...

—Da igual —interrumpió Kizzy, sonriéndome—, creo que deberíamos explicarle a Aurora por qué estamos aquí.

—¿Qué hora es? —pregunté, parpadeando ante la potente luz del sol que penetraba por las ventanas—. No recuerdo haberme dormido. Estoy hecha un lío.

—Son las tres de la tarde. Esta mañana hiciste la sesión de fotos para la revista, ¿recuerdas? —dijo Kizzy—. Después comiste con el alcalde y, a continuación, dijiste que necesitabas ir a casa para coger tu nueva chaqueta de Lightning Girl...

—Por cierto, ¿te queda bien? —preguntó Georgie.

—Perfectamente —dije—. Gracias por diseñarla. Me queda fenomenal con las zapatillas.

—Tienes un gran talento en lo que respecta a los accesorios —añadió mi madre.

—Me encanta poder diseñar los accesorios personales de Lightning Girl —respondió Georgie, poniéndose colorada.

Se me hacía raro recordar lo nerviosa que me ponía antes cuando estaban cerca Georgie

Taylor y Suzie Bravo. Georgie siempre ha sido la chica con más estilo del colegio. Su madre era la publicista de una de las marcas de moda más importantes y, por eso, Georgie siempre tenía el último bolso y otras cosas, pero luego les añadía su propio toque, con lo que los hacía totalmente únicos y aún más chulos.

Suzie, su mejor amiga, era la capitana del equipo de gimnasia y tenía tanto éxito como ella. Le encantaba entretener a todo el mundo con sus sorprendentes habilidades gimnásticas y dar volteretas en medio del aula para recibir entusiásticos aplausos. El único que no se asustaba ante Suzie, aparte de Georgie, era Fred, el bromista de la clase. Suzie era su persona favorita en el mundo para gastar bromas. Y eso no había cambiado ni siquiera ahora que eran amigos.

Georgie, Suzie, Fred y Kizzy se enteraron de que yo tenía superpoderes antes que ningún otro, de manera totalmente accidental. Creí que iban a considerarme una friki y que me echarían, pero pasó todo lo contrario: les pareció que aquello molaba y formaron un club secreto superheroico llamado Los Brillantes, para que yo no tuviera que afrontar nunca ningún peligro completamente sola.

Aunque, desde el rescate de las piedras preciosas en el Museo de Historia Natural, Los Brillantes no habían tenido gran cosa que hacer. Nuestras reuniones superheroicas consistían más que nada en comer *pizza* y ver películas. Pero bueno.

—¿Para qué iba a ir a buscar mi chaqueta de superheroína, Kizzy? —le pregunté bostezando.

—Para ponértela en la sesión de fotos de tu nueva barrita de cereales, Lightning Crunch, que empezó hace una hora. No he parado de llamar.

—¡No! —exclamé escondiendo la cabeza entre las manos cuando empecé a ver las cosas con un poco de claridad—. Lo siento. Ahora lo recuerdo. Me senté en la cocina para atarme las zapatillas... —dije mirando mis cordones sin atar. Debía de haberme quedado dormida a mitad.

—No me sorprende —dijo mi padre, sentado a la mesa justo enfrente de mí—. No has parado en las últimas semanas. ¡Con todos esos actos y misiones de rescate!

Mi madre movió la cabeza de arriba abajo, mostrándose de acuerdo con mi padre y apoyándole una mano en el hombro. Podía parecer un gesto insignificante, pero ver a mis padres así de unidos me hacía sentir muy feliz. Se habían separado más o menos cuando yo descubrí mis superpoderes. Había sido horrible.

Pero supongo que también había sido horrible para ellos, pues habían terminado dándose cuenta de que no podían estar el uno sin el otro. Poco a poco, mi madre había vuelto a llevar sus cosas a casa, y ahora parecían más fuertes que nunca. Le pregunté recientemente a mi madre qué tal le iban las cosas con papá, y ella puso cara de derretirse y me respondió: «Ah, es guapo, ¿verdad?».

Brutal. En el buen sentido.

—¿Has entrado en Snapchat? —me preguntó Suzie interrumpiendo mis pensamientos—. Han creado un nuevo filtro Lightning Girl. Mola un montón. Salen rayos de tu cabeza.

—Pero a mí los rayos me salen de las manos.

—Da igual. —Suspiró, con una expresión soñadora—. Un filtro de Snapchat significa que has alcanzado el éxito.

—Y una barrita de cereales con tu nombre NO HAY DUDA de que significa lo mismo —añadió Fred.

Kizzy sonrió, sacando su móvil.

—Y eso nos trae al asunto por el que estamos aquí. Se ha presentado una oportunidad...

—Vaya, ¿qué me estoy perdiendo? —Se abrió la puerta de la cocina y entró mi hermano, saludando a todo el mundo con un movimiento de la mano antes de encaminarse derecho a la nevera—. Esto parece una reunión importante.

—Alexis —dijo mi madre, exasperada—. ¿Por qué sigues en pijama? Ya es por la tarde.

—¿Y qué? Son las vacaciones de verano. —Se bebió varios tragos de agua de coco directamente de la botella.

—¡Eh, Alexis! —le solté—. ¡Estás dejando ahí todos tus gérmenes!

—Mejor eso que iluminar la casa con rayos incontrolables. Sentí el estallido de energía que subía hasta mi habitación y vi el rayo de luz por debajo de la puerta. Eso me ha distraído de mi trabajo. Creí que a estas alturas ya eras capaz de controlar tus poderes —respondió—. A lo mejor tienes que darle más clases de entrenamiento superheroico, mamá.

—Para que te enteres, ella controla perfectamente sus superpoderes —dijo mi madre defendiéndome—. Pero no hemos tenido mucho tiempo de entrenar últimamente y, con todas sus apariciones en los medios y tal, y como además está cansadísima...

—¿Qué sucede? —Clara, mi hermana pequeña, apareció al lado de Alexis con un libro de texto de ciencias—. No quiero ofender a nadie, pero estáis haciendo mucho ruido, y yo estoy intentando estudiar el ADN.

—Estamos en verano, de vacaciones. Y tú solo tienes siete años, ¿no? —preguntó Suzie, desconcertada.

—Efectivamente. ¿Por qué lo preguntas...?

—Espera un momento —interrumpió mi padre, mirando a Alexis y aguzando la mirada—: ¿A qué trabajo te refieres?

—¿Eh...?

—Acabas de decir que los rayos de luz de Aurora te han distraído de tu trabajo. ¿Qué trabajo?

Alexis arrastró los pies sin moverse del sitio:

—Nada. No es nada. Una cosita. Una cosita de nada. Nada.

—Alexis —gruñó mi padre—, ¿qué andas tramando ahora?

Fred sonrió emocionado:

—Eso, Alexis, ¿qué andas tramando ahora?

Todo el mundo en el colegio sabía que Alexis tenía un don tanto para la tecnología como para

meterse en problemas muy gordos. Siempre estaba castigado por algo: cosas como hackear el sistema informático del colegio para cambiar sus notas o como cuando envió una circular a padres y estudiantes declarando que el colegio cerraría por una semana para tratar contra «una plaga de roedores». Los profesores se habían pasado toda la mañana del lunes preguntándose dónde estaba todo el mundo hasta que se enteraron de lo sucedido. Todos tuvimos el día libre, y a Alexis lo expulsaron por dos días, lo cual a sus ojos era una victoria, porque *técnicamente* libró tres días.

—¿Nadie tiene otra cosa de la que hablar...? —preguntó Alexis a los presentes mientras papá lo fulminaba con la mirada.

—¿Qué tal si le explicamos de una vez a Aurora por qué estamos aquí? —sugirió Georgie, mientras Alexis evitaba mirar a nuestro padre.

—¡Aurora, te han invitado a *Good Morning Britain*! —exclamó Suzie—. Mola MUCHÍSIMO.

La miré cerrando y abriendo los ojos:

—¿Qué...?

—He cogido la llamada hace como media hora —dijo Kizzy—. Quieren que participes en el programa del desayuno mañana por la mañana.

—A ver, espera un minuto —dije yo, intentando desenredar mi enredado cerebro—. ¿De qué me estás hablando?

—Ya conoces ese programa de la tele, *Good Morning Britain*, ¿no? Quieren que participes como estrella invitada —explicó Kizzy—. Enviarán un coche a recogerte a primera hora de la mañana y después te harán una entrevista completa. Si quieres hacerlo o no, es cosa tuya.

—Kizzy nos lo contó, y pensamos que si decidías ir al programa necesitarías TODA la ayuda posible, así que por eso estamos aquí —dijo Suzie.

Kizzy le lanzó una mirada dura.

—¿Qué? —dijo Suzie encogiéndose de hombros—. Estamos hablando de la televisión nacional. ¿No has visto las imágenes de la escalerilla del árbol? Está claro que necesita nuestra ayuda.

—Lo que Suzie quiere decir es que nosotros somos Los Brillantes —dijo Georgie sonriendo —. Y estamos unidos en esto.

—¿Qué te parece, Aurora? —preguntó mi madre.

—Eh...

—Últimamente has estado muy atareada y de verdad creo que necesitas un descanso de toda esta... fama. Pareces agotada y, para hacerlo, te tendrías que levantar mañana a las cuatro.



—¿A las cuatro? —resopló Alexis—. Yo no me levantaría a esa hora por nada del mundo.

—¡Hola! —exclamó Suzie, levantando las manos—. ¡Esto es *Good Morning Britain*! ¿Sabes lo guay que es que te inviten a ese programa? ¡Es una oportunidad que se presenta una vez en la vida! Espero que me dejen hacer una demostración de gimnasia después de la entrevista.

—No te quiero decepcionar, Suzie, pero no creo que te dejen hacer gimnasia en el programa nada más que porque estés en el estudio —observó Kizzy—. Tienen que cumplir con un horario, ¿sabes?

—Eso está por ver —respondió Suzie con confianza—. Todavía no han visto mi voltereta hacia atrás, ni me han oído hablar de mi nueva rutina de ejercicios.

—Deben de ser los únicos que quedan en el planeta —añadió Fred para el cuello de la camisa, aunque no se libró de recibir una mirada de odio.

—¿Qué te parece, Aurora? —preguntó mi padre, posándome una mano suavemente—. Haremos lo que a ti te parezca.

—No lo sé —admití.

Todos aguardaban con impaciencia mientras yo me mordía el labio sumida en mis pensamientos.

—De acuerdo —dije al final—. Haré la entrevista.

—¡BIEN! —dijo Suzie, chocándole los cinco a Georgie.

—Se lo voy a comunicar a ellos. —Kizzy se puso en pie de un salto y marcó un número en su teléfono. Mis padres se miraron el uno al otro.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome de pie y estirándome.

—Es que no me gusta que estés sobrecargada, nada más —dijo mi madre con preocupación —. Y es agotador ser el centro de todas las miradas. Necesitas un descanso.

Bostecé y me acerqué pesadamente al fregadero para echarme agua fría en la cara con la esperanza de resucitar un poco.

—Mamá, no es más que una entrevista. ¿Qué es lo peor que podría pasar?



Cuando el brillante coche negro aparcó delante de casa, Suzie soltó un grito con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Suzie! —le dijo Kizzy entre dientes, cogiendo su bolsa del suelo del recibidor—. ¡Vas a despertar a todos los vecinos!

Suzie comprobó por última vez en el espejo sus mallas y su perfecta cola de caballo, antes de ponerse el anorak y respirar hondo.

—Es la hora del *show*.

—Es la hora del *show* de Aurora —le recordó Fred, bostezando y frotándose los ojos en un intento de despertar del todo—. No del tuyo.

Yo sonreí nerviosa.

—De todos. Gracias por quedaros a pasar la noche en mi casa para poder acompañarme a la entrevista.

—¿Estás de guasa? —dijo Georgie riéndose mientras Suzie hacía estiramientos, alcanzando a tocarse los dedos de los pies—. No ha sido ningún sacrificio. La última vez que vi a Suzie tan emocionada fue cuando ganó el oro en la liga nacional de gimnasia para menores de doce años.

—En realidad, era para menores de trece años, y la gané tres veces seguidas —corrigió Suzie, yéndose hacia la puerta de la calle—. ¿Estamos todos listos? ¡Resucitad, amigos!

—¡Voy! —susurró mi madre, bajando la escalera con cuidado de no despertar ni a mi padre ni a Alexis.

Yo sabía que Clara estaba despierta porque cuando había sonado la alarma había visto la luz bajo la puerta. Había abierto la puerta y la había visto escribiendo una especie de fórmula con rotulador en la pizarra blanca que nuestros padres le regalaron en Navidad.

—Imposible —me había respondido encogiéndose de hombros cuando le dije que volviera a dormirse—. Me ronda un problema en la cabeza y no podré dormirme hasta que lo resuelva.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que mi hermana pequeña es..., bueno..., un genio.

—De acuerdo, pues —dijo Kizzy cuando Suzie abrió la puerta de la calle y le hizo una seña al

conductor para indicarle que ya íbamos—. Yo iré con Aurora y Kiyana; usted puede llevar a los demás, si le parece bien.

Mi madre le respondió con un saludo militar.

—¡A sus órdenes!

—¿Y cómo es que tú vas en el flamante coche de la tele? —refunfuñó Suzie.

—Es que ella está al cargo de la agenda de Aurora —observó Georgie—. Es un honor que nos dejen acompañarles.

Kizzy se rio:

—Puedes venir con nosotras si quieres, Suzie. Estoy segura de que sobra sitio.

Suzie lanzó un chillido y dio una palmada:

—¡Sí! ¡Gracias, Kizzy, eres la más grande!

Georgie suspiró mientras Suzie corría hacia el conductor, que le abrió la puerta para que entrara.

—Hoy va a estar inaguantable todo el día, ¿a que sí?

—¿Y cuándo no lo está? —dijo Fred bostezando y siguiendo a su madre al coche—. ¿No podríamos dejárnosla olvidada en algún sitio?

Kizzy y yo nos reímos, y nos metimos en el asiento trasero junto a Suzie, que estaba ocupada hablando con el conductor sobre lo agradables que eran los asientos de cuero.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Kizzy cuando íbamos a toda velocidad hacia los estudios de Londres. Estaba todavía oscuro y las carreteras estaban completamente vacías, así que daba la impresión de que éramos los únicos despiertos en todo el país.

—Bien —dije tragando saliva—. Solo un poco nerviosa. Me gustaría saber qué me van a preguntar.

—Lo harás muy bien —dijo Kizzy para animarme—. Limítate a ser tú misma. Les vas a gustar.

Cuando aparcamos el coche delante del estudio, yo me sentía ya tan nerviosa que apenas podía salir del coche. Era como si un millón de mariposas me revolotearan por el estómago, y tenía las piernas y los brazos tan cansados que cada vez que intentaba moverme sentía como si estuviera metida en una piscina llena de miel.

—¡Vaya! —exclamó Suzie cuando entramos por las puertas de cristal en el área de recepción —. ¡Es exactamente como me lo había imaginado!

Una mujer vestida de manera elegante y que llevaba unos auriculares con micrófono y un lápiz de labios rojo brillante llegó corriendo a saludarnos y me estrechó la mano vigorosamente.

—¡Hola! Soy Jennifer, una de las productoras. ¡Es un honor tenerte en el programa, Lightning Girl! ¿O prefieres que te llame señorita Beam?

—Aurora está bien, gracias —grazné. Las mariposas del estómago empezaban a subírseme por la garganta.

—Tienes que pasar a peluquería y maquillaje —dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza a Suzie y a Kizzy antes de que Fred, mamá y Georgie entraran dándose prisa por las puertas—. ¡Vamos allá, todo el mundo!

Suzie enseguida se puso a hacer un millón de preguntas, apenas dejando a Jennifer tiempo para responderlas, mientras ella nos hacía pasar por seguridad y bajar a unos camerinos, donde me abrió la puerta para que pasara. Había una fila de sillas que miraban a un largo espejo con bombillas alrededor. Suzie ahogó un grito:

—¡Esto es TAN de película...!

—Quédate aquí, Aurora —dijo Jennifer, haciéndome pasar—. Yo acompañaré a los demás al estudio mientras te preparan. ¡Estás en buenas manos!

Mientras se cerraba la puerta, unas cuantas maquilladoras y peluqueras me rodearon, me condujeron a un asiento delante del espejo y me ofrecieron una taza de té antes de empezar con el trabajo. Me sentía como una estrella de cine preparándose para un estreno. Empezaron a aplicarme unos polvos para «quitar el brillo», y vi que los párpados me pesaban y se me cerraban. Era tan temprano, y la caricia de los cepillos del maquillaje en las mejillas era tan relajante, que solo tenía que dejar los ojos cerrados un poco más... y lo siguiente de lo que fui consciente fue de que me levantaba sobresaltada, tosiendo y resoplando en medio de una nube de laca.



—Te has quedado dormida —se reía un hombre que seguía ahogándome con la laca que rociaba con generosidad sobre mis rizos—. El trabajo de superheroína es agotador, ¿verdad?

Llamaron a la puerta, y mi madre asomó la cabeza:

—¿Puedo entrar?

—Claro —dijo el hombre, posando el espray de laca—. Esta chica ya está lista.

—Eh, te han dejado muy bien —dijo mi madre, sentándose apenas en la mesa de tocador, mientras yo parpadeaba delante de mi reflejo. Me sorprendió ver que había desaparecido la sombra oscura que tenía bajo los ojos.

—Lo siento, Aurora, pero tengo que irme —admitió, cogiendo el teléfono—. Ha pasado no sé qué en Essex con una especie de robot que está echando fuego por la boca fuera de control. —Soltó un largo suspiro—. Me gustaría que los malos dejaran de intentar apoderarse del mundo. Es muy molesto.

—¿Tienes que irte ya?

—Me temo que sí. —Mamá se metió el teléfono en el bolsillo—. Según mi fuente, hasta ahora le han mandado todo lo que han podido, pero no han conseguido reducirlo. Me necesitan ahora mismo.

Mi madre no conocía en persona a su «fuente», la misteriosa persona que contactaba con ella cada vez que necesitaba que salvara al país. Me había dicho que, fuera quien fuera, estaba muy arriba en el Cuerpo de Inteligencia Británico, pero era muy hábil manteniendo en secreto para ella su identidad. Varias veces, ella le había pedido que se encontraran cara a cara, pero había rehusado, informándole de que se conocerían cuando llegara el momento adecuado.

Para empezar, mi madre ni siquiera sabe cómo se enteraron hace años de que ella tenía superpoderes, pero un día recibió un mensaje de un número desconocido hablándole de un científico malvado que había escapado de la prisión. Toda la policía sabía que se escondía en una red de oscuras y misteriosas cuevas en el condado de York. La habilidad de mi madre para iluminar los espacios le daría la posibilidad de encontrarlo y someterlo, y desde entonces ella había seguido recibiendo mensajes y llamadas de teléfono de voces de ordenador que le decían cuándo se la necesitaba para solucionar algo.

Tenía en el teléfono un tono especial de alerta para su fuente, así que, cada vez que el teléfono le sonaba de una cierta manera, toda la familia soltaba un gruñido colectivo, sabiendo que ella tendría que salir corriendo.

Seguía sin dejarme acompañarla a las peligrosas misiones superheroicas a las que la enviaba su fuente. Para mí quedaban rescates, como el de aquel malhumorado Donsalmón.

—Escucha —me dijo mi madre acercando su cara a la mía—: creo que sería mejor que no utilizaras en televisión tus superpoderes, ¿vale?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si los presentadores te piden que muestres tus rayos de luz, les digas que no.

—¿Por qué?

Mi madre se encogió de hombros.

—Últimamente has estado muy estresada y ya sé que te estás esforzando muchísimo, pero no

estás en condiciones. Ya hace mucho que no hacemos un entrenamiento en serio, y yo...

—Mamá, estoy en pleno control de mis superpoderes... —dije moviéndome en la silla.

—No digo que no lo estés —respondió ella con firmeza—. Pero, por si acaso, no creo que merezca la pena poner a nadie en peligro. No tienes necesidad de demostrar nada. Basta con que expliques cómo es eso de tener superpoderes. Creo que no hay que correr riesgos. No digo más que eso.

Suspiré:

—Vale.

—Estupendo. Bueno, buena suerte, eres increíble. Siento no poder verlo en vivo, pero, en fin —me dio un beso en la frente—, me llama el deber.

Estaba a punto de desearle buena suerte a ella también, pero, cuando abrí la boca, ya se había ido, y la puerta se cerraba sola tras su paso.

Porque además de sus rayos de luz, mi madre también poseía una EXTREMADA velocidad.

Todas las mujeres Beam tenían otro poder además de su poder principal. No se trataba exactamente de un superpoder extra, sino solo de algo en lo que eran excelentes. Mi madre poseía una velocidad de locura, mientras que su hermana tenía un nivel extraordinario de encanto. He sido víctima de las habilidades persuasivas de la tía Lucinda y, una vez, sin querer, la ayudé a robar un collar con un precioso diamante, así que puedo confirmar que sus dotes son muy efectivas.

Mi madre y yo llevamos un montón de tiempo intentando averiguar cuál puede ser mi habilidad extra. Yo esperaba que fuera algo como poder volar, pero intenté saltar de un sofá al otro la semana pasada y terminé cayendo de morros.

—Tienes una calidez... —había respondido mi madre cuando le pregunté por enésima vez cuándo empezarían a manifestarse mis poderes extra—. No lo sé, Aurora, no lo puedo explicar. Hay algo especial en ti que todavía no soy capaz de explicar. Pero tú deslumbras a todo el mundo.

Eso sonaba, si queréis mi opinión, a una de esas argucias de los padres para escurrir el bulto cuando no saben la respuesta a una pregunta.

El caso es que con todo lo guay que pueda resultar que mi madre pueda correr tan rápido como el rayo, es un poco irritante cuando se va dejándola a una con la palabra en la boca.

—Aurora, estás aquí —dijo Georgie, entrando aprisa por la puerta. Llevaba en una mano un vestido colgado de una percha, y en la otra un top precioso, además de unos vaqueros en el brazo —. Vengo del guardarropa. Esto es lo que he visto para ti, ¿qué te parece?

—Eh... —Pasé la vista de uno a otro—. Prefiero los vaqueros.

—Estoy de acuerdo —dijo Georgie con su mejor voz de adulta, entregándomelos—. Son muy de tu estilo. Póntelos para que te puedan colocar el micrófono.

—Aurora, ¿estás lista para venir? —preguntó Jennifer asomando la cabeza por la puerta

cuando yo terminaba de vestirme.

—¡Ya casi está! —le informó Georgie, pellizcándome las mangas del top antes de dar un paso atrás para contemplarme.

—¡Molan las zapatillas! —dijo Jennifer sonriendo al admirar mis brillantes zapatillas de Lightning Girl.



Cuando Georgie dio el visto bueno a mi aspecto, yo seguí a Jennifer al plató, mirando con la boca abierta las cámaras colocadas por toda la sala.

—¿Por qué hacen falta tantas? —le pregunté a Kizzy, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Para grabar desde ángulos distintos. Tú no hagas caso de las cámaras y preocúpate de tener una charla agradable con los presentadores.

A Kizzy le dio la risita y señaló con un movimiento de la cabeza una esquina del plató. Suzie estaba haciendo el pino delante de la presentadora Susannah Reid, que aplaudía con entusiasmo.

—¡Es muy fácil! —le decía Suzie—. ¿Quiere intentarlo? Le puedo enseñar, si usted quiere.

Se oyó una risa fuerte y socarrona al otro lado del plató, donde estaba Fred con un encargado del atrezo.

—Desde que hemos llegado, Fred y el encargado del atrezo se han estado contando trucos para hacer bromas. Fred acaba de enseñarme la mochila: la ha llenado de botellas de sangre falsa

—dijo Kizzy, poniendo los ojos en blanco—. Y Georgie está muy ocupada en el guardarropa.

—Lo sé. Los Brillantes se han hecho los dueños del programa.

Kizzy sonrió:

—Hablando de eso —dijo colocándose unos auriculares con micrófono—, Jennifer me ha nombrado productora honoraria, así que mejor ocupo mi puesto. Tú vete al sofá para que te coloquen el micrófono.

Sintiéndome como una niña aturdida, mientras todos mis amigos estaban completamente al control, me dirigí al sofá crema y me senté en él, esperando con paciencia mientras la mujer del sonido me colocaba los cables del micrófono y lo enganchaba con cuidado en mi top.

Me sentí anonadada cuando Susannah Reid y Piers Morgan vinieron a darme la mano y a sentarse en el sofá conmigo. Los había visto tantas veces en la tele que se me hacía muy extraño tenerlos allí en persona, delante de mí. De repente me entró la timidez, pero ellos eran muy majos y divertidos, y me dijeron lo mucho que les emocionaba tenerme allí en el programa. Yo estaba intentando unir las palabras necesarias para decir lo encantada que me sentía de estar allí, cuando de repente cambiaron las luces, las cámaras se giraron para mirarnos, y todo el mundo pareció ocupado, corriendo o haciendo las comprobaciones de último minuto. Alguien estaba delante de mí de pie, dándome una perspectiva general de cómo se desarrollaría la entrevista, pero yo no me podía concentrar en lo que decían, y no habría tiempo para repetirlo.

Las manos me empezaban a sudar.

—¿Estamos... a punto de salir? —pregunté tímidamente mientras Piers Morgan terminaba unos ejercicios bucales.

—Yyyyyyyyyyyy... —retumbó en todo el plató una voz potente— tres..., dos..., uno... ¡ACCIÓN!

Sentada tras las cámaras, Kizzy me hizo el gesto de levantar el pulgar mientras el programa empezaba y me presentaban como «la increíble Lightning Girl, la superheroína favorita de la nación».

La combinación de nerviosismo y cansancio me hacía sentirme como si estuviera en piloto automático, intentando imitar las cálidas sonrisas de los presentadores del programa. Me sentía un poco mareada bajo las brillantes luces del plató mientras intentaba hacer todo lo posible para concentrarme en sus preguntas. No entendía cómo ellos podían mostrarse tan naturales con todas aquellas luces rojas de las cámaras parpadeando hacia ellos. No paraba de trabarme la lengua de pura torpeza, ni de repetirme, ni de olvidar lo que acababa de decir.

No necesitaba mirar la cara de Kizzy para saber que la entrevista no estaba yendo bien.

—Entonces, cuando estés lista... —dijo sonriendo Susannah Reid, mirándome expectante.

Estaba tan distraída que no había oído lo que me preguntaba.

—¿Pe... perdone?

—Cuando gustes —decía Piers asintiendo con la cabeza—. Nos morimos de impaciencia por

ver esos superpoderes con nuestros propios ojos.

—¡Ah! —Miré a Kizzy aterrorizada—. Yo..., esto...

—Es natural que estés nerviosa. —Susannah se rio un poco, señalando con un gesto la fila de cámaras—. ¡Se pueden imaginar lo que supone intentar recordar a cuál hay que mirar! —Me sonrió cariñosamente—. Cuando estés preparada, Lightning Girl.

El plató entero guardaba silencio, mirándome expectante. Yo me sentía mal yendo contra lo que me había pedido mi madre, pero al mismo tiempo NO podía NO hacerlo. Era televisión en directo. Parecía que el mundo entero me estaba mirando.

—Vale —dije asintiendo con la cabeza.

Cerré los ojos y respiré hondo, levantando las palmas de las manos.

Entonces, todo sucedió muy rápido.

Yo solo quería sacar un suave rayito de luz. Lo he hecho cientos de veces.

Pero no me podía concentrar bien. Las luces del plató eran demasiado brillantes, los párpados me pesaban y tenía la cabeza confusa de los nervios. Reuní toda la energía que me quedaba en disparar unos rayos de luz, pero no me quedaba nada de energía restante para controlarla.

Cuando levanté las manos, fue como si toda la fuerza de mis superpoderes saliera de ellas en una explosión. El estallido de energía atravesó el plató con tanta fuerza que fue como si una tormenta de rayos hubiera caído allí dentro.

Todo el equipo técnico y las cámaras cayeron al suelo, por todas partes había cristales rotos y los sofás principales se dieron la vuelta hacia atrás, lanzándonos a mí y a los presentadores por los aires.

Me hice un ovillo y el estallido de luz se desvaneció. Las manos me hormigueaban y ardían al mismo tiempo y, de vez en cuando, salía todavía alguna chispa de las yemas de los dedos. Con cuidado, me senté y, horrorizada, observé a mi alrededor el plató destrozado.

Susannah Reid apareció detrás del sofá derribado. Tenía el pelo carbonizado.

—Eh... Muchas gracias por acompañarnos, Lightning Girl —dijo poniendo una sonrisa en la cara mientras dirigía sus comentarios a una cámara caída en el suelo, de lado, cuya lucecita roja aún parpadeaba—. Volvemos enseguida, tras un breve descanso.





Llamaron a mi puerta:

—¿Aurora...?

Oí que abrían la puerta y los pasos de Alexis acercándose a mi cama. Me cogió el tobillo suavemente a través del edredón. No respondí, sino que apreté más el ovillo en que había encogido mi cuerpo.

—Aurora —repitió, volviendo a tocarme.

No dije nada.

No pasó nada, así que pensé que se había dado por vencido y había abandonado la habitación, pero, tras una larga pausa, noté que me retiraban mi acogedor edredón.

—¡EY! —grité, forcejeando para recuperarlo, mientras Alexis, triunfante, lo sujetaba fuera de mi alcance y terminaba arrojándolo al otro lado de la habitación.

—Tienes que salir de la cama. Son las cinco de la tarde.

—Vete, Alexis —refunfuñé, abrazándome las rodillas.

—Te has pasado dos días escondida en la habitación. Hoy no harás lo mismo.

—A ti no te importa. Me puedo quedar aquí todo el día si quiero. Tú te encierras en tu dormitorio todo el tiempo y VIVES en tu apestoso pijama.

—Vale, pero yo soy el mayor y soy una leyenda viva, así que puedo hacer lo que quiera. Además, yo no me escondo de nada, como haces tú.

Arrugué la frente:

Devuélveme mi edredón y déjame en paz.

—Lo siento, pero no —dijo bostezando y mirando el móvil—. No pienso salir de esta habitación hasta que te levantes.

Lo miré entrecerrando los ojos:

—¿Por qué me molestas?

—Más que nada porque me parece divertido. Cuando te molestas, tus orejas se mueven de manera muy graciosa.

Me llevé las manos a las orejas:

—¡Eso no es verdad!

—Claro que lo es. Si no, ¿por qué te crees que te escondo siempre las zapatillas? Papá y yo apostamos si se moverán tus orejas cuando bajes a preguntar si las hemos visto por algún lado.

—¿QUÉ? ¿Papá y tú apostáis a si se me mueven las orejas? ¡Y yo que creía que era Kimmy la que me las escondía!

Alexis se encogió de hombros.

—Reconozco mi culpa.

—¡Ajjj! —dije cogiendo la almohada y tirándosela—. ¡Eres lo PEOR!

—Sí, pero también soy un genio —dijo sonriendo—. Bueno, ¿te vas a dar una ducha o qué? Porque, sin intención de ofender, no presentas tu mejor aspecto.

—En serio, ¿por qué te ha mandado mamá a sacarme de la habitación? —pregunté—. No se te da muy bien.

—Mamá no me ha mandado. Es algo que he decidido por mí mismo, motivado por la bondad de mi corazón.

Lancé un suspiro.

—Por favor, ¿me puedes devolver el edredón? Me estoy helando.

—Lo siento, pero no. Si quieres entrar en calor, tendrás que levantarte, ducharte y luego vestirte. Lo siento —dijo encogiéndose de hombros—: esas son mis reglas.

—¿Te has olvidado de cuando te quedaste en la habitación TRES DÍAS? ¡Papá te tenía que dejar la comida en la puerta!

Alexis sonrió con petulancia:

—Eso fue por un trabajo MUY importante. Estaba hackeando un *software* supersecreto y cada segundo era crucial. Tú, sin embargo, solo estás enfurruñada.

—Yo no estoy enfurruñada —rezongué—. Yo solo estoy...

—¿Dándote pena a ti misma? —Levantó las cejas—. Lanzaste por los aires a unos famosos presentadores y casi destrozas un plató de televisión, todo ello en vivo y en directo. ¿Y qué? Ya tendrías que estar acostumbrada a pasar vergüenza. ¿Es que no te conoces todavía?

Le tiré la otra almohada mientras él se reía de su DESTERNILLANTE chiste.

—Vamos, Aurora —insistió—. Se olvidará.

—No se olvidará NUNCA. No se ha olvidado, por lo menos. Cada vez que entro en Internet, está ahí, subido a todos los canales de vídeo con miles de comentarios que dicen que soy la peor superheroína de la historia.

—No, no todos los comentarios dicen eso.

Lo miré con un ápice de esperanza.

—¿De verdad?

—Claro. Algunos de los comentarios solo cuentan lo mal que hablas en las entrevistas. Ah, y un par de ellos hablan de tu pelo. Dicen que no tenía muy buen aspecto después de la explosión

de rayos. Tu lamentable aspecto, si quieres...

—¡ALEXIS!

—¿Y qué más te da lo que diga la gente? —Se rio, esquivando el bolígrafo que le tiré a la cara, porque me había quedado sin más almohadas—. No te conocen. Además, no deberías leer esos comentarios.

Volvió a abrirse la puerta de la habitación y apareció Clara con una pila de libros.

—Eh, papá y mamá han comentado que no vas a salir todavía de la habitación —dijo ella, entrando y posando la pila de libros en mi mesita de noche, derribando todas mis cosas en la operación—. Pensé que esto te podría animar un poco.

—*Guía completa de química física y teórica* —dije leyendo en voz alta el título de uno de los lomos—. ¿Esto es lo que me traes para que me anime?

Ella cerró y volvió a abrir los ojos:

—A mí me funciona.

—Ah, vale, gracias. Es un gran... detalle por tu parte, Clara.

Clara asintió con la cabeza y echó un vistazo a mi habitación antes de arrugar la nariz:

—¿A qué huele?

—Debe de ser Aurora —respondió Alexis muy serio.

—Comprendo.

—¡EH! BUENO, VALE, hoy no me he duchado... ni ayer..., pero eso NO es tan terrible, y los dos sois realmente cargantes, y ¿SERÍAIS tan amables de salir de mi cuarto? —les dije, señalando la puerta—. ¡Dejadme que me revuelque en mi pena, SOLA y en paz!

—En realidad, hay estudios psicológicos que demuestran que el aislamiento es malo para la salud —dijo Clara como si se tratara de un asunto teórico, subiéndose a mi cama para sentarse con las piernas cruzadas al lado de Alexis—. A lo mejor tienes necesidad de hablar sobre tus sentimientos de fracaso...

Me tapé la cara con las manos:

—¿POR QUÉ no puedo tener unos hermanos NORMALES?

—Ah, vale, los anormales somos nosotros... —se burló Alexis—. Tú simplemente echas rayos por los dedos.

Su parte de razón sí que tenía. Pero, aun así...

—Entonces —insistió Clara—, ¿quieres hablar de ello?

Solté un largo suspiro:

—La verdad es que no. No hay mucho que decir. He decepcionado a todo el mundo, y ahora la prensa rodea mi casa, molestando a mi familia, y yo me he convertido en la vergüenza nacional...

—Internacional —me corrigió Alexis, guiñándome un ojo.

Asentí con tristeza:

—Vale, vergüenza internacional. No me merezco ser Lightning Girl.

—¿Quién dice eso?

—Lo dice el mundo, Alexis. —Sentí las lágrimas asomándome a los ojos—. Todo el mundo pensaba que yo era algo que no era. Y ahora han visto la verdad.

Clara me cogió la mano y la sujetó en la suya, mucho más pequeña.

—Tú eres la mejor hermana mayor del mundo. Eso es lo que yo pienso de ti.

—Exacto —dijo Alexis mientras yo le sonreía a Clara con agradecimiento—. No puedes dejarte acobardar por lo que otros piensen de ti. Lo único que importa es lo que yo pienso de ti porque, afrontémoslo, yo soy la persona más importante del planeta. Y lo que yo pienso es que, aunque queda mucho margen para la mejora, en realidad —me dirigió una sonrisa traviesa—, no eres tan horrible.

Sonreí, limpiándome los ojos con las mangas del pijama.

—Ey —dijo Alexis dándole a Clara con el codo—, ¿no me digas que acaba de sonreír?

—Sí, ha sonreído CLARÍSIMAMENTE.

—Papá me debe cinco pavos.

Cuando lo miré, sin comprender, Clara me lo explicó:

—Alexis ha apostado a que te haría sonreír y salir de la habitación antes de que acabara el día. Papá pensaba que estabas demasiado triste y que necesitarías más tiempo y espacio.

—Creo que no me habéis dejado elegir en lo del espacio —comenté, mirándolos de forma muy significativa—. Pero por un lado me alegra que me hayáis invadido. Nada más que por un lado.

—Ya sé que estás muy desilusionada, Aurora, pero nadie piensa que haya sido culpa tuya

—dijo Clara—. Y Alexis ha dicho que te dejará elegir la peli si bajas a la sesión de cine nocturna en familia.

—¿He dicho eso? —Suspiró—. Bueno, soy hombre de palabra, así que supongo que tendré que afrontarlo.



—Y papá ha dicho que cenaremos lo que tú digas —prosiguió Clara—. Y no hablaremos de lo que pasó a menos que tú quieras que hablemos. Así que ¿vas a bajar?

Vacilé un momento.

—Bueno, vale.

—¡Bien! —exclamó Alexis dando un puñetazo al aire—. ¡Papá me debe otros cinco!

Se levantó de la cama de un salto y empezó a salir de la habitación.

—Ah, y no es que quiera ponerme pesado, hermana —dijo al llegar a la puerta—, pero si pudieras darte un baño sería maravilloso. Si no, te tendrás que sentar en la cama de la perra con Kimmy para ver la película. No queremos tener que echar ambientador después al sofá.

—Está bromeando —me aseguró Clara cuando desapareció por la escalera—. Tal vez no lo muestre, pero te apoya. Mamá dice que ha estado muy preocupado por ti.

—Ya, ya —dije con desdén, cogiendo mi ordenador y poniéndomelo en la rodilla.

—Iré a decirles a papá y mamá que hagan las palomitas de maíz —dijo Clara con alegría, bajándose de la cama—. Se pondrán muy contentos cuando sepan que vas a bajar.

—Eso suena bien —dije arrugando la frente ante la pantalla del ordenador mientras cargaba la

página en que había estado la última vez—. Eh, esto es raro.

—¿El qué? —preguntó Clara, parándose en la puerta.

—He entrado *online* para ver cuántas visitas ha tenido en YouTube el vídeo de *Good Morning Britain.* He intentado actualizar la página, pero no funciona. Dice que el contenido no está disponible.

Clara me observó con curiosidad mientras yo tecleaba mi nombre en el motor de búsqueda y pasaba hacia abajo para ver los resultados.

—No veo el vídeo por ningún lado —le dije, sin comprender—. Sencillamente ha... ¡ha desaparecido de Internet! ¿Cómo es posible?

—Pues lo que te he dicho —dijo Clara sonriendo. Daba la impresión de que sabía de qué iba la cosa—: Alexis te apoya.

La miré con la boca abierta mientras ella salía de la habitación. Intenté otra vez encontrar en YouTube la filmación de *Good Morning Britain*, pero volvió a aparecer el mismo mensaje: «CONTENIDO NO DISPONIBLE».

Los ojos se me llenaron de lágrimas de agradecimiento mientras cerraba el ordenador y sacaba las piernas de la cama para ir a ducharme, sintiéndome ya un poco mejor que un momento antes.

Después de todo, supongo que no está tan mal eso de tener hermanos poco normales.

5

Cuando desperté al día siguiente, vi que un avestruz me estaba mirando.



—¡Alfred! —grité, golpeándole en el pico con el que picoteaba curiosamente mi pijama—. ¿Cuándo aprenderás a respetar el espacio personal?

Llevando un mono de tela vaquera, se marchó muy ufano al otro lado del dormitorio para empezar a revolver en mi armario. Yo me dejé caer sobre las almohadas y tiré del edredón para taparme la cabeza. Si Alfred estaba allí, eso solo podía significar una cosa.

—¿Aurora? —trinaba una voz escaleras arriba—. ¿Estás levantada?

—No —respondí.

—¡Hola, cielo!

La puerta de mi dormitorio se abrió y apareció la tía Lucinda en el hueco, vestida de pies a

cabeza al estilo discotequero de los años sesenta. La hermana gemela de mi madre era muy excéntrica en todos los sentidos, incluyendo sus decisiones de vestuario y elección de mascota.

Nadie sabe por qué eligió un avestruz malhumorado y adicto a la moda, pero nunca iban a ninguna parte el uno sin el otro. A pesar de su tendencia a robar cosas y hacer travesuras, Alfred había sido clave para evitar que el señor Mercurio se marchara con la Luz del Mundo, así que yo intentaba perdonarle que me hubiera desgarrado el albornoz la última vez que entró en mi cuarto.

E intentaba no enfadarme por el hecho de que en ese momento estuviera picoteando las lentes de mis nuevas gafas de sol.

Y acabara de romperlas.

Las tiró a la otra punta de la habitación, irritado, y siguió picoteando por mi mesa de trabajo.

—¿Qué haces todavía en la cama? —gritó la tía Lucinda—. ¡Pronto se va a hacer de noche!

Miré mi móvil.

—¡Son las diez de la mañana!

—¡Precisamente! —dijo ella, sentándose al borde de mi cama—. Sinceramente, Aurora, no sé por qué te pareció necesario volar por los aires el plató de *Good Morning Britain* justo en mitad de mis vacaciones. Portugal es maravilloso en esta época del año, y yo he tenido que acortar mi estancia allí por culpa de todo este jaleo. —Movió la cabeza hacia los lados en señal de negación —. Solo he podido disfrutar cuatro semanas de mis vacaciones.

—¿Tú no estás de vacaciones permanentes? —rezongué.

—Lo intento, cielo, pero la vida no es tan fácil como tú te crees, sobre todo teniendo una sobrina que provoca catástrofes cada cinco minutos. Simplemente sentí que tenía que estar aquí para echarte un vistazo y comprobar que estabas bien.

—¿De verdad? —dije mirándola y levantando las cejas.

—¡Sí! —Se llevó una mano al corazón en un gesto teatral—. ¿Cómo puedes dudar de mis intenciones?

—Porque la última vez que apareciste por aquí dijiste que era para apoyar a mi padre con la inauguración de su gran exposición en el Museo de Historia Natural, y resultó que lo único que querías era robar el famoso Diamante del Sueño de una casa de subastas —dije, recordando cómo me había engañado para que la ayudara—. Así que ¿cuál es el verdadero motivo de que Alfred y tú estéis aquí? Espero que no estés planeando otra vez robar las joyas de la Corona. Hay una foto tuya en el tablón de anuncios que está a la puerta de la Torre de Londres, para que el equipo de seguridad no te deje entrar si te haces pasar por una turista.

—¿En serio? —Se atusó el pelo, orgullosa—. Espero haber quedado guapa en la foto.

La miré poniendo mala cara.

—Tía Lucinda, de verdad que ya tengo bastantes problemas sin necesidad de que vengas aquí a involucrarme en algún tipo de raro...

—La verdad, Aurora —dijo levantándose—, cada día te pareces más a la sosa de mi hermana.

Está claro que ella te ha transmitido ese gen de la sensatez... Y si resulta que alguno de los *paparazzi* que rodean la casa me hace una foto en la que se vea mi fabuloso aspecto, es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Ah —dije sonriendo—. O sea que por eso estás aquí. Por la fama.

—No sé de qué me estás hablando. —Se fue pavoneándose hacia la puerta—. Vamos, Alfred, no podemos tener esperando a los amiguitos de Aurora. Se mueren de ganas de oírnos hablar de nuestro viaje del mes pasado a las Fiji.

—Espera, ¿qué dices? ¿Qué amiguitos?

—¿No te lo he dicho? Ah, por eso te desperté. Tus amigos del colegio están abajo disfrutando un increíble chocolate caliente con sirope de avellana y rezongando de los periodistas que no paran de darles la lata. —Soltó un largo suspiro—. No sé de qué se quejan. Nos vemos abajo.

Salió de la habitación haciendo aspavientos, seguida por Alfred, que ahora llevaba unos pantalones cortos míos en la cabeza, a modo de sombrero. Mientras sus enormes patas retumbaban en los escalones, yo hice un esfuerzo para salir de la cama.

Desde el desastre de *Good Morning Britain*, la prensa había rodeado nuestra casa y se negaba a irse. Se morían por mantener conmigo una entrevista o por conseguir alguna foto. La noche que pasamos viendo una película en familia, con Alexis y Clara, había estado bien, pero yo seguía sintiéndome fatal a causa de aquel asunto. Lo único que quería era quedarme en la cama hasta el final de las vacaciones de verano, momento en el que esperaba que todo el mundo se hubiera olvidado de que yo existía.

Me vestí y bajé pesadamente la escalera, siguiendo las voces de Los Brillantes, que procedían de la cocina. Mi padre estaba removiendo un cazo puesto al fuego, y mi madre estaba de puntillas alcanzando las tazas del armario. La tía Lucinda había ocupado un sitio ante la mesa y admiraba su imagen en su espejo de bolsillo, mientras Kimmy gruñía en su camita a Alfred, que picoteaba sin parar en el fregadero de la cocina.

—¡Ey! —exclamó Kizzy, sonriendo al verme—. ¿Qué tal estás?

—¿Has visto la cantidad de periodistas que hay ahí fuera? —preguntó Suzie, abriendo los ojos maravillada—. ¡Tuvimos que apartarlos para poder pasar!

—Es horrible, ¿no? —dije haciendo una mueca—. Lo siento. No es justo para nadie.

—No, Aurora, nosotros también lo sentimos —dijo Kizzy muy amable, mirando a los demás con cara de culpabilidad—. En realidad, por eso estamos aquí.

—Hablamos sobre el tema y nos dejamos llevar por la emoción de la televisión —admitió Georgie cuando la miré, confusa—. No deberíamos haberte dejado salir en el programa.

—Ha sido una carga excesiva para ti —añadió Fred, agachándose para jugar con Kimmy y de ese modo distraerla de Alfred, que acababa de coger en el pico el salero y estaba muy contento usándolo como maraca, tirando sal por todo el suelo al moverse según su propia música.



—Sí. Obviamente destruir uno de los estudios más famosos del país no fue algo brillante —empezó a decir Suzie, que a continuación recibió un fuerte codazo en las costillas que le propinó Georgie—. ¡Ay! Solo quería decir que, aunque no fue buena cosa, tu salud es mucho más importante.

Kizzy cogió su teléfono:

—Se acabó la agenda superheroica. He cancelado los compromisos.

—Estamos todos de acuerdo en que necesitas unas vacaciones. —Mi madre sonrió alegremente mientras mi padre asentía con la cabeza, mostrando que estaba de acuerdo con ella.

—Las vacaciones son la clave del éxito —declaró la tía Lucinda, cerrando el espejo de golpe —. Bueno, ya estoy lista para recibir a la prensa.

—Pero... no puedo tomarme vacaciones —dije mientras mi madre le ponía mala cara a su hermana—. Tenemos la Cumbre dentro de un par de semanas.

—¿Te refieres a la Cumbre SECRETÍSIMA? —preguntó la tía Lucinda aclarándose la garganta y mirando a mis amigos con toda la intención.

—Por favor... Hace semanas que sabemos lo de la Cumbre Secreta de Superhéroes —dijo Suzie cruzándose de brazos.

Cuando una de las piedras preciosas de la exposición de mi padre había resultado ser la Luz del Mundo, superhéroes de todo el mundo acordaron que sería necesaria una Cumbre secreta para decidir su futuro, porque era demasiado importante y valiosa. La Cumbre se había organizado en Londres aquel verano para hablar de las distintas posibilidades, y solo estaban invitados los superhéroes.

Mi madre se rio al ver la expresión asustada de la tía Lucinda.

—Ellos también son héroes, Lucinda. Pensé que se merecían saberlo.

—Si no fuera por Los Brillantes, yo habría perdido mi trabajo en el museo y las piedras preciosas habrían desaparecido —dijo mi padre.

Georgie sonrió:

—De nada, señor Beam.

—Hay tiempo para unas vacaciones antes de la Cumbre de Superhéroes, y realmente pienso que sería buena idea que te alejaras de toda esta locura y descansaras un poco —insistió mi madre, tratando de no distraerse con Alfred.

Porque, en esos momentos, Alfred usaba todo lo largo de la cocina como pasarela de exhibición y se pavoneaba de un lado para otro con un cazo en la cabeza, y poniéndose cada vez, como accesorio, un paño de cocina diferente.

Su anterior elección de sombrero, mis pantalones cortos favoritos, los había rasgado en dos y tirado con impaciencia al otro lado de la habitación, dándole en el morro a la confusa Kimmy.

—Bueno, ¿habéis pensado algún sitio? —preguntó Suzie, emocionada—. ¿Qué tal a las Barbados?

—¿Y a las Maldivas? —sugirió Georgie.

—¿Al sur de Francia?

—¿A las Bahamas?

—Ah... —se rio mi padre—, nosotros estábamos pensando llevar a Aurora a un sitio más cerca.

—Papá no puede cogerse días libres en el museo ahora mismo, sobre todo porque ya ha pedido varios días para acompañarnos a la Cumbre de Superhéroes —explicó mi madre como disculpándolo—. Ya sabéis que el verano es el momento con más trabajo del año debido a los turistas. Y yo no puedo salir del Reino Unido justo antes de la Cumbre, no vaya a ser que alguien intente apoderarse del mundo...

—No es mal motivo —dijo Kizzy con una risa silenciosa.

—Como ninguno puede ir contigo —siguió mi madre—, no te queremos mandar al extranjero sola.

—Vale. —Asentí con la cabeza—. Entonces, ¿qué habéis pensado?

—Hemos pensado que pases unos días en Cornualles —anunció mi padre.

—¿Cornualles? —preguntó Suzie, mirándolo desconcertada—. ¿Qué hay en Cornualles?

Por la cara de la tía Lucinda se extendió una sonrisa traviesa:

—La abuela Beam.



Cuando me había enterado de que todas las mujeres Beam eran superheroínas, supuse que no sería verdad lo de que la abuela Beam estaba en Cornualles dirigiendo un refugio para gallinas perdidas, como decía. Pensé que, igual que mi madre nos mentía diciendo que venía de «una clase de yoga en calor» o de «un viaje de negocios» cuando la verdad era que estaba luchando contra tipos malvados, la abuela Beam seguramente había utilizado la cosa esa de las gallinas como tapadera de una reluciente vida de superheroína.

Estaba equivocada.

Vemos a la abuela Beam una vez al año, pero siempre viene a visitarnos ella a nosotros, así que yo no sabía qué esperar mientras avanzábamos lentamente por las carreteras de Cornualles hacia su casa. La tía Lucinda había insistido en acompañarnos en el viaje, porque estaba pensando si comprarse una isla en la costa de Cornualles y decidió que mi madre podía dejarla después en el puerto.

—¿No tiene coche? ¿Qué le ha pasado a su deportivo tan guay? —le había preguntado Fred a la tía Lucinda cuando Los Brillantes me ayudaban a hacer la maleta.

—Es una larga historia —dijo ella lanzando un suspiro y bebiendo un sorbo de su cóctel—. Tiene que ver con una apuesta desacertada y una montaña. Te lo contaré todo en otro momento.

Iba sentada en el asiento de delante, al lado de mamá, así que yo iba en la parte de atrás, apretujada al lado de Alfred, intentando quitarme de la cara sus estúpidas plumas durante todo el viaje. Para caber en el coche, Alfred necesitaba llevar bajada la ventanilla y sacar el cuello por ella todo el tiempo, porque si no le entraba tortícolis. Y según la tía Lucinda, un avestruz con tortícolis era una compañía muy molesta. Llevaba puestas unas gafas de piloto militar especiales, para que no le lloraran los ojos cuando íbamos a toda velocidad por la autopista.

Después de pasar unas cuantas horas sufriendo un frío increíble y apretada muy incómodamente contra un avestruz, nos salimos de aquella carretera con tanto tráfico para tomar carreteras comarcales desiertas que atravesaban hermosas y verdes colinas. Alfred picoteó estruendosamente en el techo del coche para advertirnos de que había visto el mar a lo lejos.

—¿Adónde vamos? —pregunté, cuando empezamos a ir al lado de la costa, aparentemente

alejándonos de la civilización y acercándonos a los acantilados—. ¿Es que la abuela Beam es una especie de sirena?

—Muy gracioso —dijo mamá riéndose, aunque, considerando la historia de nuestra familia, yo no me hubiera sorprendido mucho si eso hubiera sido verdad—. Su casa está un poco aislada. Es bonita: tú espera un poco.

Giramos una curva y mi madre señaló delante de nosotros con un movimiento de la cabeza:

—Ahí está.

Encaramada a un acantilado había una preciosa casita de campo, rodeada por lo que parecían cuadras y cabañas de madera. Una mezcla de caballos, burros, llamas, cabras y ovejas salpicaba los campos, pastando plácidamente. Parecía totalmente una postal.



—¡Ahí va! —dije conteniendo un grito y mirando la casa muy sorprendida.

—La abuela ha ampliado su refugio para gallinas. Ahora se trata de un refugio para todo tipo de animales perdidos —explicó mi madre, aparcando el coche delante de la casa.

Salí del coche oyendo las olas que rompían contra el acantilado y respirando el aire fresco. Era como si no hubiera nadie más alrededor, en kilómetros. Alfred, que había desenredado el cuello de la ventanilla, salió del coche con el culo delante antes de irse temblorosamente a la explanada de delante de la casa para hacer unos estiramientos, empezando por abrir las patas.

—Odia los viajes largos, pobrecito. El espacio para las piernas es siempre un problema cuando se viaja con un avestruz —observó la tía Lucinda—. Y, por supuesto, normalmente viaja en primera clase...

Mi madre puso los ojos en blanco al salir del coche y se frotó el cuello:

—Lo siento. Su Majestad puede ir en otro coche, si lo prefiere...

La tía Lucinda abrió la boca para responder, pero, antes de que pudiera hacerlo, la puerta principal de la casita se abrió y lo primero que vi fue un soprendente cabello rosa brillante.

—¡Bienvenidos!, ¡bienvenidos! —exclamó la abuela Beam, bajando corriendo los escalones de la puerta con los brazos abiertos.

Me cogió para darme un gran abrazo, envolviéndome en el poncho multicolor que llevaba

puesto. Mi padre solía decir que sería interesante hacer una competición a ver quién estaba más pirada: si la abuela Beam o la tía Lucinda. Pero a continuación mi madre le dirigía una mirada de pocos amigos, y él cambiaba de tema.

—¡Qué pelo tan guay, abuela! —dije riéndome mientras admiraba su cabello—. La última vez era azul...

—Ah, sí —dijo ella chasqueando la lengua y negando con la cabeza—. Afortunadamente ya he superado esa fase. Estoy tan emocionada de teneros aquí —dijo sonriendo—. Vamos a pasar unos días estupendos, muy relajantes. Tengo preparados unos maravillosos ejercicios, que es justo lo que necesitas.

—¿Ejercicios? —preguntó mi madre con curiosidad, acercándose a saludarla—. Te he dicho muy claro que nada de entrenamiento superheroico. Aurora lo que necesita es descansar.

—No seas absurda, Kiyana —dijo la abuela Beam, pasándome un brazo por los hombros—. Estoy hablando de yoga, meditación, todo lo que Aurora necesita ahora mismo. Por ejemplo, yo... ¡ESPERA! ¡ALTO!

Nos quedamos todas petrificadas.

—¿Qué? —dijo mi madre aterrorizada, mirando hacia todos lados—. ¿Qué pasa?

La tía Lucinda movía los brazos frenéticamente:

—¿Hay una abeja? ¿Dónde? ¿DÓNDE?

—¡Shhh...! ¡Escuchad! ¡Lo siento! —La abuela Beam señaló al sol, cerró los ojos y respiró hondo—. ¿No lo sientes tú, Aurora? ¿No lo sientes?

—Eh... —Miré a mi madre en busca de ayuda, pero ella se limitó a encogerse de hombros—. ¿Qué es lo que tengo que sentir? ¿Qué pasa?

—No te preocupes —dijo la abuela Beam, abriendo los ojos y respirando hondo—. Esto es la «observación solar». ¡Antes de que acabe la semana serás capaz de sentirla! Ayudará a florecer a tu alma y a regenerar tu luz interior.

—¿Observación solar? ¡Haz el favor, mamá...! —dijo la tía Lucinda entre dientes—. Casi me da un ataque al corazón. ¡Creí que era una abeja! Debo de haber envejecido cinco años. ¡Va a parecer que tengo la misma edad que Kiyana!

Mi madre la miró apretando los ojos:

—¡Somos gemelas!

—Vosotras dos siempre peleándoos. Os juro que ya discutíais en mi vientre. Vamos —dijo la abuela, riéndose—. Vamos dentro y le enseñaré su habitación a Aurora. Después tendré que dar de comer a las alpacas.

—¿Cómo están todas las alpacas? —preguntó mi madre, ayudándome con el equipaje mientras la tía Lucinda buscaba en su espejito cualquier nueva arruga que hubiera aparecido en su rostro en los últimos dos minutos.

—¡Maravillosas, por supuesto! Aunque Augusta está un poco rara conmigo hoy, pero creo

que es porque esta mañana caí sobre su pie sin querer. Pero, la verdad, no debería haber estado practicando la observación solar en el tejado. Por supuesto, allí tenía que caerme sobre ella. ¿Te gustan las alpacas, Aurora?

Siguió divagando sobre las alpacas mientras me enseñaba mi habitación. Su casita era tan bonita por dentro como por fuera. Los techos de las habitaciones eran bajos y estaban cruzados con viejas vigas de madera, y el suelo de tablas crujía al pisarlo. Había fotos enmarcadas de todos nosotros por todas partes. Las gallinas andaban sueltas por la casa, porque se metían desde el jardín para ver qué pasaba dentro.

Subiendo la escalera, oí un fuerte golpetazo detrás de mí: Alfred se acababa de pegar con la cabeza en una viga y, a continuación, empezó a picotearla, vengativo.

—No nos tires la casa, cielo —le advirtió la tía Lucinda, haciéndole una caricia de consuelo.

Alfred bajó la escalera de mal humor y se fue a jugar con un gallo a ver quién aguantaba más la mirada.

—Esta es tu habitación —me dijo con orgullo la abuela Beam, haciéndose a un lado para dejarme entrar—. ¿Te gusta?

Era un dormitorio precioso, con las paredes azul claro y un jarrón lleno de girasoles junto a la cama. Me acerqué a la ventana y miré por ella.

La vista se alargaba kilómetros entre los verdes campos y el centelleante mar azul. Ya me sentía mucho más relajada.

—Es perfecta.

La abuela juntó las manos y nos invitó a todos a bajar a tomar una taza de té antes de que mamá y la tía Lucinda siguieran su viaje.

—¿Te gusta la idea de pasar aquí una semana? —me preguntó mi madre antes de irse.

La tía Lucinda estaba en el asiento de delante del coche, esperando. Alfred se había desparramado en el asiento trasero, pasando hojas del libro que la abuela le había dejado sobre la historia de los derechos de los animales.

—Sí, claro. Creo que venir aquí ha sido muy buena idea —admití.

—Yo también lo creo. Espero que lo pases muy bien —dijo mi madre sonriendo y dándome un último abrazo—. Así te relajarás y te encontrarás como nueva para la Cumbre de Superhéroes.

Se puso derecha y volvió la cara hacia la abuela.

—Gracias, mamá, y recuerda —le dirigió otra mirada severa—: no busques problemas.

—Ay, Kiyana —dijo la abuela pasándome el brazo por los hombros y diciéndoles adiós con la mano—, ¿qué problemas podría encontrar aquí?



Al día siguiente, desperté y me quedé en la cama, sintiéndome confusa.

Nadie me estaba sacudiendo para despertarme, diciéndome que era ya tarde para lo que fuera. No había mensajes frenéticos en mi móvil sobre mascotas perdidas ni tareas caseras en las que se requiriera mi ayuda con toda urgencia. Ni sonaba ningún despertador. No se me pedía que me presentara en ningún sitio, ni que hiciera nada. Todo era tan... agradable.

Estiré los brazos y me incorporé en la cama para alcanzar la ventana y descorrer las cortinas. La luz del sol entró a borbotones y me obligó a entrecerrar los ojos. Contemplé la hermosa vista, disfrutando la calidez en la cara y el tranquilo sonido de las suaves olas. De pronto, se abrió la puerta de mi habitación.

—¡Buenos días, Aurora! —dijo la abuela con voz de trino, entrando con una taza de té y varias gallinas que penetraron con ella en el dormitorio—. Estaba fuera dando de comer a los pájaros y vi tu cara en la ventana. ¿Qué tal has dormido?

Aquel día, la abuela llevaba varios collares de cuentas sobre la blusa verde y unos pantalones con dibujo brillante, tan amplios que al principio pensé que eran una falda larga. Se había sujetado el pelo rosa con un ligero pañuelo morado que tenía borlas plateadas en los extremos y le colgaba por la espalda. Parecía preparada para entrar en la máquina del tiempo y asistir a un festival de música de los años setenta. Estaba maravillosa.

—He dormido muy bien —dije sonriendo, y le di las gracias por el té mientras colocaba la taza en mi mesita de noche antes de sentarse al borde de la cama—. Aquí me siento realmente de vacaciones de verano.

—Bien —dijo la abuela juntando las manos con entusiasmo y dándole un susto a una de las gallinas. Chasqueó la lengua indignada—: Es un día hermoso, así que podemos dar un bonito paseo por la playa, si quieres. A las gallinas les vendrá bien estirar las patas, igual que a las alpacas. Y a los caballos. Y a los burros. Bueno, a todo el mundo, supongo. ¿Qué os parece, chicas? —preguntó ella, dirigiéndose a las gallinas que picoteaban por la habitación—. ¿Pasamos el día en la playa?

Las gallinas cacarearon emocionadas, haciéndome reír.

—Maravillosas criaturas, las gallinas —dijo la abuela.

—A mí me gustan mucho —dije sonriendo, sorbiendo el té mientras una gallina empezaba a acariciar con el pico el tobillo de la abuela—. ¿Siempre te han gustado los animales?

—Ay, sí. Siempre pensé en hacerme veterinaria, pero cuando me enteré de que tenía superpoderes comprendí que tenía que seguir otro camino distinto. —Lanzó un suspiro—. De repente, mi extraña conexión con los animales tenía sentido.

La miré sin entender:

—¿Qué tiene que ver eso con tus poderes?

—¿No te lo ha explicado Kiyana? Ese es mi poder extra, si quieres llamarlo así —dijo ella con un brillo en sus ojos verdes—. Igual que tu madre es increíblemente rápida y Lucinda tiene poderes de persuasión y encanto, yo tengo una conexión extraordinaria con los animales. Me siento muy afortunada. Por eso, cuando me retiré del trabajo de salvar el mundo, monté este refugio de animales. Sabía que mi destino era dar un hogar a cualquier animal que lo necesitara.



—Eso es muy guay. Yo todavía no sé cuál es mi poder extra.

—¿No lo sabes? —preguntó la abuela, extrañada—. Yo me imaginaba que el tuyo sería el más potente de todos. Más que nada porque tus poderes se han presentado a una edad tan temprana.

—Sí, pero eso es solo porque volvió a aparecer la Luz del Mundo, y eso hizo surgir mis poderes antes de lo normal. No tiene ningún mérito.

Los ojos de la abuela se dirigieron hacia el remolino de mi cicatriz, en la palma de mi mano,

antes de levantar la mirada para encontrar mis ojos. Una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Yo no estaría tan segura de eso, Aurora. A mí me parece que tú eres muy especial. No te preocupes, no tardaremos en descubrir cuál es tu poder extra. En cualquier caso —se levantó de repente, haciendo que todas las gallinas dejaran lo que estaban haciendo y se pusieran en fila militar, firmes—: ¡no desperdiciemos este hermoso sol! En cuanto estés lista, Aurora, haremos una bonita excursión. Les voy a contar el plan a los demás. Me imagino que la alpaca Augusta tendrá algún comentario negativo que hacer. Le encanta poner pegas siempre.

Puso los ojos en blanco y después salió de la habitación con dignidad, seguida por una fila de gallinas entusiasmadas.

Durante los días siguientes, entré en la rutina de la abuela Beam y su estrambótica vida. Cada mañana la ayudaba a dar de comer a los numerosos animales y, después, nos íbamos andando a lo alto del acantilado para hacer una sesión de yoga al sol. Yo nunca había hecho yoga, pero la abuela me ayudaba. A mí me gustaba mucho, aunque no soy muy flexible y a veces me caía de culo, haciendo que los burros rebuznaran de la risa. A las gallinas, sin embargo, el yoga se les daba muy bien.

—A Alfred, el avestruz de Lucinda, le encanta el yoga y el pilates —me informó la abuela cuando volvíamos a la casita una mañana—. A mí me ha enseñado mucho.

Pasaba las tardes leyendo libros en la playa o jugando en el mar con los burros antes de volver a casa para zamparme una cena tan saludable como deliciosa. Me sentía muy sofisticada, como si estuviera en uno de esos retiros tan pijos a los que van los actores de Hollywood.

Cuando llegó el último día, me daba mucha pena tener que marcharme.

—A mí también, Aurora —respondió cariñosamente la abuela Beam cuando se lo dije—. De hecho, me da tanta pena que me voy a sentar en el tejado.

Aunque eso hubiera preocupado a la mayoría de los nietos del mundo, que la abuela Beam anunciara que iba a subirse al tejado era el pan nuestro de cada día. Ella se sentaba allí, meditando, practicando la observación solar y enfadándose con las alpacas a las que pisaba.

—¡Augusta! —le oía gritar—. ¡Deja de comerte las tejas!

Mientras la abuela estaba en el tejado, yo decidí coger mi libro y leer en la salita hasta que bajara. Antes de acurrucarme en la butaca, me tomé un rato para admirar todas las fotos y los adornos de la repisa de la chimenea. Ella me había dicho que todas las cositas que había allí las había traído de sus aventuras por el mundo. Había varias tallas de madera y mármol, un primoroso abanico antiguo y una muy elaborada caja de música.

Abrí la caja de música y empezó a sonar una suave y tintineante melodía. En medio de la caja, girando al ritmo de la música, había una miniatura de gallina bailarina. Me reí, poniendo los ojos en blanco. ¡Solo la abuela Beam podía encontrar una caja de música con una gallina! ¿De dónde demonios la habría sacado?, me pregunté, y me acerqué más para tocar la cabeza de la gallina y verla más de cerca.

Debí de apretar más de lo que pretendía, porque oí un clic al tiempo que la gallina cedía, como si hubiera apretado un botón sin querer. La música se paró de repente.

Tuve miedo de haber roto algo muy valioso. Pero entonces empecé a oír una serie de golpes potentes que procedían de debajo de la repisa de la chimenea. Un estruendo retumbó en la salita, y la chimenea se abrió, mostrando una escalera de metal apenas iluminada que había detrás.

No era nada parecido a una chimenea. Era una puerta secreta.

—¿Qué demonios...? —susurré, agachándome para mirar dentro.

Y volví la vista atrás, a la salita vacía. La abuela Beam debía de seguir en el tejado, y yo era demasiado curiosa para no mirar qué había allí abajo.

Lamentando que Los Brillantes no estuvieran allí conmigo (a Fred aquello le habría ENCANTADO), me metí en la chimenea agachándome y bajé con cuidado varios escalones.Estaba completamente oscuro en el fondo. Palpé por las paredes, pero no encontré ningún interruptor de la luz. Así que levanté las manos.

Desde mi llegada a la casa de la abuela, una semana antes, no había utilizado mis superpoderes. No solo porque me encontraba de vacaciones y descansando de todo, sino también porque me daba pánico utilizarlos, después del desastre que había ocasionado en el programa *Good Morning Britain*. No había sentido que controlara nada y podría haber herido a alguien. Toda mi confianza se había esfumado después del incidente, y la sola idea de emplear mis superpoderes me daba miedo.

—Vamos, Aurora —susurré para mí en la oscuridad—. Puedes hacerlo.

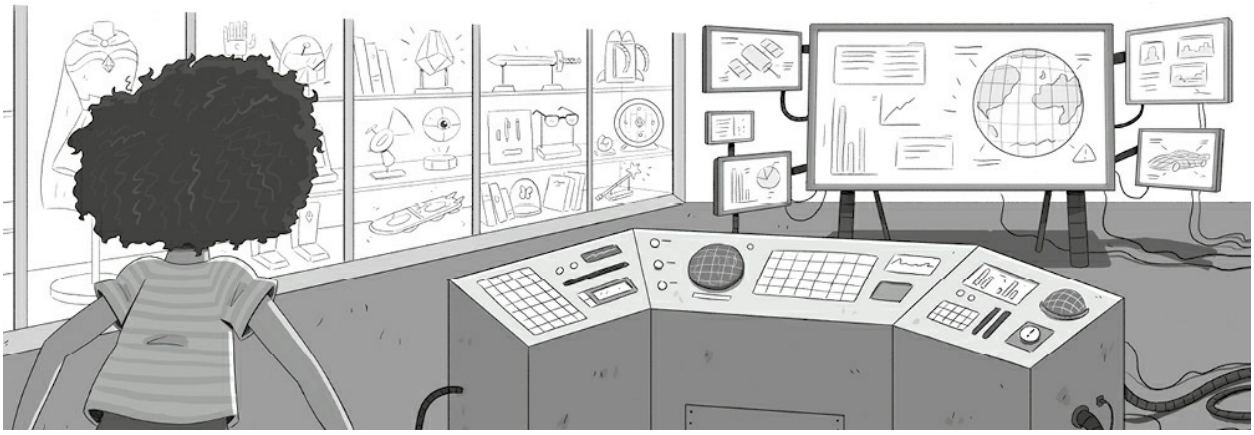
Cerré los ojos y respiré hondo, concentrándome nada más que en mis poderes. Al principio no pasó nada, pero luego empecé a sentir aquel extraño cosquilleo, y me salieron unas chispas de las yemas de los dedos. Con toda la energía que pude concentrar, mis manos empezaron a producir un resplandor muy leve, ni mucho menos tan luminoso como era habitual.

Pero supongo que por algo se empezaba.

Usando aquella débil luz, pude adivinar que se trataba de un vasto espacio subterráneo. Solo podía ver el contorno de algunas formas oscuras, pero no podría saber de qué se trataba si no me acercaba un poco más.

Avancé un paso y enseguida se encendieron, automáticamente, unos tubos fluorescentes que había en el techo, cruzando todo el espacio. Cuando mis ojos se acostumbraron a aquella luz, pude saber qué eran todas aquellas formas.

Me quedé sin respiración.



Ordenadores. Montones de ordenadores. De la última tecnología, con las pantallas más grandes que hubiera visto nunca y unas vitrinas en los lados que contenían artilugios de aspecto extraño. La vasta sala era brillante, minimalista y moderna, con paredes de acero inoxidable, sin ventanas y con un enorme panel de control con botones de distintos colores justo delante de mí. Era como entrar en la escena de la guarida subterránea de una película de James Bond. O en la nave espacial de una de ciencia ficción. Alexis se hubiera encontrado allí en la gloria.

Contemplé la sala anonadada, con la boca completamente abierta.

¿Qué era todo aquello?

Detrás de mí oí una tos que me hizo saltar del susto.

Me giré y vi a la abuela mirándome desde el final de la escalera.

—Hola, Aurora —dijo con una sonrisa maliciosa en la cara—. Veo que has descubierto mi pequeño secreto.



—A... abuela... —tartamudeé—, ¿qué es todo esto?

Ella soltó un largo suspiro y avanzó un paso para colocarse justo enfrente de mí.

—Te lo diré, Aurora. Pero me tienes que prometer que no se lo contarás a nadie. ¿Me lo prometes?

Observé nerviosa todas las pantallas de ordenador y, después, volví la vista hacia ella. La abuela se inclinó un poco para mirarme a los ojos más de cerca:

—¿Me lo prometes?

Tragué saliva y, a continuación, asentí moviendo vigorosamente la cabeza:

—Te lo prometo.

—Muy bien.

Se puso muy derecha y se giró, sin moverse del sitio, para ponerse de cara un pequeño panel plateado que había en la pared. Se aclaró la garganta.

—Enciéndete —dijo con voz clara.

Una luz roja se encendió en medio del panel, proyectando una delgada raya que le cruzaba a ella la frente, le bajaba por la barbilla y desaparecía.

—Reconocimiento facial y retiniano —explicó ella, volviéndose para mirarme por encima del hombro mientras la luz pasaba del rojo al verde—. Es el último modelo.

—Bienvenida, Patricia —la saludó una voz de ordenador, con un zumbido que retumbó en toda la estancia.

—Gracias —le respondió al panel de la pared—. Enciende todos los sistemas, por favor.

—Encendiendo todos los sistemas.

Un runruneo recorrió el sótano a medida que despertaban docenas de ordenadores. Todos parecían mostrar algo distinto. Algunos transmitían filmaciones de seguridad aleatorias, cada pantalla cambiando de emplazamiento a los pocos segundos, mientras que en otras pantallas aparecían verdes rayas de datos que se desplazaban continuamente: letras y números mezclados que para mí no tenían ningún sentido.

A la abuela Beam le dio la risita al ver mi reacción. Se me había secado la boca

completamente de tanto tiempo como llevaba con ella abierta.

Yo estaba completa y profundamente anonadada: mi abuela, que todo el mundo pensaba que era una dulce viejecita jubilada, algo chiflada, tenía una GUARIDA SUBTERRÁNEA SECRETA. ¡Mi abuela! ¡La abuelita Beam! ¡La que hablaba con las gallinas y las alpacas! ESA MISMA ABUELA RESULTA QUE TENÍA UNA GUARIDA SUBTERRÁNEA CON UN SISTEMA DE SEGURIDAD LÁSER DE ALTA TECNOLOGÍA. PERO ¿QUÉ DEMONIOS...?

—Siempre me ha fascinado la tecnología —dijo con tono ingenuo la abuela Beam, mientras mi cerebro se embarullaba tanto como los datos que aparecían en las pantallas que tenía a mi alrededor—. Como a Alexis. Supongo que lo ha heredado de mí.

—Yo... yo...

Intentaba formar palabras, pero estaba demasiado atónita con lo que estaba viendo. La abuela lleva el pelo teñido de rosa brillante y hace yoga en el tejado. Las abuelas de pelo rosa brillante y cientos de velas de aromaterapia NO suelen tener este tipo de búnkeres secretos de espionaje llenos de aparatos de última tecnología construidos debajo de sus pintorescas casitas a la orilla del mar.

¿O sí?

—Lo cierto es —empezó la abuela Beam, viendo mi boca, que se abría y cerraba en silencio como la de un pez— que no he podido dejar del todo la cosa esta del superheroísmo. Intenté retirarme de la vida superheroica, pero me resultó mucho más duro de lo que pensaba. Las mujeres Beam siempre han estado dispuestas a salvar el mundo, cosa que es bastante difícil, pero nadie te cuenta qué es lo más difícil de todo.

—¿Dejarlo...? —logré decir finalmente, con voz ronca.

—En realidad, lo más difícil fue dejar a mi hija en mi lugar —repuso con voz suave, evitando mirarme a los ojos—. Toda mujer Beam tiene que hacerse a un lado para ver cómo es su hija la que se dedica a enfrentarse a los peligros. —Soltó un largo suspiro—. Nunca he dejado de preocuparme muchísimo por que sea Kiyana la que pone su vida en riesgo para salvar al mundo. Es una superheroína fantástica, tu madre, pero para mí siempre será mi niña pequeña.

—Espera un momento —le dije levantando las manos—. Déjame ver si lo entiendo. ¿Tú has estado también todo este tiempo salvando el mundo? ¿Al final no te dedicabas a dirigir un refugio para animales?

—No, no, no, no seas ridícula, Aurora. —Se rio, aunque a mí nada me podía parecer ridículo, considerando que estábamos en medio de su GUARIDA SUBTERRÁNEA SECRETA—. Por supuesto que dirijo mi refugio para animales. Pero me gusta echar un vistazo a las cosas. Y estar preparada para echar una mano en caso necesario. Kiyana no tiene ni idea de todo esto. —La abuela Beam levantó las manos y las hizo brillar con una luz rosa fluorescente. Sonrió, moviendo los dedos—: Todavía queda vida en mí.

—Pero, abuela, mamá te mataría si se enterara —dije acercándome a una pantalla que ofrecía un debate que tenía lugar en la Cámara de los Comunes. ¡Se supone que llevas una vida muy tranquila, dedicada a salvar gallinas!

Se encogió de hombros:

—Por eso te he hecho prometer que guardarías el secreto. Esto no es más que un poco de diversión.

—¿Entonces, todo ese rollo jipi pirado tuyo no es más que una pantalla? ¿Una tapadera para ocultar el hecho de que en realidad eres un cerebrito tecnológico?

Ella arrugó la frente, confusa:

—¿A qué rollo jipi pirado te refieres?

—Eh..., nada. Olvídalo —me apresuré a decir, y cambié de tema—: ¿Mi madre tiene también algo parecido a esto? A mí nunca me ha enseñado su cuartel general secreto superheroico... ¿Lo tiene debajo de casa?

—No, no creo —dijo la abuela con una risita—. Kiyana es una superheroína más del tipo práctico. Nunca le han gustado los ordenadores.

Pasé los ojos por un gran panel de control, que tenía cientos de botones y uno grande y rojo en el medio:

—¿Qué pasa si se aprieta ese?

—Que todo se autodestruye en cinco segundos.

Instintivamente, di un salto atrás antes de que la abuela soltara una carcajada.

—Es una broma, ¿no? —dije con esperanza.

Ella sonrió:

—Espero que no lo sepas nunca. Tendré que tener mucho cuidado contigo, ahora que sé que tienes esa veta tan curiosa. Yo creía que lo de la cajita de música era una idea genial. ¿Quién iba a pensar que la gallina bailarina era un botón? Tendré que pensar en otra cosa para solucionarlo.

—Tú ni siquiera tienes ordenador en la casa —dije, preguntándome todavía si no estaría en una especie de sueño muy extraño.

La abuela me miró mientras yo paseaba por delante de la primera fila de ordenadores, fijándome en las filmaciones que transmitían las pantallas. De repente, uno de los ordenadores empezó a pitar. La abuela se acercó corriendo y observó el monitor.

—Ah —dijo—. Solo tengo que hacer una rápida llamada de negocios, Aurora. No tardaré nada. Quédate donde estás y ya te lo enseñaré todo.

Se marchó al lado opuesto del sótano y, entonces, levantó la muñeca hasta cerca de la boca, y empezó a hablar a la pulsera que llevaba. Yo moví la cabeza hacia los lados, en señal de negación, y seguí admirando todos los artilugios que veía.

En una de las mesas cercanas, había un gran montón de carpetas con fechas pasadas que parecía fuera de lugar entre tanta tecnología y que claramente era el archivo de la abuela desde

hacía mucho tiempo. No presté mucha atención a aquel montón de papeles y carpetas hasta que vi una vieja fotografía que asomaba entre ellos.

Saqué la foto para verla de cerca: era la abuela, hacía mucho tiempo, junto a un hombre y un niño. Yo no conocía a ninguno de los dos. Agucé la vista mirando al hombre y sonreí cuando me di cuenta de que tenía exactamente la misma nariz y expresión curiosa que la abuela: debía de ser su hermano. Mi madre había mencionado un par de veces a su tío, pero para ella era un tema incómodo porque, por lo visto, él y la abuela Beam habían tenido una pelea importante antes de que él muriera, cuando mi madre era adolescente. Después de eso, la abuela no volvió a hablar de él. Me gustaba ver qué aspecto tenía.

Oí sus pasos al regresar y rápidamente volví a poner la foto donde estaba, porque no quería que se enfadara conmigo. Cuando lo hice, se cayó de la carpeta un viejo recorte de periódico que revoloteó hasta el suelo. Me apresuré a cogerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad cuando yo volvía a levantarme.

—Ah, es... una cosa que se acaba de caer de la carpeta.

Al entregárselo, vislumbré el titular: «¡EXPLOSIÓN DE LUZ EN ALMACÉN!».

—Vaya —dije haciendo una mueca—. Eso tiene mala pinta.

—La tuvo —dijo con seriedad, mirando el recorte y después colocándolo con cuidado en la mesa. Señaló las carpetas con un movimiento de la mano—. Eso son viejos casos míos, de aquellos tiempos en que hacía el trabajo que ahora hace tu madre. Bueno —se le ablandó el gesto —, ¿qué te parece?

—¿Te refieres a tu guarida subterránea? ¡Aún no me lo puedo creer! Es tan... interesante... Me siento como en una película.

—Pues no has visto lo mejor —dijo emocionada, indicándome que la siguiera con un gesto—. Tengo que decir que, aunque hubiera preferido que no conocieras mi secreto, me divierte poder compartirlo con alguien. Nunca he podido presumir de esto que tengo. Vamos, por aquí.

La seguí hasta el final de la estancia, pasadas las vitrinas que contenían objetos diversos que la abuela me explicaba por el camino. Por ejemplo, de unas gafas de sol en forma de corazón y de un color plateado brillante, dijo que «pueden lanzar rayos láser»; de una boa de plumas de color naranja: «se transforma en una tirolina al apretar un botón, muy útil si una se queda atrapada en el tejado»; de un monopatín lleno de pegatinas: «lleva un motor a reacción interior, así que puede ir muy muy aprisa. La última vez que lo usé se me quemó la piel del viento»; y de un micrófono: «te sorprendería saber cuántos genios malvados de los que andan por ahí tienen debilidad por el karaoke. Ofréceles la posibilidad de cantar un rato antes de que pongan en marcha sus planes malvados, y no podrán resistir la tentación de coger el micrófono para cantar a grito pelado una balada. Pero ese micrófono se convierte en unas esposas irrompibles que te atrapan en cuanto lo coges».

—¿Has inventado todas estas cosas tú misma? —pregunté impresionada.

—¡No, tengo contactos! Aunque el micrófono fue idea mía —dijo con orgullo, mientras yo negaba con la cabeza, sin podérmelo creer—. Estoy bastante contenta con él: se usa en todo el mundo.

Nos paramos al llegar a la parte de atrás de la estancia: allí la pared era un gran espejo, como los que hay en las academias de danza. Eso hacía que diera la impresión de que la estancia seguía y seguía. La abuela Beam se hizo a un lado para ponerse delante de otro panel plateado, aquel incrustado en el espejo.

—Enciéndete.

Una vez más, su rostro fue escaneado, pero después la luz se puso verde, y ella apretó con el pulgar en el panel.

—Comprobación de la huella dactilar —explicó, guiñándome un ojo.

—Contraseña —exigió la voz de ordenador.

—Sedosa... polaca... paduana. —La abuela sonrió al ver mi expresión confusa y me explicó —: Son razas de gallina..., criaturas maravillosas. Cambio la contraseña todos los días, claro está. Para esta parte del sótano se necesitan medidas de seguridad muy especiales.

—Abuela —dije tragando saliva—. ¿Qué hay detrás del espejo?

—¡Ya lo verás! —respondió con entusiasmo.

Se oyó un fuerte ruido metálico cuando el espejo empezó a deslizarse hacia arriba, metiéndose en el techo. La abuela Beam, a mi lado, prácticamente temblaba de la emoción, murmurando en voz muy baja:

—¡Ay, me muero de ganas de que lo veas! ¡Me muero de ganas!

Cuando la parte de abajo del espejo se hubo elevado por encima de mi cabeza, mostrando el espacio que escondía detrás, la abuela susurró con voz soñadora:

—¿Qué te parece? ¿No es magnífico?

Colocado sobre una plataforma había un coche deportivo de estilo futurístico, ancho, aerodinámico, de un brillante color rosa fluorescente. Era el coche más alucinante que hubiera visto NUNCA.

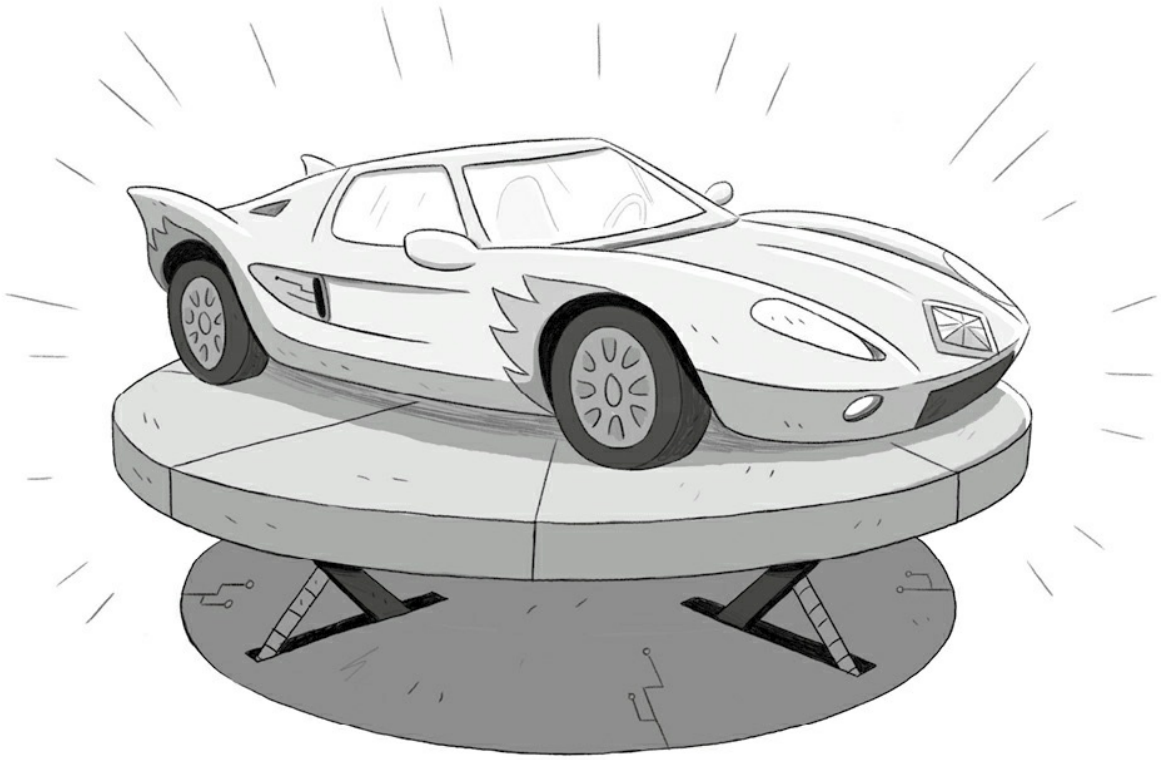
La abuela Beam dio una palmada, derretida de la emoción solo con verlo, antes de empezar a enumerar sus características ocultas:

—Cuenta con un motor más potente que los motores a reacción; es más ligero que una pluma; de hecho, es el coche más rápido del mundo; cuenta con capacidad para hacerse invisible, por supuesto; es a prueba de fuego, de inundaciones y de balas; y resulta extremadamente espacioso por dentro. Hasta he podido meter un par de alpacas en el asiento de atrás, ¿te lo puedes creer? Tiene rayos láser; está plenamente computerizado; cuenta con cámaras en cada esquina; y... —se quedó un instante callada, respirando para mayor efecto dramático— vuela.

—¿Eso vue... la?

—Vuela. Y no lo llames «eso». Ella tiene sentimientos —me regañó la abuela—. Es una

característica nueva y todavía está en pruebas. Creo que le haré un par de pruebas más antes de intentar elevarla en el aire, pero creo que estará lista en una semana más o menos.



Nos quedamos en silencio un montón de tiempo, contemplando el coche antes de que la abuela Beam se volviera hacia mí:

—¿Qué te parece? —preguntó con entusiasmo.

—Pienso… —empecé, extendiendo por mi rostro una sonrisa bobalicona—, pienso que sin ninguna duda eres la abuela más interesante del planeta.

La abuela me pasó el brazo por los hombros y me apretó contra ella.

—Entonces, si me prometes no contárselo a tu madre —dijo con un brillo en los ojos—, ¿qué te parece si nos damos una vuelta en ella?



Mi madre se paró delante de una farola.

—¡Ya estamos aquí! —anunció con voz alegre, subiéndose las gafas de sol sobre el puente de la nariz. Mi padre y yo nos miramos.

—Eh, ¿mamá? —dije mientras mi padre intentaba, sin conseguirlo, contener una risita—. Eso es una farola.

—Sí, ¿y...?

—Y se supone que nosotros nos dirigimos a la Cumbre de Superhéroes.

—Exacto —corroboró mi madre, asintiendo con la cabeza.

—Creo que será mejor que te compre una botella de agua, Kiyana —dijo mi padre, mirando a su alrededor en busca de una tienda donde vendieran refrescos—. Me parece que el calor te ha afectado.

—El calor no me ha afectado lo más mínimo —rezongó mi madre, cruzándose tercamente de brazos—. La Cumbre de Superhéroes es exactamente aquí. —Señaló la farola.

Mi padre lanzó un suspiro:

—Pensándolo mejor, creo que te compraré dos botellas de agua.

Mientras ellos discutían, yo me tomé un instante para sentarme sobre mi maleta y admirar el edificio del Parlamento británico. Estábamos junto a una de las farolas que hay justo enfrente del Parlamento, y el sol empezaba a ponerse, así que resultaba aún más bello y grandioso con aquel resplandor anaranjado.

Yo estaba muy emocionada con la Cumbre, pero también un poco preocupada. No sabía realmente qué esperar y, aunque le había hecho a mi madre montones de preguntas sobre la Cumbre desde que volví de casa de la abuela, ella no me había resuelto mucho.





—La última Cumbre de Superhéroes como esta fue hace años, Aurora —me había dicho con voz cansada cuando le pregunté por vigésima vez aquel día—. No me acuerdo de todos los detalles, pero consistía en un montón de superhéroes en una sala discutiendo de cosas. En realidad, era aburrido.

Solo que esta vez seguramente no sería aburrido, más que nada porque el motivo de la Cumbre era que habíamos encontrado la piedra más valiosa que existía, la Luz del Mundo, y teníamos que decidir dónde estaría mejor guardada. Y, decididamente, a mí no me resultaría aburrido, porque aquella piedra era el origen de todos mis superpoderes.

En cualquier caso, cuando mi madre dijo que nos dirigíamos al Parlamento británico para la Cumbre de Superhéroes, mi padre y yo nos emocionamos mucho, yo porque nunca había estado allí y él porque le encantan esas cosas que les gustan a todos los empollones, como los edificios antiguos. A Clara le daba mucha rabia que no la dejaran venir con nosotros.

—Que os divirtáis —había dicho con tristeza cuando nos despedimos aquella mañana—.

Intentad apreciar el estilo gótico perpendicular del Palacio de Westminster.

—No vamos al Palacio de Westminster —la había corregido yo, sonriendo a mi hermana pequeña—. Vamos al Parlamento británico.

Ella había soltado un largo suspiro y subido lenta y pesadamente por la escalera con una nueva enciclopedia bajo el brazo:

—El Palacio de Westminster es lo mismo que el Parlamento británico, Aurora.

A Kizzy le había dado la misma envidia cuando le dije por teléfono adónde íbamos, y me hizo prometerle que tomaría fotos. Yo había echado mucho de menos a Los Brillantes cuando estaba en Cornualles y esperaba verlos antes de salir para la Cumbre, pero todos se habían ido a sus propios viajes de vacaciones con la familia.

Me hubiera GUSTADO hablarles a todos sobre la guarida secreta de la abuela y sobre su supercoche; necesitaba todo mi autocontrol para no contar toda aquella maravillosa información. Ir en coche por las carreteras locales de Cornualles con la abuela había sido como montar en un lujoso cohete espacial.

Todos me habían mandado mensajes al chat de nuestro grupo deseándome buena suerte en la Cumbre: Georgie me había recordado que llevara mi nueva y especial chaqueta de Lightning Girl, Suzie me había dicho que practicara las volteretas durante cualquier hueco que tuviera, porque tenía que trabajarlas MUCHO, y Kizzy me prometió que organizaría una reunión de Los Brillantes en cuanto yo volviera. Fred también me deseó buena suerte y, después nos informó de que creía que había batido el récord mundial de potencia de eructo y que su madre le había desterrado del salón a causa de su logro.

—Henry, por última vez, NO necesito agua —le dijo mi madre, mientras mi padre seguía encontrándole síntomas de deshidratación—. Esa farola es la entrada a la Cumbre. ¿Es que mi sentido de la orientación ha fallado alguna vez?

Mi padre se aclaró la garganta y musitó en voz baja:

—¿Si ha fallado alguna vez? ¡Si empiezo a contar, no termino!

Mi madre le ignoró y examinó la farola de cerca:

—No cabe duda de que es esta. Mira todas las demás farolas de la calle. ¿Qué tiene esta de diferente?

Miré a un lado y al otro las altas, elegantes y negras farolas que hacían fila en la acera en torno al Parlamento. Y después volví a observar aquella ante la cual se había colocado mi madre.

—¿Que esta no está encendida, y las demás sí? —pregunté.

—¡Exacto! El motivo de que no esté encendida es que en realidad no es ninguna farola: es una puerta.

Me encogí de hombros, mientras mis padres comprobaban que no hubiera turistas ni atareados londinenses mirando hacia allí. Entonces, mi madre se agachó, haciendo como que se ataba un cordón del zapato. Pero lo que hizo fue apretar algo en la parte inferior de la farola.

Después volvió a ponerse de pie.

—¡Kiyana Beam! ¡Cuántos años...!

Dimos un salto del susto al oír la estridente voz que salía de detrás de nosotros. Al volvernos vimos a una mujer alta de cabello negro que llevaba los labios pintados de azul y un largo vestido azul de verano. Levantó los brazos y le dio a mi madre un fuerte abrazo.

—¡Crystal! —sonrió mi madre, abrazándola a su vez—. ¿Cómo estás?

—¡Encantada de verte! Creo que la última vez que te vi fue en aquella aburrida cumbre sobre el volcán. ¿Te acuerdas, cuando salía lava verde, y todos se volvían locos pensando que era el fin del mundo? Resultó que era un genio malvado, del que tú te encargaste en cinco segundos. Tú siempre has sido una de las mejores. —Se volvió para sonreírnos a mí y a mi padre—. ¡Estos deben de ser tu apuesto marido y tu encantadora hija!

Mi padre enrojeció de arriba abajo y murmuró algo incoherente mientras le estrechaba la mano.

—Ya ha llegado casi todo el mundo. Será mejor que entres o el señor Vermas empezará a ponerse nervioso. Es muy estricto con lo de cumplir el programa de la Cumbre y ya sabes lo que le gusta mandarnos a todos, pese a que ni siquiera tiene superpoderes. Sinceramente, pienso que, si no se anda con cuidado, Benjamin Jackson (ya sabes, el héroe de Lagos, tan fuerte y apuesto...) va a perder los nervios.

El nombre de Vermas me sonaba, pero no sabía de qué.

—Bueno —dijo Crystal, dando una palmada.

—Vamos a abrir la puerta, ¿vale? Pero primero las medidas de seguridad. Si podéis poneros muy quietos en esas cuatro losas de la acera... No os dejéis el equipaje. Os veo enseguida. Solo tengo que esperar a los invitados que quedan por llegar y, después, estaré con todos vosotros.

Mis padres y yo hicimos lo que nos decía, pisando sobre las losas indicadas alrededor de la farola. Ella le hizo un guiño a mi madre y después respiró hondo, moviendo los dedos. Yo ahogué un grito mientras una leve y brillante burbuja azul parecía formarse alrededor de nosotros y de la farola.

—Crystal tiene poderes invisibilizadores —me explicó mi madre, mirándola con admiración —. Puede crear un campo invisible y una alucinación a nuestro alrededor. Nadie que pase por la calle puede vernos ahora. Lo único que ven es la farola y la acera, tal como debería estar. No puede hacerlo mucho rato, pero es un superpoder realmente alucinante.

De repente, las losas empezaron a descender del nivel de la acera. Yo me cogí del brazo de mi madre mientras nos hundíamos en el suelo, sin que los peatones vieran nada. Crystal nos hizo un gesto de despedida desde la calle. Las losas de la acera se pararon al llegar al nivel de las puertas de un gran espacio redondeado transparente con butacas en el interior.

Salimos de las losas y entramos en el espacio acristalado. Las losas empezaron a subir otra vez, cerrando la acera por encima de nuestras cabezas.

—Sentaos —dijo mi madre emocionada—. Y tendréis que poneros el cinturón de seguridad.

Mi padre y yo nos lo abrochamos con nerviosismo. Antes de que tuviera tiempo de preguntarle a mi madre qué iba a pasar, la burbuja de cristal se movió hacia delante y se metió por un túnel a gran velocidad, girando y torciendo, haciendo que a mi estómago le dieran vuelcos. Se paró de repente. Abrió las puertas a un andén, y yo me sentí un poco mareada al levantarme, como si acabara de montar en una montaña rusa.

—¿No es una manera divertida de moverse? ¡El Expreso Superheroico! —exclamó mi madre, sacando el equipaje. Mi padre no tenía pinta de haberse divertido mucho. Se había puesto muy verde, y mi madre tuvo que volver a entrar en el vehículo para ayudarle a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—¡Aquí están los Beam! ¡Bienvenidos!

Un hombre corpulento de espeso pelo negro y pobladas cejas, que llevaba un traje de aspecto caro, llegó aprisa a saludarnos, tendiéndole la mano a mi madre.

—¡Qué honor conocerles! Yo soy Darek Vermas —dijo sonriéndome—. Tal vez conozcan mi eslogan: «Vermas, para aquellos que quieren más».

Entonces comprendí de qué me sonaba el nombre de Vermas. Era un importante hombre de negocios, que dirigía unas cuantas grandes compañías tecnológicas de Londres. Alexis lo veneraba, y yo había visto sus anuncios en televisión, en los que él recitaba su eslogan al final con una amplia sonrisa. Pero cuando le di la mano, algo me resultó vagamente inquietante. Como si lo hubiera visto en otro sitio, aparte de sus anuncios. Pero no sabía dónde.

—Por supuesto, sé quién es usted —dijo mi madre mientras él sonreía calurosamente—. Gracias por dotarnos con toda la tecnología y equipamiento que necesitamos para los próximos días.

—Por favor... Patrocinar la Cumbre Superheroica es un honor para mí. Estoy sumamente orgulloso de este edificio y de la tecnología de seguridad avanzada de mi compañía —añadió en tono más serio—. Puede estar segura, señora Beam, de que la Luz del Mundo estará segura aquí. Supongo que la trae con usted... Qué emocionante.

Los ojos se le fueron hacia el bolso de mi madre. La mano de mi madre acarició el bolso de manera protectora.

Vermas abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpido por un hombre bajo con gafas de montura gruesa y pelo rubio alborotado. El recién llegado vino corriendo hacia nosotros, tropezó y cayó al suelo de bruces, y la tableta que llevaba salió disparada por el andén. Parecía salido de unos dibujos animados.



Rápidamente, me agaché para coger la tableta mientras mis padres (mi padre acababa de recuperarse del Expreso Superheroico) le ayudaban a levantarse.

—¿Está usted bien? —preguntó mi madre, entregándole las gafas.

—Sí, lo siento, lo siento. Gracias, gracias —farfulló con marcado acento escocés cuando le di la tableta—. ¡Menuda suerte, no se ha roto!

El señor Vermas lo miraba con desagrado, y enseguida sentí pena por aquel hombre que aún no conocía.

—Ah, este es mi nuevo ayudante —dijo el señor Vermas, suspirando de exasperación, como si le molestara tener que perder el tiempo presentándolo—: David Donnelly. Todavía tiene que cogerle el tranquillo a la cosa, así que me temo que tendrán que tener paciencia con él.

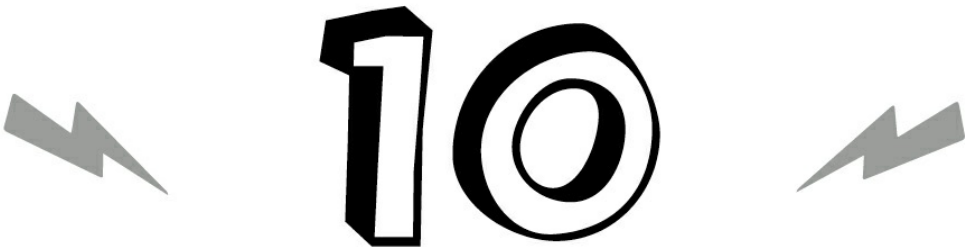
—¿Desean tomar algo? —preguntó David en voz baja, tan avergonzado que apenas se atrevía a mirarnos.

—Yo no quiero nada, pero se lo agradezco, David. Muy amable —dijo mi madre con bondad, lanzando una mirada hostil al señor Vermas, que estaba demasiado ocupado quitándose una mota de polvo del bolsillo para darse cuenta.

—Creo que es el momento de que les enseñe sus habitaciones a los Beam —le gruñó el señor Vermas a David—. Ayúdeles con el equipaje.

David asintió con la cabeza y nos hizo señas para que lo siguiéramos hasta unas puertas grandes que se encontraban al final del andén.

—¡Descansen y acomódense, familia Beam! —gritó el señor Vermas cuando ya nos íbamos, y su voz de trueno retumbó en el andén—. ¡A continuación, empezará la verdadera diversión!



—¡GUAU!

Tuve que frotarme los ojos para creer lo que estaba viendo. Dos veces.

La Cumbre Superheroica era el sitio más molón del mundo. Cuando David, en el andén, abrió las puertas, yo no sabía qué esperar, pero desde luego que no me imaginaba que entraría en una cúpula de cristal ENORME y espectacular. Era tan alta que tenía que aguzar la vista para ver el final del techo en curva.

Había varias puertas grandes, metálicas, de forma circular, y yo observé asombrada cómo alguien llegaba delante de una, apretaba un botón que había al lado, y la puerta de metal se abría en espiral. El vasto espacio central de la cúpula se dividía en secciones. Había una zona de butacas alrededor de una hermosa fuente de agua donde la gente descansaba, tomaba café y charlaba. Al otro lado de la cúpula había una especie de selva con árboles, plantas y flores de colores. En mitad de ella, alguien se echaba una siesta en una hamaca.

—No me puedo creer que esto esté justo debajo del Parlamento británico, construido tan hondo —dijo mi padre, limpiándose las gafas en la camisa antes de volvérselas a poner para asegurarse de que veía las cosas correctamente—. ¡La arquitectura es deslumbrante! Me gustaría saber más de este edificio.

—Tengo folletos —se apresuró a decir David, buscando en los bolsillos—. Aaah... Debo de habérmelos dejado en alguna parte. El señor Vermas me matará si los he perdido.

—No pasa nada —le tranquilizó mi padre afectuosamente—. Pero, cuando los encuentre, dígamelo, por favor.

—Es raro, ¿no? —Mi madre sonrió, disfrutando mi asombro—. ¿Te puedes creer que semejante complejo subterráneo existe donde menos te lo esperarías?

«En realidad —pensé yo—, me lo puedo creer muy bien, porque resulta que mi abuela tiene una guarida subterránea construida debajo de su pintoresca casita de Cornualles».

Pero no podía decirlo en voz alta.

—Es alucinante —fue lo que dije—. ¿Todos los que están aquí son superhéroes?

—Ah, sí —dijo David asintiendo con la cabeza—. Todo el mundo salvo yo. Y el señor

Vermas, por supuesto.

Y precisamente en ese instante, una de las mujeres que descansaban junto a la fuente empezó a divertir a todo el mundo levantando la mano y manipulando el agua, dándole forma de delfín. El hombre enfrente de ella se rio, tomó un lento sorbo de café y, después, hizo un movimiento de la cabeza en dirección al delfín de agua, que inmediatamente se convirtió en una escultura de hielo.

Empecé a aplaudir con entusiasmo, haciendo que todo el mundo se volviera a mirarnos. Hubo una oleada de susurros que retumbaron en la cúpula y yo enseguida dejé de aplaudir.

—Todo el mundo está muy emocionado de que estés tú aquí —explicó David, mientras mi padre me pasaba un brazo por los hombros—. Todos están esperando ver la... la piedra de luz... ¿Cómo se llamaba?



—La Luz del Mundo —le dijo mi padre.

—Y para verla tendrán que esperar un poco más —dijo mi madre con severidad—. La guardaremos a buen recaudo hasta la sesión principal, que tendrá lugar dentro de un par de días.

—Los sistemas de seguridad de Vermas son los mejores del mundo —le aseguró David—. El señor Vermas me dijo que, si desean dejarla en otro lugar que no sea su habitación antes de la Cumbre, él estará encantado de...

—No es necesario —respondió mi madre, sin dejarle acabar la frase—. Esto es muy seguro, y Vermas nos explicó que la habitación cuenta con caja fuerte.

—Ah, sí —asintió David, ajustándose las gafas—. La caja fuerte que tienen en la habitación es la mejor. Lo único es que el señor Vermas tiene una cámara personal y mencionó que quizá prefieran dejarla allí.

Mi madre y mi padre se miraron el uno al otro.

—Por favor, dele las gracias al señor Vermas de mi parte, pero de momento preferimos guardarla con nosotros.

Mis padres ni siquiera me habían dicho a mí dónde estaba exactamente la Luz del Mundo. Nos habíamos enterado en la noche del Museo de Historia Natural de que, solo por estar cerca de aquella piedra preciosa, brillaba mi cicatriz en forma de espiral, que tenía el mismo trazo que la piedra, y hacía mis poderes muy volátiles. Pero mi padre me había dicho que había conseguido una cajita especialmente diseñada para la piedra. Una cajita que estaba hecha de un metal tan increíble, cien veces más fuerte que las cámaras en que había estado guardada la piedra en el museo, que tenerla cerca apenas me afectaría.

Y considerando que mis poderes no se habían descontrolado y que mi cicatriz no había brillado en absoluto durante todo el viaje hasta allí, pese a que llevábamos la piedra con nosotros, daba la impresión de que aquella cajita cumplía la función para la que había sido especialmente diseñada.

—Bien —dijo mi padre, aclarándose la garganta y fingiendo que no se daba cuenta de que todo el mundo nos miraba en la cúpula—, ¿seguimos?

—Yo... no tengo tiempo de enseñarles el complejo completamente —dijo David disculpándose y encorvando los ojos hacia delante—. Pero si me siguen a sus habitaciones, les mostraré algunas de las principales características. Esa puerta de ahí... —señaló una de las puertas de la cúpula— lleva a la sala de entrenamiento superheroico. Tiene todo el equipamiento que puedan necesitar.

—¡Suena estupendo! —dijo mi madre con entusiasmo.

—Y ahí es donde tendrán lugar durante los próximos dos días los encuentros —prosiguió David, señalando la siguiente puerta circular—. Al lado opuesto de la cúpula, esa puerta de allí lleva a la cafetería. Y sus habitaciones están por aquí.

Volvió a tropezarse y se fue hacia delante, pero esta vez logró no caerse. Se puso colorado y

salió disparado, mostrándonos el camino por otra gran puerta circular.

—Pobre tipo —me susurró mi madre frunciendo el ceño—. Está claro que su jefe lo aterroriza.

Yo asentí con la cabeza y crucé después de mi padre y de David la puerta que se encontraba en la parte de atrás de la cúpula. Daba a un largo y ancho pasillo que a su vez daba a las habitaciones.

—Señorita Aurora Beam, esta es su habitación.

David golpeó la puerta con fuerza.

—¿Quién es? —preguntó una voz al otro lado de la puerta.

—Soy yo, David Donnelly. Ha llegado su compañera de habitación.

La puerta se abrió, y apareció un chico que parecía solo un poquito mayor que yo. Me examinó con sus intensos ojos oscuros antes de soltar un suspiro de impaciencia y hacerse a un lado.

—Adelante —dijo—. Y date prisa. Tengo hambre, y Cherry no me dejaba ir a cenar hasta que tú llegaras.

—Pensé que estaría bien que fuéramos todos juntos.

Una chica alta y muy guapa, que llevaba unos auriculares en el cuello, pasó por al lado de él y me dirigió una cálida sonrisa. Su pelo largo era negro en las raíces, pero estaba teñido de azul brillante en las puntas.

—Hola, Aurora.

—Hola —respondí, sintiéndome de repente muy tímida.

—Vosotros tres sois los únicos superhéroes menores de edad que asistís a la Cumbre, así que pensamos que os gustaría estar juntos. Vosotras, las chicas, ocuparéis esta habitación, mientras que JJ dormirá en la *suite* de al lado. Ahora, si todo está a tu gusto —dijo David consultando el reloj—, les enseñaré a tus padres su habitación y me iré para que os acomodéis.

—Buena idea —asintió mi padre—. ¡Aurora, te dejamos para que hagas amigos!

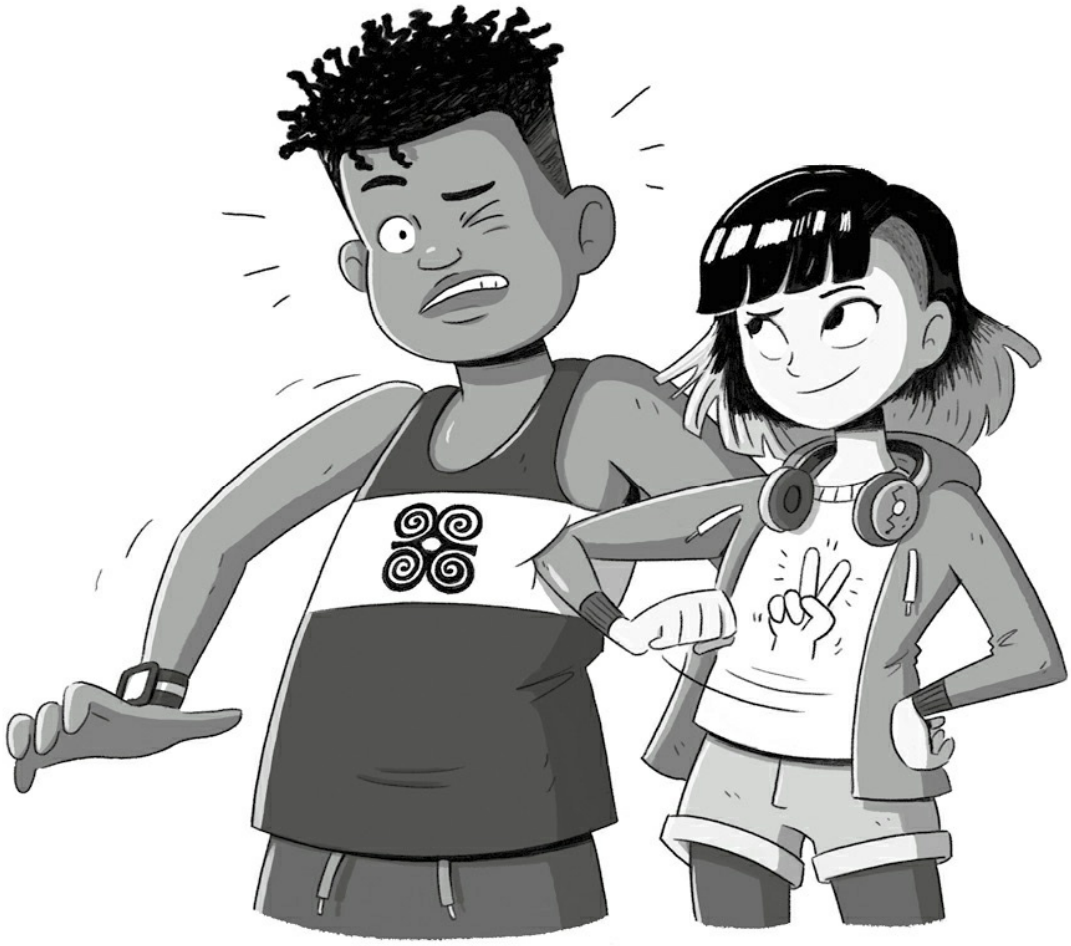
¡AJJJJ! ¿Cómo es que los padres tienen esa habilidad para decir siempre delante de TODO EL MUNDO lo PEOR que podrían decir?

Las mejillas se me pusieron coloradas como un tomate cuando el chico intentó disimular la risita. Cherry le dio un codazo en las costillas.

—¡Nos vemos en la cafetería! —dijo mi madre con alegría, despidiéndose con la mano mientras ella y mi padre seguían a David por el pasillo.

El chico y la chica se hicieron a un lado mientras yo metía la maleta en la habitación.

—Esa es tu cama —me dijo la chica, señalando la cama que no tenía ropa esparcida por toda la superficie.



Le di las gracias, dejé mis cosas junto a la cama y, al volverme, los encontré mirándome.

—Yo soy Cherry Mirella —dijo tendiéndome la mano y estrechándome la mía con firmeza.

—Y yo soy Benjamin Jackson Junior. Todo el mundo me llama JJ.

—Me alegro de conoceros —dije en voz baja—. Yo soy Aurora Beam.

—Ya sabemos quién eres. Tú eres el motivo de que esté aquí todo el mundo. —JJ se quedó callado entonces, mirándome de arriba abajo—. Bueno, ¿qué es eso tan especial que tienen tus poderes?

—No te preocupes —dijo Cherry rápidamente, lanzándole una mirada a JJ—. No pretende ser desagradable. Ya te acostumbrarás a él. Estábamos hablando de tus superpoderes antes de que llegaras.

Le sonreí agradecida, mientras JJ ponía mala cara.

—Entonces —urgió JJ, cruzándose de brazos—, ¿es verdad lo que dicen todos esos artículos en Internet? ¿Que puedes crear luz?

Asentí con la cabeza.

—¡Y estás conectada a la Luz del Mundo! —exclamó Cherry, con los ojos abiertos de fascinación—. ¡Qué envidia!

—¿Y vosotros qué? —pregunté, con ganas de hablar de algo que no fuera yo, pero también con ganas de saber algo de otros chicos que también tenían superpoderes, como yo.

—Yo soy superfuerte y superrápido —anunció JJ con orgullo—. Y también superasombroso en los deportes y el atletismo.

Cherry puso los ojos en blanco y añadió con sarcasmo:

—Y supermodesto.

—El equipo de fútbol de Nigeria me ha ROGADO que entre en el equipo —siguió JJ, sin hacerle caso a ella—. Pero mi padre no me deja, porque solo tengo catorce años.

—Ahí va —dije yo, antes de volverme hacia Cherry—. ¿Y tú? ¿Cuáles son tus superpoderes?

—Tengo oído supersónico. —Dio un golpecito con los dedos en los auriculares que llevaba al cuello—. Soy capaz de oír cosas a kilómetros de distancia y, por eso, llevo estos auriculares especialmente diseñados. No puedo ir a ninguna parte sin ellos. Tienen un montón de chismes superguays para controlar los niveles que puedo oír.

—¡Ah! —dije antes de bajar la voz para convertirla en un susurro—. ¿Eso significa que ahora mismo te estamos haciendo daño al hablar tan fuerte?

Negó con la cabeza.

—Soy capaz de poner y quitar el oído supersónico mediante la concentración. Solo lo uso cuando lo necesito. —Esbozó una sonrisa traviesa.

—Y eso no es todo lo que es capaz de hacer —añadió JJ—. Cuéntale lo otro.

—Tengo como... premoniciones —dijo Cherry sentándose en la cama.

—¿Premoniciones? ¿Quieres decir que puedes adivinar el futuro? —dije mirándola con admiración.

—No, no exactamente. No es tan sencillo. No puedo adivinar nada concreto. Solo tengo una fuerte sensación cuando está a punto de ocurrir algo importante. Pero no sé qué será. —Se encogió de hombros—. A veces puede ser muy incómodo.

—Me imagino.

Me sonrió:

—¿Tú vives aquí en Londres?

—No, soy del condado de Hertford. Pero venimos a Londres a menudo. Mi padre trabaja aquí, en uno de los grandes museos.

—Eso es estupendo, de verdad —dijo ella, mientras JJ parecía aburrido—. Yo soy de Malasia y esta es la primera vez que vengo a Londres. Creí que podría hacer algo de turismo, pero... —señaló con un gesto el techo en curva que se elevaba por encima de ella— resulta que estamos atrapados bajo tierra.

—¿A quién le apetece hacer turismo? Edificios viejos y aburridas galerías —resopló JJ—.

Estamos en un complejo superheroico subterráneo. ¿Para qué quieres ir a otra parte?

Cherry puso los ojos en blanco y volvió su atención a mí:

—Bueno, Aurora, ¿te apuntas para mañana?

—¿Me apunto a qué?

—Los encuentros de mañana son solo para superhéroes adultos. No se nos permite tomar parte.

—¡Ah! —exclamé decepcionada—. Qué rabia.

—¿Bromeas? —preguntó JJ, mirándome como si estuviera loca—. Es estupendo. Tenemos todo este sitio para nosotros, mientras los adultos tienen que escuchar a unos tipos aburridos hablando sobre un tostón de piedra.

—¡Ey! —dijo Cherry poniéndole mala cara—. Esa piedra es la piedra más importante del mundo. Y los poderes de la familia Beam son cualquier cosa menos aburridos. Son impresionantes.

JJ sonrió:

—Pues eso me viene al pelo: vamos a ver mañana quién tiene los poderes más impresionantes. Voto por que vayamos a la sala de entrenamiento mientras nuestros padres están en la reunión y, entonces, veremos exactamente lo que es capaz de hacer cada uno.

—Eres la persona más competitiva que he visto nunca —dijo Cherry lanzando un suspiro y poniendo los ojos en blanco—. Pero supongo que puede ser divertido.

Vacilé, recordando mi patético intento de convocar mis superpoderes en la guarida subterránea de mi abuela. No los iba a dejar impresionados con unas chispitas. Pero tampoco quería decirles que no:

—Vale —dije haciendo todo lo posible por ser optimista—. Me apunto.

—¡Bien! —dijo JJ dando un puñetazo al aire—. ¡Que gane el mejor superhéroe!

11

JJ se sentó a mi lado, con los ojos iluminados de emoción.

—Acabo de hablar con mi padre —dijo señalando a un hombre que estaba sentado a otra mesa y que tenía exactamente el mismo aspecto que JJ, solo que en versión mayor, de edad y tamaño—. Me ha confirmado que la próxima reunión comienza dentro de media hora, así que tendremos la sala de entrenamiento completamente libre para nosotros.

—¿Ha dicho algo sobre la reunión de esta mañana? —pregunté, saludando con la mano a mis padres, que acababan de entrar en la cafetería para pedir su almuerzo y sentarse con los padres de JJ y de Cherry.

—Pues no. Por lo visto, es solo para que tus padres les den toda la información sobre la Luz del Mundo.

—Parece lógico —dijo Cherry asintiendo con la cabeza—. Hay que tener toda la información sobre una cosa antes de tomar la decisión de qué hacer.

Sonreí y le dije:

—Hablas igual que mi amiga Kizzy.

Echaba de menos a mi mejor amiga. Me parecía que llevaba muchísimo tiempo lejos de Los Brillantes y allí, bajo tierra, no había cobertura de móvil, así que no podía ponerles ningún mensaje. Hasta echaba de menos a Suzie largando sin parar sobre sus nuevas rutinas y golpeándome casi en la cabeza cuando decidía espontáneamente dar una voltereta.

—Tiene que ser raro que tus amigos sepan lo de tus superpoderes —comentó Cherry, tomando un sorbo de agua—. Vi que ellos te ayudaron a impedir que el Ladrón del Apagón se fuera con las piedras preciosas.

—Fueron clave en la operación —dije con orgullo—. No lo habría podido hacer sin ellos. Y sin Alfred, el avestruz de mi tía.

JJ parecía confuso:

—¿Tu tía tiene un avestruz? ¿De mascota?

—Sí. Le encanta la moda. Y romper cosas.

—Me gustaría poder contarles a mis amigas que tengo poderes. Es muy difícil mantenerlo

todo en secreto —dijo Cherry.

—Lo mismo digo —corroboró JJ, apartando el brécol y dejándolo al lado más alejado del plato—. Siempre tengo que correr mucho más despacio en las carreras y, a veces, por ejemplo en el fútbol se me olvida y le doy al balón y lo meto en la portería desde la otra punta del campo. Mis padres se enfadan muchísimo. Tú tienes mucha suerte.

—Me imagino. Al principio, para mí también era duro, así que sé de qué me hablas. Mis amigos solo se enteraron de mis poderes de casualidad —dije repasando con el dedo, ausente, la cicatriz en espiral de la palma de mi mano.

—¿Tu padre tiene superpoderes? —me preguntó JJ, mientras oíamos a mi padre, que se enzarzaba en una conversación con los padres de Cherry, Sky y Saheed, sobre la «fascinante estructura del material cristalino».

—No, él es profesor de Mineralogía en el Museo de Historia Natural. ¿Tus padres son superhéroes los dos?

—Sí, se conocieron en el curro —explicó JJ—. Mi padre tiene superfuerza, es prácticamente invencible. Y mi madre... Bueno, ella es capaz de...

Pero no necesitó terminar la frase porque, en ese momento, apareció la madre de JJ atravesando la pared de la cafetería, le dio un beso a su padre en la mejilla y se disculpó por llegar tarde a la comida.

Los tres nos reímos a carcajadas.

—Sí, no hacen falta más explicaciones —dijo JJ—. Yo esperaba heredar esa habilidad de atravesar las paredes, ya que he heredado el gen de la superfuerza de mi padre, pero, cada vez que lo he intentado, me he pegado una buena leche.

—Eso suena muy divertido —dijo Cherry—. Quizá deberías seguir intentándolo.

—¿Qué me dices de tus padres, Cherry? —pregunté con entusiasmo—. ¿Ellos también son superhéroes?

—Solo mi madre. Ella tiene los poderes de la invisibilidad, un poco como Crystal.

—Ahí vaaaa... —dijo JJ moviendo la cabeza de arriba abajo, impresionado—. Eso es maravilloso.

Cherry sonrió:

—No cuando decide gastarte bromas. Os lo podéis creer, me he llevado cien sustos, cuando se le antoja aparecerse de pronto.

Entonces, vi al señor Vermas entrar en la bulliciosa cafetería y hacerle un gesto con la cabeza a su ayudante David, que se había acercado a él sigilosamente. David comprendió el gesto de su jefe y pidió silencio a todo el mundo, aunque nadie lo oyó. Volvió a intentarlo, y, entonces, el señor Vermas lo miró con gesto irritado, pero eso no impidió que la voz de David siguiera apagada por el ruido de los cubiertos y de la charla amistosa.

Al final, el señor Vermas prescindió de los intentos de su ayudante y anunció con voz de



trueno:

—¡Buenas tardes, superhéroes!

La cafetería se quedó inmediatamente en silencio.

—Espero que estén disfrutando de su comida, que es una cortesía de las Empresas Vermas —dijo con petulancia—. Ahora les ruego que se vayan dirigiendo al salón de reuniones para la segunda reunión del día. Y, como tal vez haya mencionado ya, si alguien desea hablar conmigo sobre alguna de las fascinantes oportunidades de negocio que ofrecen mis empresas, mi puerta está siempre abierta, antes y después de las reuniones. Aunque lo digo de manera metafórica, claro —se apresuró a añadir—; en realidad, se agradece que llamen antes de entrar. En cualquier caso, disfruten de la comida y recuerden: «Vermas, para aquellos que quieren más».

Se giró en el sitio y salió de la cafetería con paso marcial. JJ negó con la cabeza mientras se reiniciaba la conversación.

—No deberían permitir no superhéroes en la Cumbre Superheroica. Especialmente empresarios de sonrisa falsa.

—Tenían que permitirle formar parte —observó Cherry—. Es uno de los que han proporcionado toda la tecnología y sistemas de seguridad. Por no mencionar que renovó este sitio.

—¿El señor Vermas construyó todo esto?

—Bueno, según mi madre, siempre que una Cumbre Superheroica ha tenido lugar en Londres, ha sido bajo el Parlamento británico, pero nunca fue tan guay como en esta especie de cúpula —explicó Cherry—. Él pagó los arreglos hace unos años, cuando lo nombraron patrocinador.

—¿Cómo se enteró de la Cumbre Superheroica, si no es superhéroe? —preguntó JJ frunciendo el ceño.

Cherry se encogió de hombros:

—Debe de tener algún contacto —dijo—. Bueno, ¿qué más da? ¿Estamos preparados para ir a la sala de entrenamiento o no?

—¡Yo he nacido preparado! —dijo JJ, poniéndose de repente en pie y sacando pecho—. Vamos.

*

Cuando JJ apretó el botón y nos hizo pasar delante por la puerta a la sala de entrenamiento («Me encantan estas puertas; son como de una nave espacial»), pensé que habíamos cogido el camino equivocado, porque justo en el centro había un gran autobús escolar amarillo.

—Creo que nos hemos equivocado de sala —dije frunciendo el ceño—. Puede que sea la siguiente.

—Qué va, esta es la sala de entrenamiento. Es estupenda, ¿no? —dijo JJ muy contento—. Todas las paredes están acolchadas y pueden soportar cualquier cosa que se les tire: fuego, hielo, coches, de todo... Por allí —con un movimiento de la cabeza, señaló una puerta que se encontraba al otro lado de la sala— está el almacén. Hay de todo lo que pueda necesitar un superhéroe para entrenarse para luego ser capaz de pararles los pies a los malos.

—Pero ¿por qué hay un autobús escolar en medio de la sala? —preguntó Cherry, que estaba tan desconcertada como yo.

JJ chasqueó la lengua como dándose importancia:

—¡No sabéis nada! —Se arremangó la camisa y dijo—: ¡Mirad esto! —Y fue a colocarse justo enfrente del autobús—. ¡Para esto hay un gran autobús escolar en medio de la sala de entrenamiento! —anunció, antes de agacharse delante del capó.

—No... es posible... —susurró Cherry mientras las dos lo mirábamos, imaginándonos lo que iba a hacer.

JJ empezó a levantar el autobús despacio, pero con seguridad, hasta colocarlo encima de su cabeza. Cherry y yo nos pusimos a aplaudir y a vitorear mientras él lo mantenía allí por unos segundos antes de volverlo a posar con mucho cuidado.



Entonces, en cuanto los neumáticos volvieron a entrar en contacto con el suelo, y sin dudar un instante, él saltó tan alto en el aire que cayó en el capó del autobús, haciendo que Cherry y yo ahogáramos un grito, las dos a la vez. Entonces saltó sin ningún esfuerzo hasta el techo del autobús y corrió tan rápido por todo lo largo del vehículo que no se le podía ver. Dio un salto tremendo para bajar de la parte de atrás, cayó perfectamente al suelo y se volvió para hacer una reverencia ante su público. Vino hacia nosotras para chocarnos la mano en el aire y después se sentó en el suelo para recuperar el aliento.

—¡Eso ha sido alucinante! —exclamé, mientras Cherry asentía con la cabeza, completamente de acuerdo conmigo.

—Espero hacerme más fuerte cuando crezca —dijo JJ, secándose la frente con la manga—. Por lo menos, eso es lo que le pasó a mi padre. Bueno —dijo volviéndose hacia Cherry—, ahora te toca a ti.

Ella sonrió, se puso los auriculares en las orejas, tocó algunos botones laterales y, después, cerró los ojos, concentrándose.

—Hay un debate parlamentario muy exaltado ahora mismo, justo encima de nosotros —dijo sin abrir los ojos—. Alguien en el debate no está realmente escuchando: está jugando a algo en su móvil. Incluso aunque tiene el sonido apagado, sé que está jugando por la manera en que acciona el teclado, que no es como cuando se escribe un mensaje.

—¡Ahí va! —musité.

—Y, por allí —señaló con el dedo a otra parte distinta del techo—, alguien se mete un montón de patatas fritas de bolsa en la boca, todas de una sentada. Se las está comiendo muy rápido. Un momento. —Se quedó callada y, entonces, apareció en su rostro una sonrisa—. Ahora ha entrado alguien más en la sala y le pregunta a esa persona si ha visto un paquete de patatas fritas por allí. La persona que se las acaba de comer dice que no. En realidad..., ¡reconozco esa voz! ¡Es la primera ministra!

Me reí.

—¿Cómo sabemos que no te lo estás inventando todo? —preguntó JJ con recelo, poniéndose de pie y cruzándose de brazos.

Cherry lanzó un suspiro y siguió con los ojos cerrados.

—Vale, JJ, ¿qué te parece esto? Puedo oír que tu sistema digestivo está en estos momentos digiriendo siete..., no, ocho galletas de chocolate.

JJ abrió unos ojos como platos:

—¿Cómo...? ¿Cómo has sab...?

—Y, ahora, como te está dando vergüenza, puedo oír cómo tu cuerpo descarga adrenalina que hace que se te dilaten los vasos sanguíneos. Te has puesto colorado, ¿a que sí?

—Sí —admitió él, tragando saliva.

—Y puedo oír que David Donnelly acaba de salir del despacho del señor Vermas y en estos momentos se dirige hacia esta sala. Su paso se está ralentizando, lo cual significa que seguramente viene a echarnos un ojo y que entrará por esa puerta justoooo... ahora.

La puerta se abrió y David entró, saludándonos con la mano.

—¿Va todo bien aquí? ¿Estáis disfrutando de la sala de entrenamiento?

—Muchísimo —respondí yo, sonriendo a Cherry.

—David, tal vez debería ir corriendo a su dormitorio —le dijo Cherry—. Oigo que algo se está quemando.

—¡Mis velas de aroma! —dijo casi sin voz—. ¡Se me olvidó comprobar que las había apagado!

Mientras salía corriendo, JJ negó con la cabeza y levantó las manos.

—Vale, admito que ha sido alucinante. ¿Puedes oír lo que pasa ahora mismo en la reunión de los superhéroes?

Cherry negó con la cabeza y se bajó los auriculares para dejárselos en el cuello.

—En la sala tienen un sistema de protección a prueba de superhéroes. La tecnología del señor Vermas de algún modo me impide oír nada de lo que sucede allí. No oigo más que un ruido sordo.

—¿Y tienes alguna premonición que nos puedas contar?

—Eso de las premoniciones no es una cosa que pueda encender y apagar —dijo Cherry encogiéndose de hombros—. No las tengo cuando yo quiero.

JJ asintió con la cabeza antes de girarse para mirarme a mí:

—¡Es tu turno!

—Vale —dije nerviosa—. Pero tenéis que saber que no he practicado desde hace bastante, y la última vez que lo intenté las cosas salieron un poco... mal.

JJ se rio.

—Lo vi por Internet. Casi te cargas a unos famosos presentadores de televisión. Fue todo un éxito de audiencia.

—Tómate tu tiempo, Aurora —me animó Cherry—. Solo estamos nosotros.

Asentí con la cabeza e intenté concentrarme, haciendo todo lo posible por no hacer caso de mis inquietudes y no acordarme de lo que pasó cuando perdí completamente el control de mis poderes en el plató de televisión. Intenté con todas mis fuerzas sentir aquel cálido cosquilleo de los poderes corriendo por mis venas hasta que me salían rayos de luz de las palmas de las manos.

Pero lo único que sentí en las manos fue que se me ponían cada vez más húmedas, mientras ellos me miraban esperando que sucediera algo. Se me cayó el alma a los pies.

—Vamos —susurré para mí, ignorando que Cherry y JJ se estaban mirando el uno al otro—. Vamos.

Las manos se me pusieron un poco más calientes y salieron algunas chispas de las yemas de los dedos, junto con un leve resplandor. Pero no era nada parecido a los rayos de luz que había producido en el Museo de Historia Natural cuando frustramos el plan del profesor Mercurio para robar las piedras preciosas.



—Lo siento —dije dejando caer las manos a los costados y apretando los puños—. Yo solo... Ya no me sale. Es inútil.

—Pero... aun así ha sido estupendo —dijo Cherry, sonriéndome—. Puede que hayas perdido un poco de confianza en ti misma. ¿Quieres volver a intentarlo?

Negué con la cabeza. Las mejillas se me ponían rojas de la vergüenza.

Los vi que se quedaron quietos un momento, incómodos, y luego Cherry le dio un codazo a JJ:

—Eh, me apuesto algo a que no eres capaz de levantar el autobús entero con una sola mano.

—¿Ah, no...? —Levantó las cejas y echó a correr hacia el autobús—. Vosotras mirad.

Esperé a que él estuvo demasiado lejos para oírme y, entonces, la miré a ella a los ojos.

—Gracias —dije, agradecida porque hubiera distraído la atención.

Durante el resto del día, Cherry y JJ hablaron emocionados de los poderes de cada uno y de lo

maravillosos que eran, evitando delicadamente mencionar los míos. Esa noche, al ponerme el pijama, metí las zapatillas de Lightning Girl bajo la cama. No me las merecía. Aquellos días no sentía que yo fuera Lightning Girl. Quizá lo del Museo de Historia Natural hubiera ocurrido de chiripa. Yo no era la superheroína que todo el mundo pensaba que era.

—Aurora —susurró Cherry en la oscuridad, tras apagar las luces—. ¿Estás despierta?

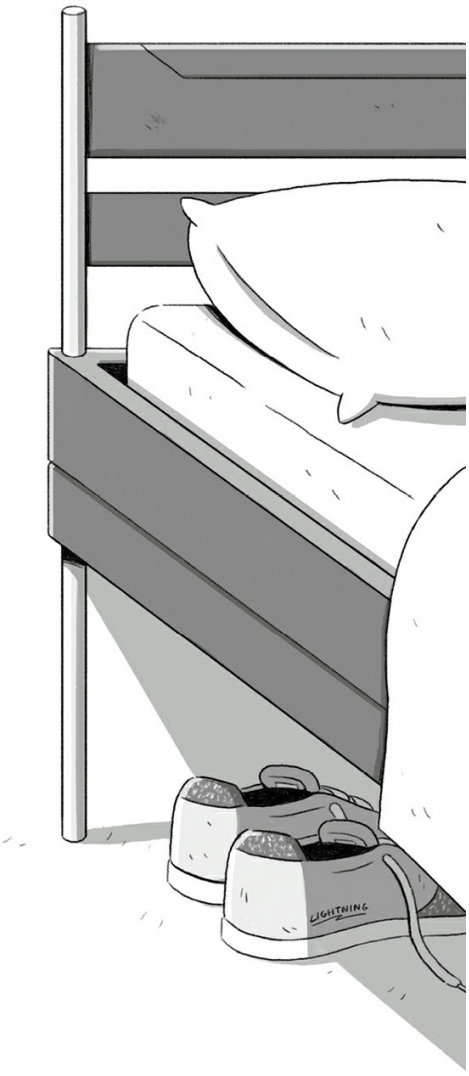
—Sí —respondí por encima de los ronquidos de JJ, en la habitación de al lado. Estaba despierta, pensando en los acontecimientos de los días siguientes y en cuándo se tomaría una decisión sobre la Luz del Mundo.

—Acabo de tener... una premonición.

Me incorporé de golpe en la cama:

—¡Qué guay!

—No, Aurora, no es guay. No sé qué será exactamente —dijo con la voz temblorosa—. Pero creo que va a pasar algo malo.



12

Al día siguiente, Cherry, JJ y yo llamábamos con fuerza a la puerta del dormitorio de mis padres.

—Buenos días —dijo mi madre, extrañada al abrir la puerta y vernos a todos allí juntos—. ¿Va todo bien?

—No estamos seguros. ¿Podemos entrar?

Mi madre asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejarnos entrar en la habitación. Mi padre estaba sentado en la cama atándose los zapatos.

—Hola —dijo él con una sonrisa cariñosa—. ¿Venís para desayunar con nosotros?

—Tenemos que hablar con vosotros por algo importante —dije con firmeza—. JJ, entra y cierra la puerta.

JJ hizo lo que le pedí. Mi madre se cruzó de brazos:

—¿Qué ocurre?

Le hice una seña a Cherry con la cabeza, para que hablara, y ella dio un paso adelante, nerviosa.

—Esta noche he tenido una premonición. Las premoniciones son uno de mis superpoderes —explicó—. Y no era buena.

—¿Qué quieres decir?

—Es difícil de explicar, pero sé que va a ocurrir algo malo. No tengo ni idea de qué, pero...

Se quedó callada sin terminar la frase, así que seguí yo:

—Pero, considerando que hoy es el día en que se toma la decisión final sobre la Luz del Mundo, parece mucha casualidad.

—No puedo estar segura —dijo Cherry soltando un largo suspiro—. Aunque parece raro que tenga una premonición mala la noche antes de un momento tan importante, ¿no creen?

—Mamá —dije con firmeza—, pienso que hoy deberíais cancelar la sesión. Y que deberíamos llevarnos la Luz del Mundo a casa con nosotros.

—¿Qué? —Mi madre negó con la cabeza, sin podérselo creer—. Aurora, ¡no puedo cancelar la reunión! Hemos reunido aquí a todo el mundo por esa razón. Algunos han venido de muy lejos, de todos los rincones del planeta. Ayer tuvimos largas y fatigosas reuniones solo para

llegar a este punto.

—¡Pero la Luz del Mundo podría estar en peligro!

—Puede que mi premonición no tenga nada que ver con esa piedra preciosa —intervino Cherry con cara de preocupación—. Podría no ser nada. Tal vez le estemos dando demasiada importancia a mi premonición.

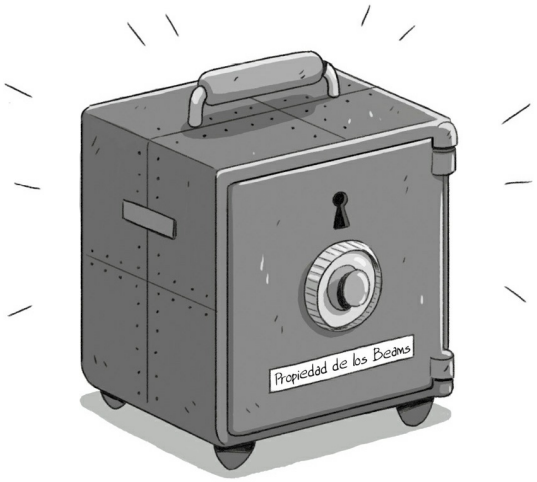
—Pues yo creo que no deberíamos correr el riesgo —declaré.

—Pero aunque la premonición sea sobre la Luz del Mundo, ¿estaría de verdad más segura en vuestra casa? —observó JJ—. Los sistemas de seguridad que tenemos aquí son los mejores del mundo y no es posible que nadie pueda robar nada con tantos superhéroes.

—Eso es verdad —dijo mi padre, mirándome con atención—. Seguramente, si la piedra está en peligro, este es el lugar más seguro en que podría encontrarse; es el sitio donde puede estar mejor protegida.

Mi madre señaló la caja fuerte de alta tecnología que se encontraba en un rincón de la habitación.

—Esa caja fuerte es inviolable, incluso con superpoderes. Yo soy la única persona que sabe cómo abrirla, e incluso si alguien pudiera abrirla, cosa imposible, la Luz del Mundo seguiría estando en la caja que tu padre y yo diseñamos especialmente para ella. Aurora, la caja es tan fuerte que la piedra no tiene ningún efecto en tus poderes cuando te encuentras cerca. ¿Recuerdas en el Museo de Historia Natural? Solo con que estuvieras en el mismo edificio que esa piedra, tus poderes se descontrolaban.



—Sí, pero...

—Hazme caso, está a salvo con nosotros.

Llamaron con los nudillos a la puerta.

—¿Hola...? ¿Podemos entrar?

Mi madre pasó por delante de JJ y abrió la puerta al señor Vermas y a David Donnelly, que estaba nervioso detrás de su jefe.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó el señor Vermas, clavando sus pequeños y perspicaces ojos de uno en uno de nosotros.

—Sí, claro —dijo mi madre con alegría—. Estábamos a punto de ir a desayunar.

El señor Vermas consultó su reloj y levantó los ojos hacia ella.

—Bueno, será mejor que vayan; pronto cerrarán. Oí voces aquí. —Se quedó callado, mirando a Cherry, que no apartaba los ojos de sus zapatos—. ¿Qué pasa?

—Nada —insistió mi padre—. Nada más que una sana discusión.

—Me pareció oír algo sobre la Luz del Mundo en peligro —insistió—. Si corre algún peligro, pienso que yo debería saberlo.

—Es culpa mía —chilló Cherry, incapaz de mirar a nadie a los ojos—. Ha sido una tonta premonición que he tenido.

—¿Una premonición? —El señor Vermas se colocó frente a ella, mirándola desde arriba—. ¿Qué premonición?

—Cherry ha tenido una mala premonición sobre el día de hoy —explicó JJ—. Y pensamos que debíamos decírselo a los señores Beam, por si tenía algo que ver con la Luz del Mundo.

—¿No pensáis que esté segura aquí? —dijo con tono de sentirse ofendido.

—Yo pienso que deberíamos llevárnosla a casa y cancelar la Cumbre —dije cruzando los brazos.

Él se volvió lentamente hacia mí:

—¿Que piensas qué...?

—Señor Vermas, si hay alguna posibilidad de que la Luz del Mundo se encuentre en peligro y de que la premonición de Cherry sea acertada, no creo que debamos correr el riesgo.

—¡Señorita Beam! —dijo cambiando la expresión de la cara, de la preocupación al regocijo —. Puedo asegurarle que la caja fuerte Vermas que ve ahí es inviolable. Solo su madre tiene acceso a ella. Y hay más medidas de seguridad en el lugar, además de esa. ¿Está segura de que esto no es por otra cosa?



—¿A qué se refiere?

Me sonrió, compasivo:

—Me imagino que debe de haber sido muy agradable haber tenido la Luz del Mundo en su posesión todo este tiempo. Al fin y al cabo, es la fuente de los superpoderes de la familia Beam y, por tanto, es muy natural que tenga la sensación de que le pertenece. Y el resultado de hoy podría muy bien decantarse a su favor, pero en cualquier caso tiene que comprender que este es, a fin de cuentas, el método más responsable de decidir el destino de algo tan valioso...

—Yo NO estoy intentando guardarme la piedra para mí —protesté, con las mejillas ardiéndome de rabia—. Cherry ha tenido una premonición, y yo...

—Estoy segura de que tenía que ver con otra cosa —intervino Cherry, que parecía muerta de vergüenza—. Por favor, vamos a desayunar. Mi premonición puede tener que ver con otra cosa completamente distinta.

—¿Lo ves? —dijo el señor Vermas, dando una triunfante palmada—. Cancelar la Cumbre sería una medida extrema y excesiva. Y ahora les recuerdo que, si no se dan prisa en ir a desayunar, llegarán tarde y se quedarán sin nada. Y no sería buena cosa pasar toda una mañana tan importante con el estómago vacío, ¿no creen?

Mi madre me pasó un brazo por los hombros mientras el señor Vermas nos abría la puerta. JJ y Cherry salieron tras él al pasillo.

—Mamá, papá —dije mirándolos suplicante—. Vosotros no creéis que quiera para mí la piedra preciosa, ¿a que no?

—¡Por supuesto que no! —dijo mi padre con rotundidad—. Comprendemos que estás preocupada.

Mi madre asintió, de acuerdo con él:

—Y no nos vamos a olvidar de todo lo que has dicho. Si tenemos algún presentimiento de que pasa algo raro, cogeremos la Luz del Mundo y saldremos de aquí en un pispás.

Suspiré, derrotada:

—De acuerdo. Nos vemos en el desayuno. Pero antes quiero comprobar algo, así que id delante.

Compartieron una mirada de preocupación pero no dijeron nada, y me dejaron sola en el dormitorio. Yo me agaché delante de la caja fuerte y la observé de cerca. Parecía muy fuerte. Tenía cientos de botones por todo el borde, así que no se trataba de una caja fuerte ordinaria. Me levanté y moví la cabeza hacia los lados, como diciendo que no e intentando desprenderme de la inquietud que Cherry había despertado en mi cerebro. Salí de la habitación y emprendí camino hacia la cafetería. Mientras iba por el pasillo, oí una voz aguda y me detuve al comprender que era la del señor Vermas. Estaba justo a la vuelta de la esquina, hablando con alguien.

Me detuve y me apreté contra la pared. Allí aguardé, escuchando.

—¿Dices que estoy equivocado? —gruñía el señor Vermas.

—No..., no, por supuesto que no —respondió la voz temblorosa de David Donnelly—. Pero... yo solo... Si la premonición de Cherry es correcta, tendríamos que asegurarnos de que la piedra preciosa se encuentra a salvo...

—¡Señor Donnelly, parece que se le olvida cuál es su sitio! —soltó el señor Vermas—. He trabajado muy duro para que llegara este momento. Usted... Bueno, digamos que no tiene ni idea del trabajo que nos hemos tomado para que todo salga exactamente como lo planeé. Y nadie va a impedir que esta Cumbre siga adelante. Y menos un grupito de niños. ¿Queda claro?

Oí un vago quejido y después las pisadas de los zapatos de diseño del señor Vermas alejándose por el pasillo, seguidas de cerca por las suelas rechinantes de David Donnelly, que se esforzaban para no quedarse atrás.

Sentí un fuerte deseo de hablar con Los Brillantes para que me confirmaran que no estaba dando demasiada importancia a todo aquello. Kizzy era tan inteligente y sensata que podría

decirme si estaba siendo tonta o no. Pero según David Donnelly, al que había preguntado el primer día, el único lugar en que había cobertura allí abajo era en el despacho del señor Vermas.

Y no iba a pedirle a él que me dejara llamar a mis amigos.

Porque, después de la conversación que había entreoído, no confiaba lo más mínimo en el señor Vermas.

*

Una hora después, ocupé mi sitio junto a Cherry y JJ en el salón de la Cumbre, mirando a mis padres, que charlaban en medio del estrado con el señor Vermas y David. Mi madre me vio en medio de la audiencia y me sonrió para animarme. En la parte de delante del estrado había un atril con una sencilla caja plateada. Nadie hubiera pensado que contenía la piedra más valiosa del mundo.

—¿Ves? —dijo JJ dándome un codazo—. Está ahí.

—Sí. Supongo que me he pasado.

—Es comprensible que lo hicieras —dijo Cherry con bondad—. Esa piedra preciosa significa mucho más para ti que para ningún otro de los presentes. Yo no debería haberte contado mi premonición ni haber alborotado tanto por nada.



El señor Vermas se aclaró la garganta y se fue al centro del estrado, regodeándose en los focos. El salón quedó en silencio.

—¡Buenos días, superhéroes! Hoy es el día en que tendremos que tomar una decisión bien fundada sobre dónde estará más segura la Luz del Mundo. Las reuniones previas han concluido con dos opciones muy sensatas para el futuro de la piedra más valiosa del mundo. Hoy se llevará a cabo la votación decisiva.

Respiró hondo, para causar impresión.

—Sí —prosiguió, actuando como si fuera una estrella de cine lanzando un grito de batalla—. ¿Deberíamos devolver la piedra al que la familia Beam piensa que es su sitio, bajo la aurora boreal? —Se quedó otro instante en silencio, disfrutando de los murmullos—. ¿O debería quedar en el más seguro de los lugares, un lugar que puede ser monitorizado y vigilado? —Respiró hondo otra vez y, a continuación, bramó—: ¡En una cámara acorazada de alta seguridad Vermas!

Hubo otra oleada de murmullos entre el público.

—Es hora de someterlo a votación. La decisión está en las manos de todos ustedes. Ustedes pueden elegir la opción más segura, probada y demostrada para esta piedra que tan valiosa es para todos nosotros. ¡La Luz del Mundo! Su turno, señora Beam —dijo haciendo una inclinación mientras salía del estrado acompañado por un flojo aplauso y le hacía un gesto de furia a David para que le siguiera.

Mi madre se adelantó para ponerse junto al atril y posó en la caja su mano protectora.

—Gracias por su paciencia. Después de todo el duro trabajo, pienso que ya es hora de que puedan ver la Luz del Mundo mientras decidimos sobre su futuro —le dijo a la multitud.

Pude ver la tensión crecer mientras todo el mundo alargaba el cuello, emocionado e impaciente.

Al cabo de unos instantes apretando varios botones en el lateral de la caja, además de utilizando lo que parecía una llave de forma muy rara que se había sacado del bolsillo, mi madre abrió la tapa. Se oyó una exclamación contenida en todo el salón, y mi madre retrocedió horrorizada:

—¡No! —susurró.

La caja estaba vacía.

13

El salón de reuniones estalló en caos y pánico.

Mi madre se quedó paralizada, mientras mi padre corría para ponerse a su lado. Cherry se había tapado la boca con la mano del susto, y JJ se había quedado sin color en la cara.



El señor Vermas subió al estrado. Sus pisadas sonaban como truenos, y él bramaba:

—¡IMPOSIBLE! ¡NO PUEDE SER! ¡ES IMPOSIBLE!

—¿Cómo ha podido suceder? —gritó alguien desde detrás de mí, en el público—. ¿Cómo habéis podido dejar que suceda?

A mi madre le temblaba la cabeza, y no se lo podía creer.

—Estaba ahí —repetía una y otra vez mientras mi padre le pasaba un brazo consolador por la espalda—. ¡Lo comprobé esta mañana! ¡Estaba ahí!

—¡Alguien tiene que habérsela llevado! —gritó a pleno pulmón un superhéroe desde la otra punta del salón.

—¡Eso no es posible! —insistió el señor Vermas, que parecía a punto de explotar—. Mis sistemas de seguridad son...

—¿Supuestamente los mejores del mundo...? ¡Está claro que no! —gritó el padre de JJ, cruzándose de brazos tercamente y recibiendo murmullos de conformidad de la multitud.

—¡Mirad esto! —gruñía el señor Vermas—. La caja fuerte en la que estaba la piedra es... inviolable. Solo podía... Bueno, supongo que solo podía...

—¿Solo podía QUÉ? —preguntó la madre de Cherry mientras el señor Vermas se estrujaba las manos de puros nervios.

—¡Solo podía abrirla un superhéroe! —bramó él—. ¡Esa es la única explicación posible! ¡Alguien con poderes extraordinarios! ¡Y, aun así, sería casi imposible! ¡Se lo aseguro, la única explicación es que alguno de los PRESENTES sea el ladrón!

—¿Por qué iba uno de nosotros a robar la piedra preciosa? —preguntó Crystal, negando con la cabeza—. ¡Aquí todos hemos venido a protegerla!

—¿Qué me dicen de los Beam? —gritó una voz desde atrás—. ¡Puede que quisieran quedársela para ellos!

Mi madre le lanzó tal mirada desde el estrado que él se volvió a sentar e intentó encogerse. Pero el daño ya estaba hecho.

—Por supuesto —dijo el señor Vermas casi sin voz y lanzándome una mirada fulminante—. Aurora..., tú no...

Todo el mundo se volvió para mirarme.

—¡Esto no tiene nada que ver con Aurora! —gruñó mi madre, mientras me embargaba el pánico.

—¡Yo nunca robaría la Luz del Mundo! —dije, herida por todos aquellos ojos acusadores.

—No para quedártela, tal vez —dijo el señor Vermas, mirándome detenidamente—. Tal vez solo querías protegerla. ¿Me equivoco? Esta mañana tú dijiste que querías llevártela a casa...

—Yo solo dije eso porque pensaba que estaba en peligro. Y tenía razón, ¿no?

Me miró fijo a los ojos, y los dos nos estuvimos mirando como acusándonos mutuamente.

Tenía que ser él. Yo sabía que era él. Nadie iba a creerme, pero todo apuntaba a Darek Vermas. Aquel modo en que se empeñaba en que todo fuera exactamente según lo previsto; el hecho de que conociera los movimientos de todo el mundo y lo supiera todo sobre la caja fuerte en que estaba la piedra; ¿y no le había oído casi admitirlo antes frente a David? «He trabajado muy duro para este momento», había dicho. «Usted no tiene ni idea del trabajo que nos hemos tomado para que todo salga exactamente como lo planeé».

Y allí estaba yo, el perfecto chivo expiatorio.

—A mí todo me parece mucha casualidad —gritó alguien antes de que yo pudiera decir nada —. Aurora intentó convencerles para quedársela y, como eso no funcionó, ¡la robó!

—¿Por qué iba a hacer eso? —pregunté, roja de la rabia—. No, ustedes tienen que

escucharme; me parece que sé...

—¿No es la sobrina de Lucinda Beam? —observó otra superheroína apoyada por otras que asentían con la cabeza—. Lucinda es famosa por sus dedos largos en lo que se refiere a joyas. ¡Esa familia tiene sangre de ladrones! ¡Seguro que Aurora ha aprendido unas cuantas mañas!

—¡Es imposible que Aurora tenga nada que ver con esto! —gritó mi madre, agarrando la caja fuerte vacía—. ¡Lo único que ella ha querido siempre es proteger la Luz del Mundo!

—¡Por favor, escuchen! —grité, pero nadie me oía.

—¡Pero la piedra preciosa tiene el dibujo de la cicatriz de ella! —dijo un hombre sentado en la fila de delante, volviendo los ojos hacia mí—. ¡Seguramente le pareció que tenía derecho a quedársela!

—¡Puede que esté conchabada con su tía Lucinda!

—¡Propongo que registremos su habitación!

—¡Y yo propongo que no la dejemos escapar de la Cumbre hasta que lo hayamos descubierto!

El salón se sumió en el ruido infernal producido por todo el mundo hablando a la vez e intentando hacerse oír. Mis padres intentaban tranquilizar a todos para poder defender mi inocencia, pero nadie los escuchaba. Me volví hacia JJ y Cherry.

—Vosotros no creeréis nada de esto, espero...

—No, por supuesto —dijo JJ nervioso, mordiéndose el labio—. Aunque solo te conocemos de un día... Puede que hayas estado engañándonos. Puede que la quieras tener para recuperar tus poderes...

—¿Qué? —Los miré fijamente, asustada—. Yo nunca podría... Por favor, vosotros tenéis que creerme.

—Aurora —dijo Cherry con voz cariñosa—: lo comprenderíamos perfectamente si la hubieras cogido solo para asegurarte de que estaba a salvo. Sabemos que no la quieres para quedártela tú... —Le lanzó una significativa mirada a JJ, que se puso colorado—. Pero a lo mejor la cogiste porque pensaste que en la Cumbre estaba en peligro. ¿Fue para eso para lo que volviste a la habitación de tus padres antes del desayuno? Nos lo puedes contar. Nosotros lo comprenderíamos.

Negué con la cabeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta y haciendo esfuerzos para contener las lágrimas.

—Yo no cogí la Luz del Mundo. Y si vosotros me conocierais como me conocen mis amigos Los Brillantes, sabríais que yo no haría eso nunca.

Para entonces, David Donnelly había subido de una carrera al estrado con un par de platillos de orquesta y, obedeciendo a un movimiento de la cabeza del señor Vermas, los hizo chocar estrepitosamente, dándole un susto tremendo a todo el mundo y consiguiendo un repentino silencio.

—Gracias, David. Pensé que esos platillos podían ser útiles —dijo el señor Vermas antes de respirar hondo—. Superhéroes, acabo de dar instrucciones a David para que ponga la Cumbre en confinamiento. El edificio está completamente cerrado. Nadie puede entrar ni salir. Registraremos el edificio hasta que encontremos la Luz del Mundo y comiencen conversaciones de crisis.



—¿Qué pasa con Aurora? —preguntó alguien.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó mi madre en otro tono completamente distinto.

—Puede que, para mayor tranquilidad, Aurora debiera quedarse en su habitación —dijo con cautela el señor Vermas—. Solo hasta que encontremos la piedra. Si es inocente, entonces no tiene de qué preocuparse y todo se aclarará.

—No creo que eso sea necesario —dijo Crystal, mirándolo y recibiendo una mirada de gratitud de mis padres—. A mí no me parece una artista del robo.

—¡Yo pienso que el señor Vermas tiene razón! Aurora Beam es la principal sospechosa —insistió otro superhéroe desde la parte de atrás del salón—. ¡Deberíamos someterlo a votación!

—Buena idea —asintió con la cabeza una mujer de pelo en punta teñido de brillante verde—.

Habría que mandarla a su habitación hasta que sepamos dónde ha escondido la piedra.

—De ese modo, estaremos seguros y también mantendremos a Aurora a salvo de nuevos rumores —le dijo el señor Vermas a mi madre, que lo miraba furiosísima, con los ojos tan apretados que solo veía por una rendija—. Lo siento, si hubiera otro modo...

—¡Yo no he cogido la Luz del Mundo! —gemí, poniéndome de pie de un salto y cerrando los puños—. ¡El señor Vermas...!

—¡Sometámoslo a votación! —declaró el hombre del fondo, acallando mi voz con la suya y arrancando un murmullo de conformidad entre el público—. Los que estén a favor de encerrar a Aurora Beam a buen recaudo en su habitación hasta que todo haya pasado que se pongan en pie.

Lentamente, la gente empezó a levantarse del asiento. Era una mayoría abrumadora. Pero por lo menos Cherry y JJ se quedaron firmemente sentados en su sitio.

—¡Esto es absurdo! —gritó mi padre, exasperado—. ¿Cómo puede pensar ninguno de ustedes que Aurora tenga nada que ver con esto? ¡Ni siquiera ha cumplido todavía los doce años!

—¡Los superhéroes han tomado una decisión! —anunció la dama del pelo en punta—. Señor Vermas, debería acompañar a Aurora a su habitación de inmediato y asegurarse de que queda encerrada allí a partir de ahora. Podemos hacer un registro completo de su habitación.

—Lo siento, señores Beam —dijo el señor Vermas lanzando un suspiro—. No puedo hacer otra cosa.

Indicó a David con un gesto que hiciera lo que la dama acababa de decir. Bajo la atenta mirada de todo el mundo, David atravesó por entre el público y amablemente me hizo ir hacia la puerta.

—¡Yo no he cogido la piedra! —protesté—. ¡Pregúntenle al señor Vermas!

—Aurora, todo irá bien —gritó mi padre mientras mi madre permanecía junto a él, completamente patidifusa—. Lo solucionaremos, no te preocupes.

David me condujo a través de la vacía y silenciosa cúpula a mi habitación, y se quedó vacilando en la puerta, mientras yo me dejaba caer en la cama, con una lágrima corriéndome por la mejilla.

¿¡Cómo había podido ocurrir todo aquello!?

—No te preocupes —dijo apenado, lamentando la misión que le habían encomendado—. Esto se solucionará pronto, estoy seguro. Convocarán una gran reunión de crisis y averiguarán lo que ha pasado.

—Yo no la cogí —susurré, escondiendo la cabeza entre las manos.

Hubo un silencio y entonces David dijo en voz baja:

—Te creo.

Y entonces cerró la puerta, dio vuelta a la llave, y el sonido de sus pasos se fue apagando a lo largo del pasillo.

14

Alguien llamó suavemente con los nudillos a la puerta de mi habitación.

—¿Aurora...? ¿Aurora, estás ahí?

Me levanté de la cama y arrimé la oreja a la puerta:

—¿Cherry?

—Hola —dijo ella—. Somos JJ y yo. ¿Estás bien?

—Sí —mentí.

Me había pasado la última media hora golpeando todas las paredes de la habitación, intentando averiguar si había una puerta secreta por la que escapar. Incluso había intentado abrir la puerta metiendo horquillas del pelo en la cerradura, pero resultó que abrir una cerradura es MUCHO más difícil en la vida real de lo que parece en las pelis.

—Queríamos decirte que no creemos que tú robaras la piedra —siguió Cherry, mientras yo me sentaba en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta, escuchándoles—. Sentimos mucho haber dudado de ti.

—Sí —añadió JJ—. En esos minutos que estuviste aquí antes del desayuno es imposible que pudieras averiguar cómo abrir la caja fuerte y coger la piedra.

Entonces oí que JJ musitaba: «¡ay!», y me imaginé que Cherry acababa de darle un codazo en las costillas.

—Obviamente, esa no es la razón por la que te creemos —corrigió ella, mientras él se quejaba de que le iba a salir un moratón—. Te creemos porque eres nuestra amiga.

—Gracias —dije a través de la puerta—. Eso significa mucho para mí. Pero yo sigo aquí encerrada, y nadie más me cree. Y lo peor de todo: la Luz del Mundo ha desaparecido. ¿Hay alguna novedad?

—Todos los adultos están manteniendo una reunión de crisis en el salón de reuniones, así que no oigo nada de lo que está pasando —explicó Cherry—. Pero sí que pude escuchar la conversación del señor Vermas con David y tus padres cuando iban por el pasillo hace unos minutos. Por lo visto, todo ha llegado a la prensa y a Internet.

—¿Qué...?

—Sí, no es buena cosa —dijo JJ—. Todo está en las redes. Ya lo saben todo sobre la Cumbre Secreta de Superhéroes, incluido que la Luz del Mundo ha desaparecido. Cherry oyó que el señor Vermas se quejaba de que tendría que dar una rueda de prensa para contar cómo había sido robada la piedra preciosa más importante del planeta en medio de las mejores medidas de seguridad del mundo. ¡Está hecho una furia!

—¿Cómo pueden haberse enterado? —pregunté, negando con la cabeza—. ¿Cómo puede haber filtrado nadie la noticia a las redes? No hay señal por ninguna parte..., ¡excepto en el despacho del señor Vermas!

—Aquí hay alguien tramando cosas —dijo Cherry con firmeza—. Aurora, alguien está tendiendo una trampa para acusarte.

—Todas las noticias en Internet dicen que tú eres la principal sospechosa —añadió JJ.

—Y yo creo que sé quién es —dije con rotundidad—: el señor Vermas está detrás de todo.

Hubo un momento de vacilación, antes de que Cherry dijera:

—Pero, Aurora, ¿por qué iba a hacerse quedar en ridículo a sí mismo? Se supone que su caja fuerte es inviolable. Está furioso porque la noticia se ha filtrado a los medios. Dice que el nombre de su empresa está siendo arrastrado por el lodo.

—Tengo un presentimiento sobre él —repuse.

—Pues vas a necesitar más que un presentimiento para convencer a todo el mundo —observó JJ—. Es verdad que es un poco viscoso y engreído, pero ¿no crees que, si hubiera querido quedarse con la piedra, lo habría hecho de otro modo más..., no sé..., más beneficioso para su empresa?

—Él está sinceramente molesto por la desaparición de la piedra —dijo Cherry.

—Se aseguró de que me echaban la culpa a mí. Y se puso hecho una furia ante la idea de cancelar la sesión, seguramente porque había planeado muy bien el momento exacto en que robaría la piedra. Y el único lugar donde hay señal para filtrar cosas a la prensa es su despacho —dije testaruda—. ¡Por culpa de él, ahora todo el mundo se piensa que yo soy una ladrona!

—Todo el mundo no —se apresuró a decir JJ—. Nosotros no lo pensamos. ¡Y vamos a ayudar a descubrir la verdad!

Sonreí al imaginarme a JJ, al otro lado de la puerta, adoptando una orgullosa pose de superhéroe al decir eso. Y también me imaginé que Cherry, al verlo, habría puesto los ojos en blanco.

—¿Y yo, cómo voy a ayudar a descubrir la verdad estando aquí encerrada?

—¡Ajá! —dijo JJ—. Vamos a solucionar eso. Apártate de la puerta, Aurora, ¡porque vamos a derribarla!

—¿Qué?

—Espera —musitó Cherry, de no muy buen humor—, hay que comprobar primero que no hay moros en la costa.

—No los hay.

—Tengo que asegurarme muy bien de que no se acerca nadie por el pasillo —repuso Cherry.

—Bueno, ¡pues date prisa! —resopló JJ—. Colócate los auriculares y ponte a escuchar.

—Deja de mandarme. ¡Soy mayor que tú!

—¿Tíos? —dije aclarándome la garganta—. ¿Hay alguna posibilidad de que me podáis decir qué es lo que pasa?

—Todo está tranquilo de momento —dijo Cherry, y JJ se quedó en silencio.

Al cabo de un minuto más o menos, ella confirmó:

—Vale, nadie va a aparecer de momento. Es la ocasión de intentarlo.

—Bien. ¡Aurora, apártate de la puerta! —me pidió JJ.

Me puse de pie de un salto y corrí hacia la cama, saltando sobre ella con la espalda contra la pared y conteniendo la respiración.

—¡Ahí voy! —le gritó JJ.

Oí de repente su rápida carrera y, después un estruendo.

Al cabo de un momento de silencio, Cherry se echó a reír y oí cómo JJ se quejaba de dolor.

—¡Eso... ha sido... brillante! —consiguió resollar Cherry entre contagiosas carcajadas—. Aurora..., si... lo hubieras... visto...

—¿Qué ha pasado? —pregunté, corriendo hacia la puerta y apretándome contra ella.

—¡Deja de reírte! ¡Deja de reírte! —gritó JJ—. ¡NO TIENE GRACIA!

—¿Qué ha pasado, Cherry?

—¡Menudo topetazo se ha pegado contra la puerta! —dijo Cherry volviendo a reírse—. ¡Tendrías que haberle visto la cara! ¡Me gustaría haberlo filmado!

—¿Por qué te has dado un topetazo contra la puerta? —pregunté, sin comprender.

—Quería echar la puerta abajo con su superfuerza —dijo Cherry con una risita incontrolable —. ¡Se me escapan las lágrimas de la risa! ¡Se me escapan las lágrimas!

—El señor Vermas debe de haber hecho estas puertas ultrafuertes —oí a JJ, resoplando—. ¿Cómo lo iba a saber yo?

—Has hecho muy bien intentándolo —dije yo, sofocando la risa al imaginarme a JJ chocándose contra la puerta con todas sus fuerzas—. Gracias de todos modos.

—Sí, bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer? —preguntó JJ—. Este era nuestro plan para sacarte de ahí.

—Tendremos que pensar en otra cosa —dijo Cherry, que seguía riéndose.

De repente, oí otra voz que procedía de la otra punta del pasillo.

—Eso no será necesario.

Cherry dejó de reírse y yo oí las pisadas de dos personas, una más pesada que la otra, que se iban acercando.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—¿Qui... quiénes sois? —preguntó Cherry.

No hubo respuesta, solo ruido de pisadas. Me dio la impresión de que hacían apartarse de la puerta a Cherry y a JJ.

—¿Cherry? ¿JJ? —chillé—. ¿Quiénes son? ¿Qué pasa?

Pero no hubo respuesta. Observé la cerradura mientras oía el satisfactorio ruido que hacía al abrirse. Dio un paso atrás, con miedo, sin idea de lo que podía estar sucediendo.

De repente, se abrió la puerta y vi aparecer triunfante, en el hueco, con una horquilla del pelo en la boca, a...

—¡ALFRED! —grité.

Me puse tan contenta de verlo que, por un momento, me olvidé de que era el avestruz más malhumorado del mundo y corrí a toda velocidad a él para darle un abrazo. Abrió los ojos horrorizado al verme corriendo hacia él e inmediatamente levantó una de las patas y la dejó delante de él, impidiéndome el paso y acorralándome con su escamoso pie de ave.

—¡Vale! —dije lanzando un suspiro, apartándome de él y levantando las manos—: Me alegro de verte, de todas maneras.

Dejó caer la larga pata y alborotó las plumas irritado, entrando en la habitación para inspeccionar las camas y picotear las almohadas. Aquel día llevaba un sombrero panamá blanco y una chaqueta de rayas de colores blanco y rosa sobre los hombros.



—A Alfred siempre le ha encantado abrir cerraduras —explicó la tía Lucinda, entrando en la habitación detrás del avestruz y contemplando con cariño cómo desgarraba mi almohada.

Abrió las manos y me invitó a acercarme para darme un breve abrazo.

—Cuidado, querida —dijo dándome unas palmadas en la cabeza—. Me vas a arrugar la chaqueta. Esta en particular me la regaló un príncipe, así que se puede decir que es única.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

JJ y Cherry habían entrado detrás de la tía Lucinda y pasaban la vista de Alfred a ella, completamente anonadados.

—Alfred y yo lo estábamos pasando de maravilla comiendo en el Southbank cuando oímos las noticias de la Cumbre Superheroica. Hay que ver con los secretos... Ahora todos lo saben —explicó lanzando un largo suspiro—. Tu nombre está en todas partes, Aurora, y me temo que no para bien.

—Creen que yo robé la Luz del Mundo.

Hizo una mueca:

—Sí, eso es lo que comenta todo el mundo —dijo—. Mi nombre ha sido arrastrado también

por el lodo. Se dice que a lo mejor estábamos las dos compinchadas, cosa que me da muchísima rabia. —Negó con la cabeza—. Si yo pretendiera robar la Luz del Mundo, no haría un trabajo tan descuidado y, desde luego, no habría esperado hasta ahora.

—¿Usted también es una superheroína? —preguntó JJ, interrumpiéndola.

La tía Lucinda levantó las cejas, mirándolo, y chasqueó la lengua.

—Por supuesto que no, cielo. ¿Tú te crees que podría conservar este fabuloso peinado si fuera una superheroína? Pero si lo que preguntas es si tengo superpoderes, la respuesta es que sí. Como todas las mujeres Beam. Lo que pasa es que he optado por emplearlos de una manera mucho más interesante que salvar el mundo.

—¿Cómo has podido entrar tan tarde en la Cumbre? —le pregunté, intentando ignorar a Alfred, que pasaba por la puerta y se iba hacia la habitación de JJ para revolver en el montón de ropa que tenía encima de la cama.

—Ah, muy sencillo —dijo la tía Lucinda con un gesto de la mano—. Antes de la Cumbre, Crystal y yo tuvimos una conversación y me explicó cómo entrar, por si yo cambiaba de opinión y decidía presentarme con retraso. Me dio todas las instrucciones sobre la farola y se aseguró de que la entrada no se cerraba del todo después del último superhéroe. Crystal y yo nos conocemos de toda la vida —añadió, sonriendo—. Para su último cumpleaños, le regalé un caniche, Fluffles. De lo más cariñoso.

—¡Eh, eso es mío! —dijo JJ de repente, mirando a Alfred con cara de pocos amigos.

JJ salió con paso firme, mientras Alfred picoteaba uno de sus camisetas favoritas. JJ la agarró de un lado e intentó quitársela, pero el avestruz tiró de ella con toda su fuerza.

—Yo no me preocuparía —dijo la tía Lucinda con toda tranquilidad—. Si la quiere, la conseguirá. Los avestruces son así. Bueno, ponedme al corriente. Supongo que a Aurora la encerraron aquí por culpa de las acusaciones.

Cherry asintió con la cabeza:

—Los otros superhéroes están todos en el salón de reuniones principal, manteniendo conversaciones de crisis para decidir qué hacen.

La tía Lucinda dio la impresión de preocuparse:

—¿Todos?

—Sí —respondió Cherry, mirándome.

—Eso es un grave error. —La tía Lucinda exhaló un suspiro, negando con la cabeza, decepcionada.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si fuera yo la que hubiera robado la Luz del Mundo, en estos momentos lo que trataría de hacer es escapar con ella. ¿Y qué mejor para hacerlo que asegurarme de que todos los superhéroes están encerrados en un salón, donde no podrán evitar que me escape con ella?

—Pero no están encerrados allí —le aseguró Cherry—. Solo están manteniendo una reun...

De repente, un timbre potente empezó a sonar en todo el edificio, y una voz de ordenador retumbó en los altavoces:

—*Activado el confinamiento en salón de reuniones. Activado el confinamiento en salón de reuniones...*

—Qué coincidencia —comentó la tía Lucinda.

—La verdad, ¿ninguno de todos esos superhéroes ha robado nunca nada? Han sido muy ingenuos en todo este asunto.

—¿Qué pasa? —dijo JJ, renunciando a recuperar su camiseta. Alfred enseguida la rasgó y se comió una de las mangas.

—Lo que pasa es que todos los superhéroes acaban de quedar encerrados en un salón de reuniones a prueba de superhéroes —dijo la tía Lucinda—. Alguien muy listo está a punto de escaparse con la Luz del Mundo.

Vi la expresión de pánico de Cherry y de JJ y respiré hondo.

—Y nosotros somos los únicos que pueden impedirlo.

15

—Tenemos que salir de aquí —dije abriendo mi maleta—. El que haya robado la Luz del Mundo estará escapando ahora mismo, mientras hablamos. ¿La única salida es el lugar por el que entramos?

Cherry asintió con la cabeza:

—Sí, por el Expreso Superheroico y luego subiendo al Parlamento británico.

—Tía Lucinda, tú y Alfred tenéis que encontrar la sala de control de la seguridad e intentar desactivar el confinamiento —les dije.

—Veremos qué se puede hacer —dijo ella, encaminándose hacia la puerta—. ¡Vamos, Alfred!

El avestruz salió de la habitación tras ella, llevando puestas las gafas de sol de JJ.

—¿Las recuperaré algún día? —preguntó suspirando JJ, viendo desaparecer por el pasillo las plumas del culo de Alfred.

—No hay ni la más remota posibilidad —respondí con sinceridad, antes de salir de la habitación, marcando el camino a los demás—. ¡Vamos!

—Iré delante para preparar el vagón —dijo JJ, acelerándose de repente hasta convertirse en un borrón, corriendo hacia la puerta que llevaba al andén del Expreso Superheroico.

Y cuando Cherry y yo llegamos corriendo, lo encontramos allí, esperándonos de pie al lado del redondeado y transparente vehículo. Entramos, nos abrochamos los cinturones y nos preparamos para aquel viaje que recordaba una montaña rusa y que terminaba cerca de la acera de la calle.

—Cherry —dije mientras empezaban a cerrarse las puertas del vehículo—. ¿Puedes oír algo extraño?

Ella se colocó rápidamente los auriculares en los oídos al mismo tiempo que sufríamos una sacudida. El vehículo aceleró y tomó curvas a través del túnel subterráneo, ascendiendo hasta que se detuvo de repente. Vi que JJ parecía un poco pálido.

—Odio este chisme —resolló, agarrándose a los brazos del asiento.

—¿No estás acostumbrado a ir superrápido?

—Sí, pero solo cuando puedo controlarlo —dijo respirando hondo—. No es natural ir a toda velocidad por túneles subterráneos.

Las losas de la acera bajaron a nuestro nivel, para luego ascendernos al aire fresco y a la hermosa luz del sol. Oí un fuerte grito cuando aparecimos por arte de magia de debajo del suelo. Buscando quién había gritado, comprendí que una multitud de turistas estaba reunida en torno a la estatua de Ricardo Corazón de León, en el patio de delante del edificio del Parlamento. Y todos miraban hacia nosotros.

—¡Aquí no hay nada que ver! —dije intentando que me saliera un tono alegre—. ¡Ahí va, miren esa gran estatua! ¡Seguro que tiene una historia fascinante!

—Aurora —dijo Cherry de repente, bajándose los auriculares y dejándoselos en el cuello—, es difícil distinguir bien cuando una está en el Expreso Superheroico, pero decididamente había varias personas en el complejo subterráneo que no estaban en el salón de reuniones. Oí sus pasos.

—A lo mejor eran la tía Lucinda y Alfred.

Negó con la cabeza:

—No, las pisadas de Alfred son muy reconocibles. Las conozco bien. Estas eran distintas.

—Espera —dijo JJ, levantando las manos e intentando ignorar a los turistas que en ese momento nos hacían fotos—. ¿Más de uno? ¿Quieres decir que...?

—Me da la impresión de que quien haya robado la Luz del Mundo no lo ha hecho solo —dijo Cherry tragando saliva.

—Vale —dije asintiendo con la cabeza e intentando conservar la calma—. Está bien saberlo. En algún momento tendrán que salir por aquí, ¿no? Y nos encontrarán preparados.

—¿Lightning Girl? —chilló una voz detrás de mí.

Me volví y vi a una mujer que me sonreía, nerviosa.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —preguntó, señalando con la cabeza a su grupo de amigos, que se acercaban a nosotros con sus móviles.

Estaba a punto de ponerme a explicarles a toda prisa que no tenía tiempo de posar para fotos justo en aquel momento, porque tenía que detener a unos ladrones que pretendían escaparse con la piedra preciosa más importante del planeta, pero, cuando abrí la boca para hablar, nos distrajo un repentino zumbido procedente del cielo.

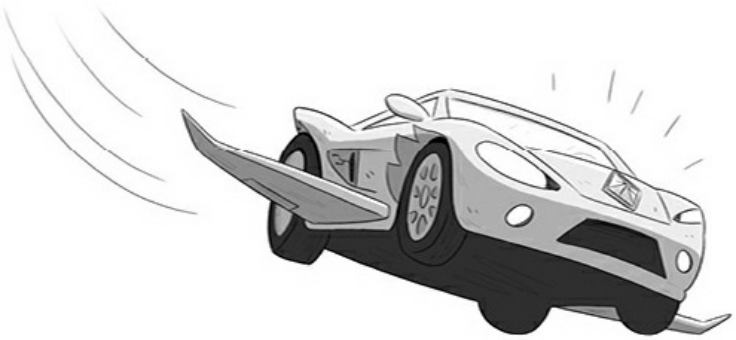
Hubo gritos y exclamaciones de sorpresa cuando todos miraron hacia arriba, entrecerrando los ojos por el sol.

—¿Qué es eso?

—¡Eso... —chillé, apenas capaz de contener la emoción— es MI ABUELA!

Por encima de nuestras cabezas se sostenía en el aire un elegante coche deportivo de color rosa brillante que se preparaba para aterrizar delante del Parlamento británico. La multitud se apartó cuando el coche descendía hasta aparcar justo junto a la estatua de Ricardo Corazón de León. El motor se apagó entonces, y la puerta del conductor se abrió hacia arriba, revelando a

una alegre señora mayor con el pelo rosa a juego con el coche.





—¡Abuela! —exclamé.

—Hola, Aurora —me saludó moviendo la mano y haciendo como que no se daba cuenta de toda la gente que la miraba con los ojos como platos—. Te habrás dado cuenta de que la función de invisibilidad no funciona. Habrá que repararla. Bueno, el caso es que pensé que igual necesitabas ayuda.

Salió del coche y abrió la puerta del asiento trasero. Vi un montón de pelo que venía en mi dirección y después saltaba sobre mí, haciéndome retroceder.

—¡Kimmy! —dije riéndome, mientras mi perra me llenaba la cara de lametones—. ¡Estoy tan contenta de verte!

—Ya sé que un coche volador es muy guay y todo eso —oí que decía una voz mientras alguien más salía del asiento trasero—, pero la próxima vez no me quiero sentar con Fred, porque se coge el apoyabrazos para él solo.

—Bueno, la próxima vez espero que no te rocíes entera con laca justo antes de entrar en el coche. Casi me ahogas. Y al menos a ti no ha estado a punto de sacarte un ojo Georgie con una

de sus agujas de hacer punto.

—No es una aguja de hacer punto, Fred. ¡Estaba cosiendo! Y no ha sido culpa mía si los libros de Kizzy ocupaban tanto sitio que, cuando doblamos en esa nube a la derecha, me golpearon en el brazo.

—Estos libros son necesarios para investigar, y no podía llevarlos conmigo en el asiento de delante porque las gallinas ocupaban todo el espacio a mis pies.

JJ y Cherry me miraron, sin comprender nada.

—Aurora —preguntó JJ—, ¿quién es toda esta gente?

—JJ y Cherry —dije con una sonrisa—, ¡os presento a Los Brillantes!

Yo corrí hacia Suzie, Fred, Georgie y Kizzy, y los incluí a todos en un gran abrazo. Kimmy daba saltos a mis piernas, ladrando de contenta.

—¡Ay, Aurora! —protestó Suzie, aunque lo dijo con una sonrisa—. Ten cuidado con mi pelo.

—¿Qué hacéis todos aquí? —pregunté, sintiendo que podía echarme a llorar de la alegría de verlos.

—Tu abuela vino a recogernos —explicó Kizzy—. Estábamos viendo las noticias y pensando en cómo podríamos llegar a Londres a tiempo para ayudarte, cuando apareció tu abuela Beam no se sabe de dónde y nos recogió a todos.



—Sabíamos que era imposible que fueras tú quien había robado la Luz del Mundo de la Cumbre —dijo Georgie de manera tajante.

Sonreí, apretándole la mano a Kizzy, que asentía, conforme con Georgie.

—Estaba segura de que vosotros me creeríais. La tía Lucinda y Alfred me han ayudado a escapar, junto con JJ y Cherry.

JJ y Cherry saludaron con la mano, cuando Los Brillantes se volvieron a mirarlos.

—¿Dónde está ahora la Luz del Mundo? —preguntó muy seria mi abuela.

—No lo sabemos, ni sabemos quién la tiene. Pero... —señalé la farola— quienquiera que sea tendrá que salir por ahí en cualquier momento. Nuestro plan era detenerlos cuando salieran. Bueno, si es que no lo han hecho ya.

—¿Salir de... la farola? —preguntó Suzie, mirándome y levantando las cejas.

—En realidad, es una puerta. Una larga historia.

—Aurora, nosotros sabemos quién tiene la Luz del Mundo —anunció Kizzy.

—¿Qué?

—¿Cómo vais a saber...?

—En cuanto aparecieron las noticias en las redes sobre la Cumbre Superheroica que tenía lugar aquí en Londres y que habían robado la Luz del Mundo y que habías sido tú... Bueno, Alexis se puso enseguida a trabajar —dijo sacando el teléfono y apretando un botón para hacer una videollamada—. Quiere hablar contigo.

Kizzy levantó la pantalla del teléfono para mí, y mi hermano me saludó desde la mesa de su habitación.

—Hola, pringada —saludó Alexis, colocando sobre su mesa el teléfono para poder teclear mientras hablaba conmigo—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas estarte un par de días quieta sin causar ningún desastre nacional?

—¡Yo no tengo la Luz del Mundo! —dije cogiendo el teléfono y poniendo cara de pocos amigos.

—Ya lo sé, no eres tan brillante como para hacer una cosa así. Pero por suerte para ti, sé quién la tiene.

—¿Lo sabes?

—Seguí la dirección IP del portátil que filtraba las historias de la Cumbre a la prensa. Me imaginaba que aquel que te señalaba a ti con el dedo lo que quería realmente era apartar ese dedo de sí mismo.

—¿Y has conseguido averiguar a quién pertenece el portátil? —pregunté con impaciencia.

—Ajá —dijo Alexis asintiendo con la cabeza—. En solo unos segundos.

—¿Quién es? ¿Darek Vermas? —pregunté.

Alexis arrugó la frente:

—¿Darek Vermas? ¿Por qué se te ha ocurrido pensar en él? Imposible, él es mi ídolo. Ya

sabes, él desarrolló el primer ordenador a los cuatro años y...

—Si no es él —le interrumpí—, ¿entonces quién?

—No había oído su nombre hasta ahora. Es alguien llamado... David Donnelly.

A JJ se le quedó la boca abierta.

—¿Qué? —dije mirando al teléfono y negando con la cabeza—. Eso no puede ser. David Donnelly no es más que un ayudante, ni siquiera es superhéroe. Es un señor muy agradable. ¿Estás seguro de que no es Vermas?

—Las filtraciones vinieron del portátil de David Donnelly, Aurora —dijo Alexis, terco—. Creo que ese señor no es quien tú piensas.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso David Donnelly? —preguntó Cherry volviéndose hacia JJ, que estaba tan desconcertado como ella—. Parece tan... inofensivo.

—Bueno, yo he conseguido entrar en su portátil y resulta que tiene copias de los planos de la Cumbre, junto con notas robadas sobre los mecanismos de seguridad de las cajas fuertes y las cámaras acorazadas. —Alexis se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás en su silla—. Hazme caso: es un tipo malvado.

—Un momento —dijo Georgie de repente, agarrándome del brazo—. ¡MIRA!

Señaló la farola, y nosotros nos volvimos justo cuando las losas de la acera se abrían y salía David Donnelly del suelo, llevando una mochila enorme y una cartera a los hombros.

—Gracias por adelantarte a las noticias, Alexis. Ahora tengo que dejarte —dije devolviéndole a Kizzy el teléfono.

—Ve a salvar el mundo, pringada —le oí decir a Alexis antes de colgar. Estoy casi segura de que se sentía orgulloso al decirlo.

David Donnelly se quedó paralizado al ver que lo estábamos observando. Kimmy empezó a gruñir fuerte en cuanto puso los ojos en él. Siempre ha tenido instinto.

—¡Es él! ¡David Donnelly! —exclamé—. ¡Él tiene la Luz del Mundo!

—¡No, no! ¡Estás muy equivocada! —dijo él con voz ronca, retrocediendo y mirando a Kimmy nervioso—. ¡Yo no la tengo! Yo... ¡he venido a ayudarte a encontrar al culpable!

Cuando se dio la vuelta, a punto de echar a correr, Kimmy dio un salto y lo tiró al suelo. Las gafas se le cayeron a la acera. Entonces, Kimmy le agarró el pelo con la boca y tiró de él. El peluquín se desprendió sin esfuerzo, dejando ver su cabeza calva y brillante.

—¡Era un peluquín! —exclamó Cherry mientras Kimmy lo escupía y lo dejaba en el suelo—. ¡Es un disfraz!

—¿Quién es usted? —gritó JJ.

David Donnelly se volvió para mirarnos desde el suelo:

—Supongo que ya no sirve de nada seguir ocultándolo.

Su acento escocés acababa de desaparecer. Y reconocí su voz. Una sonrisa familiar, amenazadora, apareció en sus labios finos. Levantó una mano y lentamente se quitó una nariz

falsa muy convincente.

—No puede ser —susurró Kizzy.

Yo moví la cabeza hacia los lados, sin podérmelo creer.

—¡Profesor Mercurio!

—Hola, Aurora —respondió poniéndose de pie—. Cuánto tiempo... ¿Me has echado de menos?



16

No podía ser. Sencillamente no podía ser. Me restregué los ojos, pero no importaba cuántas veces los cerrara y los volviera a abrir; el profesor Mercurio seguía delante de mí.

—Se suponía que estaba usted en prisión —dijo Fred casi sin voz.

—¿No te has enterado? Me soltaron —dijo el profesor Mercurio con petulancia.

Kizzy arrugó la frente:

—Más bien se escapó —dijo ella—. ¿Cómo lo hizo?

—Me decepciona que pienses tan mal de tu antiguo profesor de Ciencias, Kizzy. Yo no me escapé. Me soltaron con todas las de la ley..., con un poco de ayuda de unos viejos amigos, eso es verdad —dijo con una risita.

—¿Los mismos amigos que le contrataron para robar las piedras preciosas del Museo de Historia Natural? —preguntó Kizzy.

—No sabría decirlo —dijo encogiéndose de hombros.

—Le he tenido todo el tiempo delante de las narices —dije negando con la cabeza—. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

—Sí, bueno, conozco a alguien que trabaja en la parte de utilería de un teatro, y me ha enseñado a dominar el arte del disfraz. Tomé de él algunos consejos excelentes y me convertí en el tímido y patoso David Donnelly con verdadera facilidad.

—¿Cómo consiguió entrar en la Cumbre? —preguntó Suzie—. Usted nunca pasaría por un superhéroe, da igual cómo se disfrace.

—Hubiera podido —respondió irritado—. Pero resultó aún más fácil cuando vi que Darek Vermas buscaba un nuevo ayudante. Era el modo perfecto de entrar sin despertar sospechas. —Se sonrió con petulancia—. Y fue una gran suerte que, cuando desapareció la Luz del Mundo, te echaran la culpa a ti, Aurora. He estado deseando vengarme desde que tú, tus amigos y ese molesto avestruz me metisteis entre rejas.

—Bueno, ya vale —dijo mi abuela acercándose a nosotros—. Entregue la Luz del Mundo, señor Mercurio, y díganos para quién trabaja. No tiene ninguna posibilidad de echar a correr y dejarnos atrás, y menos estando aquí JJ.

JJ parpadeó sin podérselo creer:

—Usted... ¿usted conoce mis superpoderes?

—¿Echar a correr? ¿A correr? —dijo el profesor Mercurio riéndose antes de que ella pudiera responder—. ¡Ah, abuela Beam, qué graciosa es usted! No pienso echar a correr hacia ningún lado. Me iré... ¡VOLANDO!

Se llevó la mano hacia atrás y tiró de una de las muletillas de la mochila. La tela de la mochila se retiró y quedó al descubierto un aparato propulsor con motor de última tecnología:

—¡El Rocket-750! —exclamó mi abuela casi sin voz—. El último modelo. ¿Cómo ha podido conseguirlo?

—Mis amigos son muy generosos —dijo él—. ¡Adiós, Brillantes! ¡Hasta la próxima!

Cuando alargó la mano para apretar un botón de la mochila propulsora, intenté usar mis superpoderes, pero tenía demasiado miedo y no fui capaz de concentrarme correctamente.

—¡Se va a escapar! —exclamé, mientras salían ráfagas de fuego de la mochila propulsora.

—¡No se escapará estando nosotros aquí para impedirlo! —gritó Fred—. ¡Suzie, coge esto!

Sacó de su mochila un delgado palo blanco atado a una larga cinta rosa brillante y se lo arrojó a Suzie. Ella cogió elegantemente la cinta de gimnasia y, con un brusco movimiento de la muñeca, giró la cinta rápidamente por el aire en una pulcra espiral por encima de su cabeza, antes de mandarla por los aires en dirección al profesor Mercurio justo cuando este ascendía por los aires.

La cinta se enredó alrededor del profesor Mercurio y de su mochila propulsora, deteniéndolos con una brusca sacudida.

—¡Perfecto, Suzie! —exclamó Georgie, y añadió, dirigiéndose a nuestro patidifuso público —: ¡Ha sido dos veces ganadora nacional!

—He ganado la competición nacional tres veces seguidas —corrigió Suzie.

El señor Mercurio soltó un grito de rabia mientras hacía todo lo posible por liberarse de la cinta que se había enrollado en torno a él, mientras Suzie intentaba con todas sus fuerzas tirar de él hacia el suelo.

—¡Es demasiado fuerte! —gritó ella, agarrando con fuerza el palo y clavando los talones en el suelo—. ¡Se me resbalan las manos!

—¡Déjame a mí! —dijo JJ, cogiéndole el palo de la cinta de gimnasia.

Suzie abrió los ojos sobrecogida cuando, aparentemente sin esfuerzo alguno, JJ tiró de la cinta hacia él y el señor Mercurio cayó a tierra. La mochila propulsora pegó contra la acera con un fuerte estrépito.

El señor Mercurio se puso de pie temblando e intentó apretar el botón de la mochila propulsora, pero este empezó a chisporrotear, soltando fumaradas negras antes de apagarse del todo.

—¡No! —gritó el profesor Mercurio, apretando el botón una y otra vez—. ¡Tienes que

funcionar! ¡Ajjj!

Furioso, se quitó la mochila propulsora y la tiró contra el suelo, antes de volverse para correr hacia el supercoche de mi abuela.

—¡Rápido, JJ! —gritó Cherry—. ¡No le dejes escapar!

Pero resultó que no había necesidad de que JJ corriera tras el señor Mercurio, porque la abuela estaba preparada, esperando al acecho.

Soltando un grito guerrero de karate a pleno pulmón, la abuela Beam levantó la pierna y golpeó al señor Mercurio en el costado.

—¡Vaya! —gritó Fred—. ¡Vamos, señora Beam!

El señor Mercurio recuperó el equilibrio y miró a mi abuela con ojos casi cerrados, levantando los puños y colocándose en posición de avance.

—¡Ha encontrado la horma de su zapato, señora Beam —gruñó de manera amenazadora—. ¡Algo sé sobre artes marciales!

Para apoyar esta declaración, empezó a moverse alrededor de ella sobre los dedos de los pies, exhibiendo sus patadas a la altura de la cabeza y balanceando los codos, pasando justo por delante de la mandíbula de ella. Mi abuela esquivaba los golpes y se defendía, parando todas las patadas que él le lanzaba, pero no había duda de que el señor Mercurio era en realidad muy bueno y mucho más fuerte que ella. JJ corrió a ayudarla, pero el señor Mercurio se dio la vuelta sin moverse del sitio y le golpeó duramente en el estómago, dejándolo sin respiración, antes de volver a prestar atención a mi abuela.

—Aurora —dijo Kizzy agarrándome del brazo—, ¡usa tus superpoderes para detenerlo antes de que le haga daño a la abuela! El rayo de energía puede dejarlo sin sentido y, entonces, podremos cogerle la bolsa.

—No... no puedo —respondí haciendo un gesto de dolor mientras la abuela lograba esquivar otra patada por los pelos—. ¡He perdido mis poderes!

—¡No, no es verdad!

—Sí, Kizzy, es verdad —le respondí desesperada—. Soy la decepción de Los Brillantes. ¡He dejado de ser una superheroína! Puedes verlo en Internet. Lo dice muy claro.

—No necesito mirar en Internet: puedo reconocer a una superheroína cuando la veo —repuso Kizzy, testaruda.

—Tú eres Lightning Girl y siempre lo serás para nosotros, no importa lo que digan los demás —dijo Georgie, mientras Kizzy asentía vigorosamente—. Ten.

Georgie se metió la mano en un bolsillo y sacó unas gafas de sol. Alrededor de la montura todo eran brillantes chispitas diminutas.



—¿De dónde las has...?

—Las he diseñado para ti. Para Lightning Girl —dijo dándomelas para que me las pusiera—. Sé que Alfred te destrozó las tuyas. ¿Por qué me iba a tomar la molestia de hacer estas si pensara que no te las merecías?

—Vamos, Lightning Girl —dijo Kizzy, impaciente—. ¡Te necesitamos!

No sé si sería por lo que decían Georgie y Kizzy o por su modo de mirarme, pero algo ocurrió cuando cogí las gafas y me las puse. Los Brillantes contaban conmigo y creían en mí, aunque no lo hiciera nadie más.

—¡Puedes hacerlo! —me dijo Kizzy, animándome con una sonrisa.

Me olvidé de todas las ocasiones en que había metido la pata. No pensé en el desastre de *Good Morning Britain*, ni en el incidente de la escalerilla en que me quedé cabeza abajo, ni en lo ridícula que me había sentido en la sala de entrenamiento para superhéroes. Me concentré solamente en aquel cálido cosquilleo que me recorría las venas subiéndome por la columna vertebral y bajándome por los brazos hasta las manos, que se ponían calientes. La cicatriz en espiral de mi mano empezó a picarme, y en torno a mis dedos apareció un resplandor plateado.

De pronto, todo el mundo ahogó un grito cuando la abuela recibió un golpe en el pecho asestado por el señor Mercurio y salió volando hacia atrás.

«Puedes hacerlo», eran las palabras de Kizzy que me retumbaban en la cabeza.

«Ve a salvar el mundo», le oía decir a Alexis.

—Mala suerte, Brillantes —dijo el señor Mercurio, abriendo la puerta de delante del coche rosa de la abuela—. ¡Despedíos de la Luz del Mundo!

«Puedes hacerlo, Lightning Girl».

Unos rayos me salieron de las palmas de las manos, bañando el Parlamento británico y todo lo que había alrededor con una luz cegadora y titilante. Salieron con tal fuerza que el señor Mercurio dio un traspiés hacia atrás, tapándose los ojos y después gritando, cuando Kimmy (que le había seguido hasta el coche, ladrando como loca) se había colocado detrás de sus pies, haciéndole perder el equilibrio y caer por encima de ella, para aterrizar en el suelo dándose un buen golpetazo.

Cuando logré controlar mis superpoderes y la luz perdió intensidad, vi a todo el mundo mirándome con sorpresa. La abuela se secó una lágrima que le caía de los ojos.



—¡DÉJAME EN PAZ!

Todos nos volvimos para ver al señor Mercurio inmovilizado en el suelo por Alfred, que había salido de no se sabía dónde y estaba ahora encima de él, picoteándole la calva.

—¡ODIO A ESE AVESTRUZ! —gritó el señor Mercurio, agitando como loco brazos y piernas.

—¡YO ADORO a ese avestruz! —soltó Georgie.



La multitud que lo había visto todo se puso a aplaudir y a soltar vítores, canturreando sin parar las palabras «Lightning Girl». Alfred le quitó la cartera al profesor Mercurio y me la lanzó por el aire.

La abrí y busqué en su interior. Tenía el corazón en un puño mientras comprobaba su contenido.

—¿Aurora? —dijo la abuela, reuniéndose con Los Brillantes a mi alrededor—. ¿Qué sucede?

—Está... vacía —dije con voz ronca—. La Luz del Mundo no está aquí.

Debajo de las fuertes garras de Alfred, el profesor Mercurio empezó a reírse de forma malvada.

—¿Dónde está? —preguntó la abuela.

Pero él no necesitaba responder. Mientras mi abuela preguntaba, un helicóptero despegaba desde el otro lado del Parlamento.

—El profesor Mercurio no era más que un señuelo —dijo Kizzy casi sin voz.

—¡Así es! Esta vez hemos ganado —fanfarroneó alegremente el profesor Mercurio—. ¡Y puedo prometeros, Brillantes, que NUNCA revelaré para quién trabajo!

De repente, un coche deportivo plateado, con las ventanillas opacas, se subió a la acera, a nuestro lado, haciendo chirriar los frenos al tiempo que se paraba. Una de las ventanillas de delante se bajó y por ella salió una mano, de uno de cuyos dedos colgaba un collar con un hermoso diamante. A Alfred se le iluminaron los ojos.

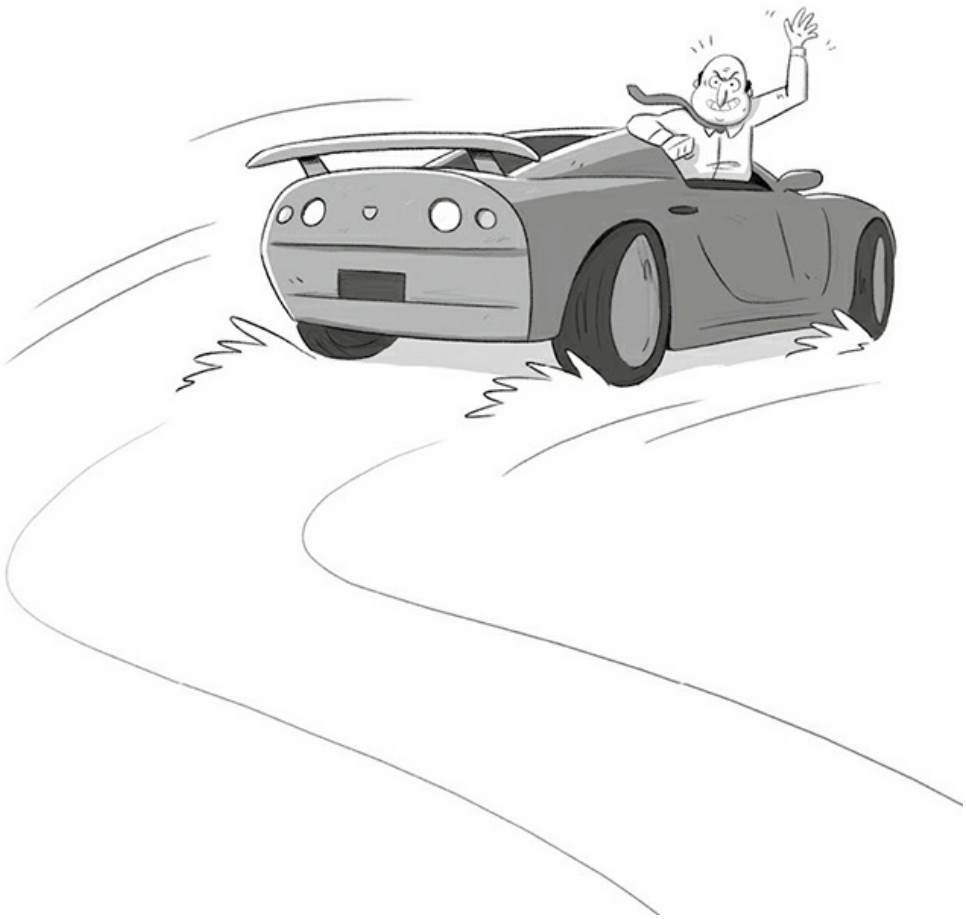
—¡ALFRED, NO! —grité, pero era demasiado tarde.

Ya había saltado, dejando libre al señor Mercurio, y corrío hacia el coche. Quienquiera que sostuviera el collar con el diamante lo había tirado al aire para que lo cogiera Alfred, mientras el señor Mercurio, que ya no estaba inmovilizado por el enorme avestruz, se ponía en pie, pasaba por delante de Kizzy y saltaba al asiento trasero del coche antes de que ninguno de nosotros se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

La puerta se cerró de un portazo detrás del señor Mercurio, el motor bramó cuando pisaron a fondo el pedal del acelerador, y el

coche se alejó por la calle hasta desaparecer de la vista.

Oí el amenazador sonido de la risa del señor Mercurio, retumbando en el aire mientras yo lo veía alejarse sin poder hacer nada para evitarlo.



17

—¡AURORA!

Salté unos cinco metros en el aire al oír mi nombre retumbando en las paredes de la cúpula subterránea, antes de que me arrancaran del suelo en el mayor abrazo que me hayan dado nunca. Kimmy empezó a ladrar y saltar, emocionada.

—¡Mamá! —dije casi sin aliento—. ¡No... me dejas... respirar!

—¡Ay, lo siento! —dijo ella, dejando de abrazarme, pero sin quitarme las manos de los hombros—. ¿Estás bien?

—Sí, pero la próxima vez no me aprietes tanto. Creo que me has partido un par de costillas.

—¡No te estoy preguntando por el abrazo! ¡Me refería a nosotros, atrapados aquí abajo, mientras tú estabas allí sola deteniendo al ladrón! —dijo señalando al techo.

—¡Ah, sí! Sí, estoy bien. Pero no estaba sola.

Mi madre asintió con la cabeza, con lágrimas en los ojos, y se hizo a un lado para que mi padre, que venía corriendo detrás de ella, pudiera darme otro abrazo igual de peligroso para las costillas. Mientras tanto, Kimmy le saltaba a mi madre para llenarle la cara de lametones.

—Estábamos tan preocupados —dijo mi padre, subiéndose las gafas sobre la nariz—. Estábamos completamente atrapados en ese salón de reuniones; ¡todo estaba hecho a prueba de superhéroes! Sin contacto con el mundo exterior, sin idea de lo que podía estar pasando, sin saber si tú estarías a salvo... —Se quedó un momento callado, para respirar—. Ha sido horrible.



—Estoy bien, papá. Recibí refuerzos —le aseguré, señalando a Los Brillantes, que estaban sentados alrededor de la fuente con Crystal, pidiéndole una y otra vez que desapareciera y ahogando un grito cada vez que se volvía invisible.

Los Brillantes habían recibido un permiso especial, por parte de mi abuela, para bajar al edificio de la Cumbre Superheroica. A Fred le había encantado el Expreso Superheroico y había levantado los brazos en el aire todo el tiempo, gritando «¡YUUJUUU!» en cada curva, irritando a Suzie, que al llegar al andén aseguraba que Fred le había perforado los tímpanos.

Mi padre los miró por encima del hombro y sonrió.

—¿Cómo demonios han llegado aquí?

—Cuéntanos todo lo que sucedió —dijo mi madre con expresión seria.

Y eso hice. Le conté cómo la tía Lucinda y Alfred habían venido a rescatarme, junto con Cherry y JJ; cómo habíamos comprendido lo que pasaba, así que salimos a la superficie para detener al ladrón antes de que escapara; cómo Los Brillantes y Alexis habían averiguado quién

era el culpable; y cómo al final yo había fracasado.

—¿Fracasado? —dijo mi madre levantando las manos e interrumpiendo mi relato—. ¿A qué te refieres?

—A que han escapado, mamá —dije dándole a Kimmy unas palmadas en la cabeza cuando se sentó a mi lado, apoyándose en mi pierna—. Hemos perdido la Luz del Mundo.

—Eso no significa que hayas fracasado —dijo negando con la cabeza.

—Si tú no hubieras sido lo bastante valiente como para intentar detener al profesor Mercurio, no tendríamos ni idea de por dónde empezar a buscar la Luz del Mundo —observó mi padre—. Ahora sabemos que el señor Mercurio está involucrado de algún modo. Ese es un buen punto de partida. Junto con la policía, haremos todo lo que podamos para descubrir dónde está y para quién trabaja.

—Pero ¿no estamos en una situación muy peligrosa? —pregunté—. La Luz del Mundo es la piedra más valiosa del mundo y es la fuente de nuestros poderes. Estando en las manos equivocadas, ¿no podría ocurrir algo horrible?

Mis padres se miraron con preocupación. Mi padre asintió con la cabeza.

—Sí, Aurora, tienes razón. No sabemos qué quiere esa mente criminal de la Luz del Mundo. Pero lo importante ahora es que tú estás a salvo y estamos todos juntos.

—Papá tiene razón —dijo mi madre, cogiéndole la mano y sonriéndole—. Quienquiera que sea no podrá contra los Beam y Los Brillantes.

Kimmy ladró muy fuerte.



—Pues si Kimmy también lo dice... —Asentí, acariciándole las orejas.

—¡Estás ahí, cielo! —exclamó la tía Lucinda, caminando hacia nosotros con Alfred, que la seguía trotando—. ¿No es sencillamente maravillosa la manera en que resolvimos la situación? Allí estaba Kiyana, atrapada en el salón de reuniones, mientras los ladrones se escapaban, ¿y quién fue a rescatarla y liberarla? ¡Nada menos que su glamurosa e inteligente hermana gemela!

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Supongo que tendré que oírlo toda la vida.

—Por lo menos, durante los próximos años. —La tía Lucinda sonrió, guiñándome un ojo—. Por cierto, la habitación de control tenía sus bemoles. Al principio no tenía ni idea de cómo retirar el confinamiento de seguridad. Cuando vi todos aquellos botones en el panel de seguridad, ¡me entraron ganas de desmayarme! Pero, por suerte, allí estaba Alfred para mostrarme la manera más rápida y efectiva de dar con el botón correcto.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó mi padre con curiosidad—. ¿Utilizó algún tipo de proceso de

eliminación?

Mi tía Lucinda se rio:

—Supongo que se puede llamar así —dijo—: saltó sobre el panel de control y empezó a pisarlos todos. Al final, debió de darle al botón correcto. ¡Qué avestruz tan inteligente!

Alfred, que había encontrado una larga capa roja y la llevaba con orgullo, meneó la cola con petulancia.

—¿Qué...? —dijo mi madre, casi sin voz—. ¡Podía haberle dado a cualquier cosa, Lucinda!

—Y lo hizo, Kiyana. Hizo saltar varias alarmas antes de darle al botón correcto y levantar el confinamiento. En cierto momento, le dio a un botón que ponía «autodestrucción» en letras muy gruesas, pero por suerte también le dio a otro que lo desactivaba.

Mis padres pusieron cara de horror.

—Me alegro de que Alfred viniera a ayudarnos cuando lo hizo —dije, intentando reconducir la conversación a una dirección más positiva—. Aunque el señor Mercurio se escapara al final, por lo menos fue una satisfacción ver a Alfred picoteándole la calva.

—Sí, me pregunté dónde se había ido después de encontrar el botón correcto, pero tendría que haber adivinado que había subido a la superficie —dijo la tía Lucinda con una risita—. Adora montar en el Expreso Superheroico. Me imagino que se estaba tomando la recompensa por darle al botón correcto con un viaje en el vehículo, cuando vio lo que pasaba arriba y corrió en vuestra ayuda. Aunque está muy decepcionado porque el diamante del collar con el que lo distrajeron resultó ser falso. Creí que le había enseñado a distinguir algo mejor. —Se quedó un momento dudando—. ¡No me puedo creer que fuera el señor Mercurio, otra vez!

—Y estaba aquí todo el tiempo, disfrazado. ¡Y a mí que David Donnelly me daba pena! —gruñó mi padre—. Hasta le dejé un libro sobre mineralogía avanzada. Dudo que me lo devuelva nunca. Y yo ni siquiera me había terminado el capítulo sobre geotermobarometría mineralógica.

Todos lo miramos en silencio mientras él movía gravemente la cabeza.

—Eh..., bueno, Henry, no te preocupes, podemos pedir otro ejemplar de ese libro tan... fascinante —dijo mi madre con dulzura.

—No hace falta —dijo él—. Le pediré su ejemplar a Clara cuando lo termine.

—¡EY! —gritó JJ desde donde estaba sentado, con sus padres, al ver a Alfred—. ¡ESA CAPA ES MÍA!

Todos nos echamos a reír, mientras JJ perseguía a Alfred (que parecía encantado con la situación), dando una vuelta tras otra a la fuente. Pese a la supervelocidad de JJ, las largas patas de Alfred le permitían poder escapar de él.

—Kiyana y yo estamos en deuda contigo y con Alfred por haber venido a rescatar a Aurora —admitió mi padre ante la tía Lucinda, riéndose mientras Alfred se metía en la fuente, y JJ iba detrás, empapándose bien. Los Brillantes les gritaban palabras de ánimo.

—En cuanto oí en las noticias las ridículas acusaciones de que Aurora se había llevado la

piedra preciosa, no me cupo ninguna duda de que Alfred y yo debíamos asistir a la Cumbre Superheroica —dijo la tía Lucinda sonriendo—. Además, me estaba preguntando si habría modo de llevármela yo.

Mi madre la miró entrecerrando los ojos:

—Sé que estás bromeando.

—Por favor, no te cortes en darme las gracias por salvar a tu hija, Kiyana —prosiguió la tía Lucinda con petulancia—. Puedes repetirlo siempre que quieras.

Mi madre pidió ayuda a mi padre, pero él se limitó a dirigirle una mirada severa.

—Gracias —dijo al final ella, apretando los dientes.

—Absolutamente de nada —respondió la tía Lucinda, antes de añadir—: te enviaré la factura de mis servicios.

Mi madre abrió la boca para decir algo, pero el teléfono le dio un pitido en el bolsillo.

—¿Cómo...? ¿Cómo es que tienes cobertura aquí abajo? —pregunté desconcertada.

—No lo sé. —Sacó su móvil, frunciendo el entrecejo—. No he tenido cobertura desde que bajamos. No sé cómo ha podido llegar este mensaje...

Se quedó callada, mirando la pantalla y parpadeando de la sorpresa.

—¿Qué...? —pregunté con entusiasmo—. ¿Qué sucede?

—Es... mi fuente —dijo en voz baja, como si apenas se atreviera a contarlo—. Mi fuente en el Cuerpo de Inteligencia Británico.

—¿Necesitan que vayas ahora a una misión? —preguntó mi padre—. ¿No han visto las noticias? Deben de saber que estás ocupada.

Mi madre negó con la cabeza:

—No quieren que vaya a ninguna misión. Quieren verme aquí. Están aquí. En la Cumbre Superheroica. Dicen que ha llegado el momento.

—¿DÓNDE? —prácticamente chillé, de tan excitada como estaba.

—Dicen que vaya al despacho del señor Vermas.

—¿A qué estamos esperando? —exclamé, cogiéndola de la mano—. ¡Vamos!

—¿Qué sucede? —preguntó tras nosotros la tía Lucinda, cuando yo tiraba de mi madre, y mi padre nos seguía—. ¡Kiyana! ¿Adónde vas?

No nos paramos para responderle, sino que atravesamos a toda prisa aquella puerta como de nave espacial y empezamos a recorrer el laberinto de pasillos que llevaban al despacho del señor Vermas.

Cuando llegamos allí, parándonos para recuperar el aliento, vimos que la puerta estaba ligeramente entornada.

—Aquí es —susurró mi madre, cogiéndole nerviosa la mano a mi padre—. Por fin voy a conocerlos. Después de todos estos años de secretismo, por fin voy a conocer a la persona que está al cargo de todo.

Mi padre asintió con la cabeza, animándola, y yo me aparté para dejar que terminara de abrir la puerta y entrara la primera..., porque sentía que ella tenía que pasar delante, aunque yo me muriera de ganas de entrar.

Mi madre respiró hondo y echó los hombros hacia atrás, antes de empujar la puerta y entrar en el despacho con paso seguro. Mi padre y yo la seguimos, impacientes.

Detrás de un escritorio antiguo de caoba, había una gran butaca de cuero dándonos la espalda.

—Usted... ¿quería verme? —preguntó mi madre con cautela, mirando hacia el respaldo de la butaca.

—Sí. Sí, claro —respondió una voz.

La butaca se giró lentamente. Mi madre ahogó un grito al ver de quién se trataba. Mi padre se quedó con la boca completamente abierta. Y yo NO podía creerme lo que veían mis ojos.

Era... imposible.

—Hola, Kiyana —dijo la abuela, sonriendo desde la butaca y acariciando una gallina que descansaba en su regazo—. Te estaba esperando.



18

Parecía que mi madre acabara de ver un fantasma.

Se quedó paralizada, mirando a su madre con los ojos como platos de la sorpresa y abriendo y cerrando la boca como un pez, sin decir nada, mientras intentaba pronunciar palabras.

—Sí, Kiyana —dijo la abuela Beam, haciéndole cosquillas en el cuello a la gallina, que cloqueaba feliz—. Soy yo, la abuela Beam.

Mi madre seguía sin estar en condiciones de hablar, así que intervino mi padre:

—¿Tú eres la fuente de Kiyana? —preguntó sin podérselo creer.

La abuela asintió con la cabeza.

—Pero... ¿cómo...?

—Esa es muy buena pregunta, Henry. Y tiene una respuesta muy fácil. Ya es hora de que lo sepáis. Llevo trabajando para el Cuerpo de Inteligencia Británico desde que tenía veintipocos años.

—¿Eres una espía? —pregunté casi chillando. Me costaba no ponerme a dar saltos de la emoción.

—Técnicamente, sí.

MI ABUELA ERA UNA ESPÍA. ESO ES LO MÁS GUAY DEL MUNDO.

—¿Eras tú...?

Todos nos volvimos hacia mi madre, que parecía que por fin recuperaba la voz.

—Sí, Kiyana. Era yo. Te he estado enviando anónimamente a misiones de rescate para impedir que el mal se apoderara del mundo todos estos años. Desde mi posición de gobierno, tengo acceso al equipo y la información necesarios para saber cuándo un individuo peligroso es una amenaza. Y ahí es donde entras tú.

—Pero... ¡tú estás jubilada! —dijo mi madre con voz ronca, intentando asimilar todo aquello —. ¡Tú diriges un refugio para gallinas extraviadas en Cornualles! ¡Es imposible que trabajes para el MI5! ¡Nada de esto tiene sentido!

—¡Ah, por supuesto, mi refugio para animales es una parte muy importante de mi vida, pero de ningún modo es mi única ocupación. Puede que me haya jubilado de salvar el mundo

físicamente, pero no completamente. —Sonrió—. Eso es algo que Aurora descubrió este verano.

Mis padres dirigieron su atención a mí.

—Aurora descubrió mi guarida subterránea y me vi obligada a admitir que todavía me dedicaba al asunto —explicó la abuela, levantando la gallina de su regazo y poniéndosela bajo el brazo para poder levantarse de la butaca.

—¡Pero no me dijiste que fueras una ESPÍA!

Se encogió de hombros y soltó un largo suspiro:

—No, bueno, no entraba en mis planes contaros jamás que yo era jefa del Cuerpo de Inteligencia Británico, pero ahora que la Luz del Mundo está en peligro, he decidido que es hora de que lo sepáis, para que podamos trabajar juntas.

—Espera un momento. —Mi padre levantó las manos—. ¿Acabas de decir... jefa del Cuerpo de Inteligencia Británico?

—¿No lo había dicho ya? —preguntó la abuela, frunciendo el ceño pensativa—. Ay, se me había pasado. Sí, sí: soy la máxima responsable.

—Mi abuela, la del pelo rosa, con sus gallinas extraviadas, la que se pasa el tiempo practicando observación solar, ¿es la jefa del MI5? —susurré—. ¿Estoy soñando? ¿Esto está sucediendo de verdad?

Ahora tenía SENTIDO toda aquella guarida subterránea.

—¿Cómo si no iba a saber dónde y cuándo mandar a Kiyana a misiones superheroicas? —dijo la abuela con toda tranquilidad—. Estoy al tanto de todo.

—No me lo puedo creer —dijo mi madre, cambiando su expresión de asombro a rabia—: ¡me dijiste que te habías JUBILADO! ¿Y todo este tiempo eras JEFA DEL MI5? ¡Estabas espiando para mí!

La abuela lanzó otro suspiro.

—No es algo que se vaya contando por ahí, Kiyana. Y, además, yo no era jefa del MI5 todo el tiempo. Solo lo he sido los últimos diez años o algo así. Me pareció una elección laboral muy sensata, una vez que me enteré de que tenía superpoderes. ¿Qué mejor que tener un ojo puesto en el mundo y asegurarme de que siempre estaba allí para salvarlo que entrar en el Cuerpo de Inteligencia Británico? Los recursos que una tiene al alcance de la mano son increíbles.

—Y, entonces, cuando dejaste tus superpoderes, usaste tu posición para espiar a tu hija —gruñó mi madre.

—No seas ridícula —dijo la abuela chasqueando la lengua—. Como si alguna vez hubiera dejado mis superpoderes. Pero sí, era hora de retirarme del lado físico de las cosas y, dejarte a ti que ocuparas ese puesto. Aunque me encanta informarte de que mis habilidades en artes marciales no están tan oxidadas como creía que estarían después de todos estos años. Tu señor Mercurio puede atestiguarlo.

—¿No confiabas en que pudiera salvar el mundo por mí misma? —Mi madre casi lo decía

gritando—. Tú no tenías fe en mi destreza y, por eso, no te retiraste, ¿verdad?

La abuela se quedó mirando a mi madre muy tranquila.

—No, Kiyana, no es eso. Es que no quería retirarme todavía del MI5 y, además, ¿no era más fácil que me dedicara a obtener información sobre los tipos malvados? Tienes que admitir que eso te ha salvado la vida un montón de veces y te ha quitado trabajo. Eres una superheroína maravillosa. Incluso mejor que yo, podría añadir.

Ella vaciló, y sus ojos oscilaron hacia mí, brillando de emoción.

—Aunque, Kiyana, tendrías que haber visto hoy a Aurora, usando sus poderes. No había visto nunca nada igual. Hay algo muy especial en esa...

—¡Mamá, no cambies de tema! —gritó mi madre, exasperada—. ¿Por qué no me has contado antes nada de esto? ¡Me has estado mintiendo!

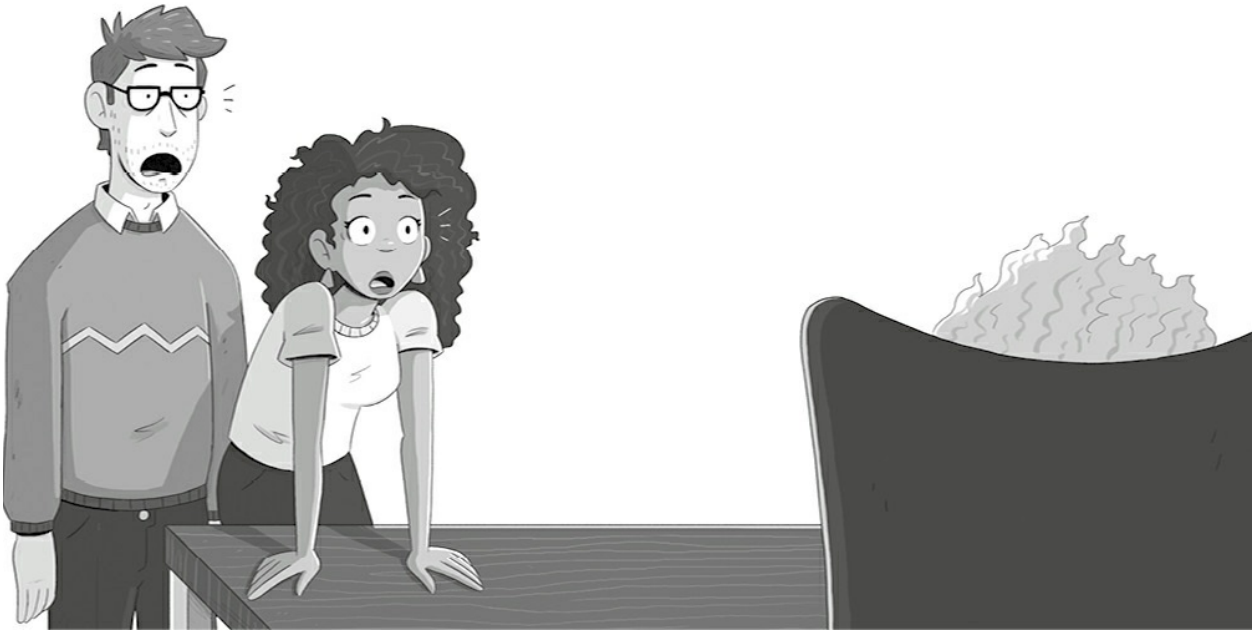
—No tenía permitido contarte nada —respondió simplemente la abuela—. El MI5 es muy reservado para estas cosas. James Bond no iba por ahí largando sobre su trabajo. En cualquier caso, ahora te lo estoy contando. Ya conoces mi secreto.

El despacho quedó en silencio. Mi padre miraba a mi madre preocupado, mientras ella se inclinaba sobre el escritorio y miraba a la abuela negando con la cabeza.

—Bueno —dijo mi padre con voz alegre, aclarándose la garganta—, supongo que no pasa todos los días esto de enterarse de que la suegra de uno es la espía más importante de Gran Bretaña, ¿verdad? Será mejor que me ande con cuidado...

Se rio, y mi madre lo miró poniendo cara de pocos amigos.

—Pero... eh... Lo más importante que tenemos que recordar es que somos una familia y, a pesar de nuestros... eh... secretos, tenemos que estar juntos —se apresuró a decir—. ¿No estás de acuerdo, Kiyana?



Mi madre respiró hondo:

—Supongo.

—¿No estás de acuerdo, suegra?

—Estoy completamente de acuerdo, Henry. —Sonrió cariñosamente a mi madre—. Tú me has hecho sentirme muy orgullosa todos estos años.

A mi madre le temblaron las comisuras de la boca mientras intentaba, sin conseguirlo, contener la sonrisa.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe detrás de nosotros y Darek Vermas entró como un bólido, seguido de cerca por la tía Lucinda y por Alfred, que seguía llevando su capa nueva. Pensando en el pobre JJ, a mí me dio la risa.

—¡Ah, Darek! —dijo mi abuela, haciéndole señas para que se acercara—. Me estaba preguntando dónde te habrías metido.

La abuela Beam posó la gallina en el suelo, que se fue inmediatamente a cacarearle a Alfred.

—Lo siento, abuela Beam —farfulló, pasándose una mano por el cabello—. He estado comprobando que todos los superhéroes se encontraban bien y que los sistemas de seguridad estaban de nuevo en funcionamiento.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la tía Lucinda—. Kiyana, ¿por qué has salido corriendo de ese modo? Los Brillantes se preguntaban dónde habíais ido, y lo mismo hacía una Cumbre entera de superhéroes.

—¿Es verdad? —le preguntó el señor Vermas a mi abuela, sin hacerle ningún caso a la tía Lucinda—. ¿Es verdad lo que dicen de David?

—Sí. Su ayudante David Donnelly era en realidad el famoso señor Mercurio disfrazado.

Trabajaba para otro todo este tiempo. Pero me temo que, sea quien sea aquel para el que trabajaba, ha conseguido escapar con la Luz del Mundo en uno de tus helicópteros, y el señor Mercurio escapó también, con su ayuda.

El señor Vermas se dejó caer en la butaca que la abuela había ocupado antes. Se tapó la cara con las manos.

—¡O sea que David Donnelly estaba detrás de todo...! —gruñó—. Tenía acceso a todo.

Me sentí culpable al verlo tan descorazonado. Me había distraído tanto la idea de que Darek Vermas estaba detrás de todo que ni siquiera se me había ocurrido pensar en David Donnelly. Apreté los puños pensando en lo fácilmente que había caído en la trampa del profesor Mercurio.

—El señor Mercurio averiguó cómo forzar la caja fuerte —prosiguió la abuela—. Sin duda lo consiguió entrando en tus archivos personales. También averiguó cómo poner en confinamiento total el salón de reuniones, dejando atrapados a todos los superhéroes para que no pudieran detenerlos. Genial, la verdad.

El señor Vermas asintió con la cabeza y después levantó los ojos para mirarme:

—Siento haber pensado que podías ser tú, Aurora. Realmente creía que, si no la habías robado tú, estabas intentando proteger al que lo había hecho. En cualquier caso, pensaba que no la querrías por motivos egoístas. Te pido perdón por haberte encerrado en tu habitación.

—No se preocupe por eso —me apresuré a decir, y él me dirigió una sonrisa—. Yo también pensaba que era usted el que la había robado, así que los dos somos culpables del mismo error.

—Pero yo te he fallado, abuela Beam —le dijo a mi abuela, lanzando un suspiro de honda tristeza—. Te prometí que la piedra preciosa estaría a salvo aquí, durante la Cumbre.

—Un momento, ¿os conocéis? —preguntó mi madre, señalando con el dedo a su madre y al señor Vermas.

—Ay, sí, tendría que explicarlo —empezó a decir mi abuela—. Otro secreto que tendríais que conocer.

—¿Qué quieres decir con eso de otro secreto? —preguntó la tía Lucinda levantando las cejas —. ¿Me he perdido algo?

—¿Podemos contárselo? —le pregunté emocionada a la abuela.

—Adelante.

—La abuela es la jefa del Cuerpo de Inteligencia Británico —le expliqué a la tía Lucinda, que me miró parpadeando.

—¿Cómo dices...?

—Mamá lleva toda la vida trabajando para el MI5 y ahora dirige el departamento —añadió mi madre, frunciendo los labios—. No es más que un secretito que reveló un momento antes de que llegaras.

La tía Lucinda se volvió para mirar a la abuela, quien le respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza. Alfred, que había estado distraído por la gallina, levantó la cabeza de

golpe al oír la noticia y miró fijo a la abuela, antes de inclinarse a sus pies de modo teatral.

—Gracias, Alfred —dijo ella con una risita—. No hacen falta reverencias.

—Entonces, ¿cuál es el otro secreto que tenías que contarnos? —preguntó mi madre con curiosidad.

La abuela Beam y el señor Vermas intercambiaron una mirada antes de que la abuela se aclarara la garganta para dirigirse a mi madre y a la tía Lucinda.

—Había un motivo para que hace unos años le pidiera al señor Vermas que fuera el patrocinador oficial de todas las Cumbres superheroicas que tuvieran lugar en el futuro. En mi condición de jefa del Cuerpo de Inteligencia Británico, contó con todo mi apoyo para construir este extraordinario complejo y albergar nuestras actividades de superhéroes. Yo me sentía segura sabiendo que él comprendía nuestros superpoderes y nuestra naturaleza superheroica mejor que nadie. —Vaciló un momento—. Y la razón por la que me sentía segura de eso es porque él es, de hecho, mi sobrino. Kiyana, Lucinda, os presento a vuestro primo Darek.

El señor Vermas las saludó con un movimiento incómodo de la mano.

—¡Hola, primas! —dijo con entusiasmo—. Creo que los superpoderes de las Beam son ALUCINANTES. Me gustaría tenerlos yo también.

—Esperad un momento —dije casi sin voz, en el momento de caer en la cuenta de algo—: ¡Es USTED! ¡El de la foto!

Me miró sin comprender:

—¿Perdona? ¿Te refieres a mis anuncios?

—No, no, ya la primera vez que nos vimos pensé que lo conocía de algo. Creí que era de la tele, pero había algo más —le expliqué—. En casa de la abuela yo había visto una vieja foto de ella con su hermano. ¡Y el niño pequeño que aparecía en la foto era usted!

—Sí, Darek es el hijo de mi hermano y, aunque las cosas entre mi hermano y yo... —La abuela se quedó callada, tensa. Darek tenía la mirada fija en el suelo—. Bueno, no importa. El caso es que Darek siempre ha estado en relación conmigo y es completamente consciente de la herencia de las mujeres Beam. Yo he observado con interés cómo florecía su ambición empresarial y, cuando pensé que era adecuado, lo presenté a la comunidad superheroica y lo convertí en el patrocinador. Como Darek tenía órdenes de no dejar que se conociera la naturaleza de mi trabajo, no podía informaros del parentesco. Pero ahí lo tenéis.

La abuela le dio una cariñosa palmada en el hombro.

—Tu padre y yo tuvimos nuestras diferencias, pero sé que él habría estado muy orgulloso de ti —le dijo ella en voz baja. Él le sonrió.

—¡Ahí va! —exclamó mi padre, porque nadie más decía nada—. ¡Menudo día el de hoy!

—Me siento emocionado de llegar a conoceros bien, como familiares —dijo Darek sonriendo —. Y también a vosotros, Aurora y Henry, por supuesto. Pero me temo que tengo que salir pitando. La prensa está aglomerándose en torno al Parlamento, intentando enterarse de qué ha

sucedido, y sus intentos de encontrar la entrada al edificio de la Cumbre están provocando un poco de lío. Por lo visto, uno de los reporteros ha sido arrestado por subirse a la estatua de Ricardo Corazón de León y darle golpes con el zapato.

La abuela se rio:

—Qué ingenioso. Vete para allá, Darek, e intenta controlar a las masas. Yo me encargaré de todo aquí.

—Ah, pero, antes de irme —dijo Darek, parándose ante la puerta y dirigiéndose a mis padres —, tengo entendido que su hijo mayor, Alexis, es un genio de la tecnología...

—Efectivamente —dije yo, asintiendo con orgullo—. Él fue quien averiguó que David Donnelly no era trigo limpio. Se dio cuenta de que era él quien había filtrado todo a la prensa.

—Ya veo —dijo Darek sonriendo—. Parece exactamente el becario que estoy buscando. Siempre estoy a la caza de la nueva estrella. Puede que él quiera pasar unas semanas conmigo en las vacaciones de Navidad. Mi compañía tiene mucho que ver con la última tecnología y, como veis, tenemos relaciones muy estrechas con el Gobierno, así que tenemos por delante algunos proyectos interesantísimos. Él podría aprender mucho aquí y ganar experiencia, si quiere. Es lo menos que puedo hacer.

—Estoy seguro de que se pondrá muy contento al saberlo —respondió mi padre—. Le pasaremos el mensaje. Gracias, señor Vermas.

Se despidió con la mano, muy contento, antes de salir corriendo por la puerta y el pasillo.

—Y resulta que es vuestro primo. ¡Y un buen tipo! —dijo mi padre cuando él ya había desaparecido—. ¡Creí que, si había algún sospechoso, era él!

—Sí, el señor Mercurio tuvo un golpe de suerte con eso —dijo la abuela, mostrándose de acuerdo con él—. He oído que Darek estaba muy irritable y nervioso con la presión de la responsabilidad. Y por eso la gente no prestaba mucha atención a su torpísimo ayudante.

—Darek Vermas es nuestro primo —decía mi madre para el cuello de la camisa—. ¡Nuestro primo! Y mi madre es jefa del Cuerpo de Inteligencia.

—Bueno, no sé vosotras, pero yo he tenido ya exceso de información y emociones para un solo día y creo que ahora podría tomarme un chocolate caliente —dijo mi padre, dándome con el codo.

—Sí. ¡Yo también! —me apresuré a decir—. Será mejor que busquemos a Los Brillantes y nos vayamos a casa. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Buena idea —dijo mi madre, que todavía parecía patidifusa—. Pediré un taxi.

Mi padre la rodeó con el brazo y salió con ella. Mi tía Lucinda salió detrás de ellos, mientras Alfred se agachaba para que la gallina pudiera saltar sobre su cabeza y deslizarse cuello abajo, hasta asentarse cómodamente entre sus plumas.

—Eh, abuela —susurré yo—. ¿Cuándo crees que podríamos contarle a mamá lo de tu coche volador?

—Puede que en otra ocasión, Aurora —dijo riéndose y pasándome el brazo por los hombros —. Ya ha tenido bastantes sorpresas por un día, ¿no te parece?



19

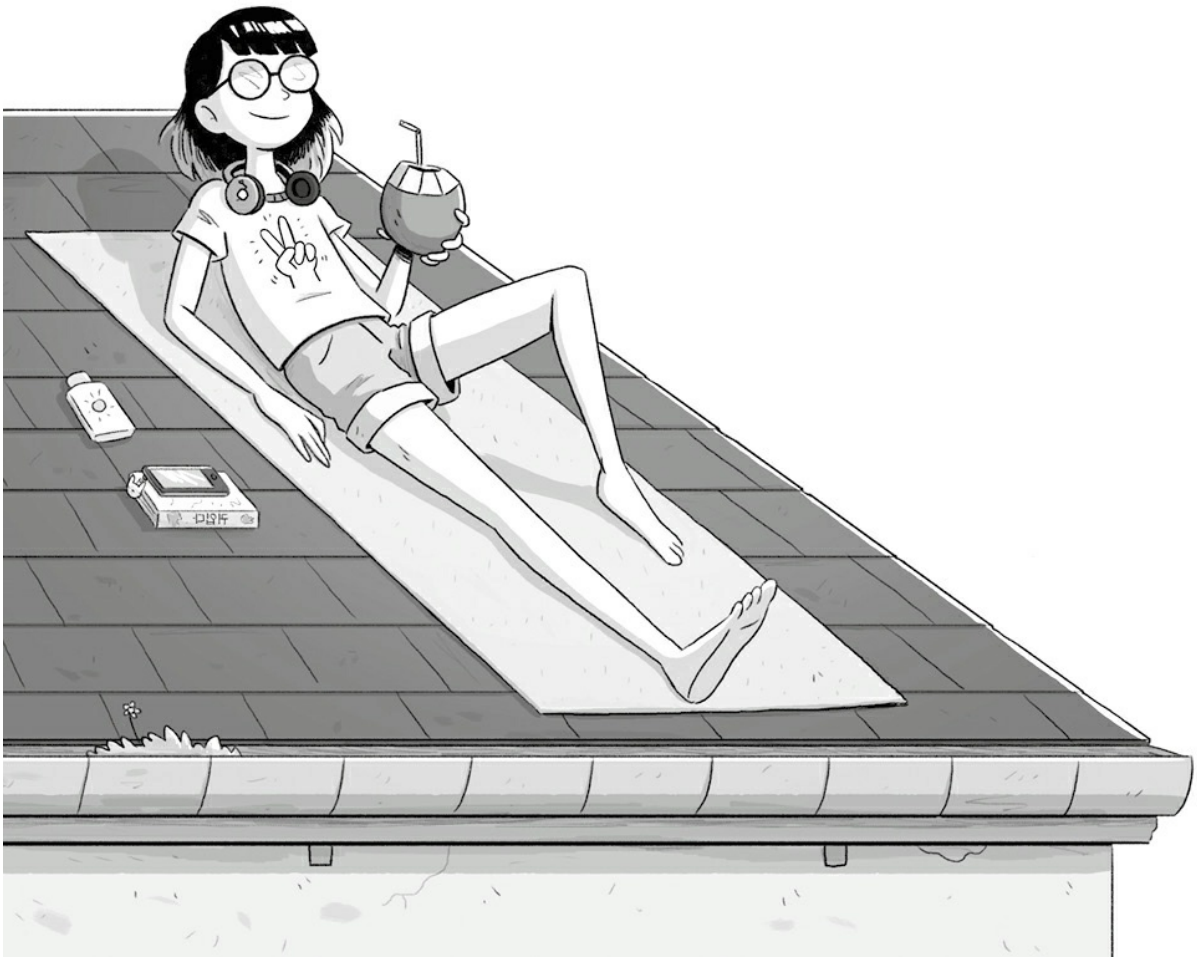
La última semana antes de que volviera a empezar el colegio, mi abuela invitó a toda la familia y a mis amigos a quedarse en su casa de Cornualles y a disfrutar del último sol del verano.

Su invitación incluía a los recién llegados al grupo de Los Brillantes, por supuesto. Cherry sonreía, sorbiendo agua de coco desde su puesto en el tejado:

—Me podría acostumbrar a esto —decía—. Me gustaría que esta semana no terminara. Me quedaría aquí en el Reino Unido un poquito más.

Nos habíamos pasado la tarde allí, sin hacer nada, después de una sesión de observación solar con mi abuela. Suzie había disfrutado tantísimo aquella práctica que nos había dicho que había decidido proponer sesiones de observación solar cuando volviéramos al colegio. Mi madre comentó que la abuela nunca le había parecido tan pagada de sí misma.

—La vista es alucinante —dijo Georgie asintiendo con la cabeza y frotándole la barriga a la alpaca que descansaba a su lado antes de recolocar la toalla sobre las tejas planas—. ¿Qué tal te van esas gafas de sol, Aurora?



Me subí mis gafas de sol de Lightning Girl sobre la nariz:

—Me vienen perfectas.

Sonrió.

—Tú espera a ver lo que he hecho con tu chaqueta del colegio. Los accesorios te van a volver loca.

—Mientras no me castiguen por llevarlos...

—¡Por favor...! —dijo riéndose—. ¿No lo has oído? Nadie castiga a la poderosa Lightning Girl.

Desde el enfrentamiento delante del Parlamento británico, mi nombre había vuelto a ocupar las primeras páginas y ya no las había abandonado. Me alegraba que dijeran cosas agradables sobre mí, ahora que mi nombre había quedado limpio de la sospecha de robo de la Luz del Mundo, pero esperaba que cuando volviera al colegio la atención disminuyera.

Después de todo lo que había sucedido aquel verano, yo había decidido que no habría más apariciones personales, promociones de productos ni sesiones de fotos. Y, sobre todo, tampoco

más programas de televisión a la hora del desayuno.

Y como ya no había una agenda Lightning Girl, mi secretaria vio que no tenía mucho que hacer y presentó su renuncia:

—Creo que volveré a ser nada más que tu mejor amiga —me había dicho Kizzy, borrando mi agenda de su móvil—. Ese es un trabajo a tiempo completo en sí mismo, con todo eso de salvar el mundo y tal. Además, alguien te tiene que recordar cómo poner en funcionamiento esos superpoderes tuyos.

Tal vez estuviera bromeando, pero en realidad tenía razón.

Yo acababa de contarle a mi madre lo de que mis poderes no habían funcionado en la sala de entrenamiento, aquella vez, con JJ y Cherry; pero que después, delante del Parlamento, habían funcionado perfectamente y a plena potencia. Ella me había escuchado con atención y, después, cuando le pregunté por qué pasaba eso, me hacía dicho sencillamente:

—Bueno, ¿no está claro?

Yo le había dicho que no, que no estaba claro, por lo menos para mí.

—Aurora —dijo mi madre sonriendo y perforándome con sus ojos—, tus poderes son parte de ti. Tú habías perdido la fe en ti misma, y eso se reflejó en tus superpoderes. Kizzy y todos Los Brillantes se presentaron aquel día para estar a tu lado y recordarte que creyeras en ti misma... Bueno, por lo que he oído, eso hizo que tus rayos de luz fueran más potentes y deslumbrantes que nunca.

Al principio me había asombrado, pero, cuanto más pensaba en ello, más sentido me parecía que tenía.

Obviamente, no podía hablarles de esto a Los Brillantes por motivos de ego. Fred ya se refería a sí mismo como el presidente primordial de la lucha contra el crimen ante cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle. Hasta se había mandado hacer tarjetas de presentación y las repartía en el metro.

—Eh, amigos, escuchad esto —dijo Kizzy emocionada desde su sitio en la esquina del tejado. Se aclaró la garganta y empezó a leer en voz alta del gran libro que tenía abierto sobre el regazo.

«Por astuto y hábil que sea, el famoso Ladrón del Apagón podría no haber trabajado solo. El inspector Bumble, que trabajó en el caso del robo de la Diadema Campanilla protagonizado por el Ladrón del Apagón en 1998 (diadema perteneciente a lady Camila Camomila), se mantenía firme en su creencia de que el Ladrón del Apagón había sido financiado por una fuente desconocida, pese a los muchos oficiales que han declarado que el detective está “tarumba”. Sin ninguna prueba que apoye su teoría, sin embargo, el detective Bumble abandonó finalmente su idea, dejó el cuerpo unos años después y ahora lleva una tienda de monopatines en Canadá».

—¿Qué libro es ese? —preguntó Cherry, mirando a Kizzy por encima de sus gafas de sol.

—Se llama *Crimen, delincuentes y ladrones a lo largo de las épocas*. Lo saqué de la biblioteca para leer algo ligero en vacaciones —dijo—. Bueno, el caso es que contiene todo un

capítulo dedicado al señor Mercurio.

—Me da la impresión de que el inspector Bumble podría llevar razón —dije pensativa—. El señor Mercurio podría haber estado trabajando todos estos años para la misma persona.

—Y, quienquiera que sea, parece muy poderoso —observó Georgie—. Ha conseguido que nadie piense en él y seguir financiándolo todo este tiempo.

—Y ahora ha conseguido la Luz del Mundo —refunfuñé, con el alma en los pies, como me pasaba cada vez que me acordaba del helicóptero alejándose hacia el sol poniente.

—La recuperaremos, Aurora —dijo Kizzy con decisión—. Tu abuela ha dicho que ya estaba investigando para descubrirlo. Si alguien puede encontrarlo, es ella.

—Hablando del rey de Roma —dijo Georgie riéndose y señalando hacia el suelo con un movimiento de la cabeza—, ¿qué pensáis que pueden estar haciendo? Fred parece aterrorizado.

Mi abuela estaba con Fred, Suzie y JJ en medio del campo que había junto a la casa. No podíamos oír lo que pasaba porque estaban demasiado lejos, pero la abuela parecía darles órdenes, moviendo mucho los brazos, mientras Fred tenía una expresión de intensa preocupación. Kimmy se había unido a ellos muy contenta en el campo, junto con algunas de sus nuevas amigas alpacas, y se había sentado en la hierba a mirar.

Cherry sonrió, cogiendo los auriculares y poniéndoselos en los oídos:

—Te puedo contar exactamente de qué están hablando —dijo—. Dame un momento.

Al cabo de unos minutos de escucha concentrada, ella se quitó los auriculares con una risita.

—¿Qué? —preguntó Kizzy con mucho interés—. ¿Qué pasa?

—La señora Beam les está enseñando principios básicos de artes marciales y, por lo que parece, Fred no está seguro de contra quién luchar primero: si contra JJ o Suzie.

Nos contagiamos la risa unos a otros.

—Es una elección difícil —dijo Kizzy riéndose—. Porque JJ tiene una fuerza superheroica...

—Pero ¿has visto a Suzie justo antes de una competición gimnástica? —dijo Georgie—. Cuando quiere, es feroz.

—Sí, yo diría que está a la altura de JJ —observó Cherry.

Miramos a Suzie levantando la pierna en el aire en una impresionante patada giratoria. JJ la esquivó justo a tiempo, tambaleándose hacia atrás y cayendo de culo en la hierba. La abuela le chocó los cinco a Suzie en un gesto triunfante antes de ponerlos a todos en fila recta para enseñarles el siguiente movimiento.

—Si yo fuera Fred, intentaría luchar contra JJ —dijo Kizzy, y todas asentimos con la cabeza.

—¡Aurora! ¿Estás ahí arriba? —preguntó la voz de mi madre—. ¿Puedes bajar un minuto?

Dejé a las otras y me metí por la trampilla del tejado para bajar por la escalerilla, bajo la cual me esperaba mi madre.

—La tía Lucinda está a punto de irse —me informó—. Pensé que querrías despedirla. Está en la cocina.

Bajé corriendo la escalera y encontré a la tía Lucinda sentada con mi padre y Clara a la mesa de la cocina.

—Te lo estoy diciendo, Henry —decía la tía Lucinda, algo harta—, ¿por qué tienes que enviar a tu hija al campamento de ciencias el año que viene cuando podría aprender a robar bancos conmigo? Coger el truco no cuesta más que unas semanas y teniendo en cuenta la enorme inteligencia de Clara, yo diría que estaría preparada para su primer intento en unos pocos días.

A Clara le dio la risita de ver la cara de horror de mi padre.

—¡Estás ahí, Aurora! —dijo la tía Lucinda, poniéndose de pie y dándome un abrazo—. Justo a tiempo de decirme «¡abur!».

—¿Adónde te vas esta vez de vacaciones? —pregunté con curiosidad—. ¿A Bora Bora? ¿A las Bahamas? ¿A las islas Fiji?

—En realidad, no lo sé —dijo dándose con el dedo en un lateral de la nariz—. Es algo menos que unas vacaciones y algo más que un viaje de negocios. Órdenes de la abuela Beam.

—¿La abuela te manda a una misión? —preguntó Clara emocionada—. ¡Qué guay!

—Sí, supongo que todos debemos poner nuestro granito de arena para averiguar dónde está la Luz del Mundo, pero espero sacar tiempo libre para divertirme —respondió la tía Lucinda.

—La abuela no te quitará los ojos de encima —dijo mi madre sonriendo y haciendo que la tía pusiera los ojos en blanco.

—No se lo digáis a Alfred —se apresuró a decir la tía Lucinda cuando oímos el sonido familiar de las pisadas de Alfred bajando la escalera—. Su norma es no hacer nada que sea trabajo. Es su filosofía y, si se entera, no querrá venir conmigo. Le he dicho que vamos a la Gran Barrera de Coral.

Alfred apareció de repente en la puerta de la cocina llevando aletas, gafas de bucear y esnórquel.



—Ah, hola, cielo, veo que estás preparado —proclamó la tía Lucinda en voz alta, mientras Alfred saltaba emocionado con sus aletas en los pies—. Vamos al coche, ¿vale?

Los seguimos al camino de entrada a la casa, donde esperaba el coche deportivo rosa de la abuela, que ya estaba lleno de equipaje. La tía Lucinda ocupó el asiento del conductor y apretó un botón para bajarle la capota a Alfred.

—¿Vas a ir en el coche de la abuela? —pregunté sorprendida.

—Sí, por lo visto ella ya está trabajando en un nuevo modelo. Ahora que domina la prestación del vuelo, quiere mejorarla. Y la función de invisibilidad no va bien. De todas maneras, mejor esto que nada. —La tía Lucinda giró la llave y despidió con un movimiento de los dedos a la abuela, que le decía adiós desde el campo agitando la mano como loca—. Como siempre, familia, ha sido la monda. ¡Hasta la próxima!

Pisó a fondo el acelerador y se alejó por el camino. Alfred meneaba la cabeza en la distancia.

—¿Es preocupante que piense que podría echar de menos un poquitín a la loca de tu hermana y al cascarrabias de su avestruz? —preguntó mi padre riéndose, mientras les decía adiós con la mano.

—No te preocupes, no tardará nada en regresar para volver a causar problemas —le respondió mi madre lanzando un suspiro—. Pero supongo que las cosas son un poco más interesantes cuando ella anda cerca.

—¿Dónde está Alexis? —preguntó Clara, protegiéndose los ojos del sol con la mano para mirar al tejado—. Me gustaría enseñarles a él y a Aurora mi nuevo libro de geología.

—Está en la guarida subterránea, debajo de la casita, experimentando con todos esos ordenadores. La abuela le ha estado enseñando algunos trucos nuevos. No he sido capaz de sacarlo de allí —le dijo mi madre poniendo los ojos en blanco.

—Tu nuevo libro de geología ¿te lo ha dejado la abuela? —le pregunté a Clara.

—No —respondió mi padre, sacando pecho como un orgulloso pavo real y poniéndole una mano a Clara en el hombro—, ¡Clara lo ha escrito!

—Es más bien un folleto —se apresuró a decir Clara, arrastrando los pies—. Y todavía tengo que corregirlo un poco. ¿Os gustaría verlo?

—¿Estás de broma? —dije riéndome—. ¡POR SUPUESTO que nos gustaría!

—Vamos, Clara —dijo mi padre—. Vamos a por él. Por el camino podemos agarrar a Alexis y obligarlo a salir al sol.

Desaparecieron dentro y, mientras esperábamos, mi madre y yo nos fuimos paseando por el borde del acantilado de la casa de la abuela para ver ponerse lentamente el sol en el mar.

—Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Tienes miedo? —le pregunté en voz baja—. La Luz del Mundo es la fuente de nuestros poderes.

Mi madre dudó antes de responder:

—Un poco. Todo el mundo tiene miedo a veces. Tenemos mucho por delante, Aurora. Pero

llegaremos.

No dije nada, y ella me miró detenidamente:

—Todo irá bien, Aurora, eso lo sabes, ¿no? ¿Cómo no va a ir bien? Mira a tu alrededor.

Dejé de mirar al sol y observé a la abuela, que enseñaba a Suzie, Fred y JJ a dar patadas altas mientras Kimmy ladraba como para dar ánimos; y luego a Kizzy y Georgie, que se partían de risa por algo que había dicho Cherry; y luego a mi padre y a Alexis, que salían con Clara de la casa. Clara llevaba en las manos un montón de papeles y charlaba emocionada.

—Tienes razón —le dije a mi madre con una sonrisa.

—¡Ha sido un verano muy intenso! —dijo mi madre—. ¿No te da pena que se acabe?

Cerré los ojos y me tomé un momento para pensar la respuesta, mientras disfrutaba la calidez de los últimos rayos del sol en la cara.

—No, en realidad no. —Sonreí y me apoyé contra ella, contenta—. Es hora de la próxima aventura.





LA MIRILLA DIARIA

Bosques tropicales, arrecifes y... ¿aurora boreal?

Expertos intentan explicar fenómeno caribeño

Una exclusiva de Henry Nib

Científicos de todo el mundo tratan de explicar la extraña presencia de la aurora boreal en el Caribe a comienzos de esta semana.

Llamada en ocasiones «luces del norte», este famoso fenómeno polar se puede presenciar, sobre todo, en las regiones de mayor latitud del planeta, tales como el Ártico, pero esta semana varios testigos han grabado un fenómeno luminoso muy similar en toda Jamaica.

«No tiene sentido», ha declarado Gilbert Granite, un prestigioso profesor de Ciencias. «Todavía somos incapaces de comprender el misterioso resplandor que apareció en Jamaica hace solo unos días y ya ha desaparecido».



EL HERALDO SEMANAL

¡LIBRE COMO UN AVE!

VEN A AVESTRUZ CONDUCIENDO COCHE VOLADOR

Reportaje especial de Olive Folio

Han surgido numerosas preguntas después de los diversos avistamientos de un avestruz ante el volante de un coche deportivo de color rosa fluorescente volando por el cielo de Cornualles y Devon. Los testigos de esta extraña aparición han acudido a los medios de comunicación para contar lo que habían visto.

«El avestruz llevaba un esmóquel puesto: ¡pude verlo con mis prismáticos!», reveló uno de los testigos. «Cuando vio que yo lo observaba, me saludó haciendo sonar la bocina del coche.»

El Heraldo Semanal ha contactado con el Primer Ministro para recabar una declaración. Mientras tanto, pedimos a nuestros lectores que estén sumamente atentos e informen al instante de cualquier avistamiento de avestruces. ¡Está en juego la seguridad del país!

Agradecimientos

Ha sido una bendición tal poder hacer libros infantiles que he disfrutado cada minuto del proceso, ¡y eso tiene que ver con algunas personas bastante alucinantes! Gracias al fabuloso equipo de Scholastic, que son tan apasionados de Lightning Girl que han trabajado muy duro para que todos los aspectos de este libro resultaran perfectos. Gracias por hacerme sentir tan bienvenida y gracias por esas zapatillas de Lightning Girl tan superguais, ¡ja, ja! Lauren Fortune, Aimee Stewart, Rachel Phillipps, Róisín O'Shea, Rachel Partridge, Andrew Biscomb, Eishar Brar: aquí tenemos otro alucinante paseo con Aurora Beam y su equipo. Qué emoción, os quiero.

¡Katy Birchall, la superestrella! Estoy sorprendida de tu talento y capacidad de organización. Gracias una vez más por insuflar vida y energía a Lightning Girl, ¡no podría haberlo hecho sin ti!

Un agradecimiento enorme al genial James Lancett. ¡Has capturado brillantemente la esencia de mis personajes y has dado vida a mi visión! Steve Simpson, gracias por la ilustración de la cubierta, pega muy fuerte y da una vitalidad enorme a Lightning Girl.

¡Un agradecimiento especial a Lauren Gardner, la de las grandes ideas! No podría sentirme más emocionada con todo, has representado una parte muy importante en todo esto.

¡Gracias a todos los lectores!
Por vuestro amor, vuestras reseñas y vuestras bondadosas palabras. Me hace muy feliz recibir cartas de padres que me cuentan cuánto han disfrutado sus hijos del primer libro. Y si les ha inspirado para leer por primera vez o se pueden identificar con un personaje, eso hace que todo merezca la pena.
Eso me mantiene muy motivada y decidida a seguir creando historias y personajes que inspiren a los niños de todo el mundo. Quiero que sepan lo que valen, que tomen las decisiones correctas y que sigan sus sueños.
Los niños necesitan inspiración, y, si Lightning Girl puede ayudar, me alegro muchísimo.

A todos mis amigos y familia,
gracias por vuestro apoyo y por compartir
mi emoción ante este proyecto.

Feliz lectura :)

Datos superheroicos



Benjamin Jackson Jr. (JJ)

- **Altura:** 1,60 m
- **Conocido por:** su superfuerza
- **No podría vivir sin:** ¡DEPORTES!



Datos superheroicos



Cherry Mirella

- **Altura:** 1,55 m
- **Conocida por:** su oído supersónico y sus ocasionales premoniciones
- **No podría vivir sin:** sus auriculares personalizados



Los Brillantes



Aurora Beam: Lightning Girl



Fred Pepe: presidente de Los Brillantes



Cherry Mirella



Benjamin Jackson Jr. (JJ)



Georgie Taylor: estilista



Kizzy Carpenter: el Cerebro



Kimmy



Suzie Bravo: Chica de goma



Código de conducta de Los Brillantes:

No dejar que Aurora vuelva a la televisión nunca.

1. ~~Mantener los poderes de Aurora como ALTO SECRETO.~~

2. No habrá secretos entre los miembros de Los Brillantes.

3. No confiar nunca en un profesor de ciencias.

4. Seguir los consejos de moda de Georgie.

5. ~~¡¡Mantener los poderes de Aurora como ALTO SECRETO!!~~ *Véase punto 1.*





Foto de John Wright

Alesha Dixon empezó a hacerse famosa por formar parte del grupo Mis-Teeq, nominado en los premios Brit y ganador de los MOBO. El grupo consiguió dos álbumes de platino y colocó siete temas entre los diez más vendidos, antes de que Alesha consiguiera un platino como artista en solitario. Su aparición en 2007 en el programa *Strictly Come Dancing* la llevó a ganar la serie y convertirse en jurado durante tres sesiones.

Desde entonces, ha presentado muchos programas de televisión que incluyen: *Alesha's Street Dance Stars*, programa de danza de la CBBC; *Children In Need, Sport Relief, Your Face Sounds Familiar* y *Dance, Dance, Dance* en ITV. Es una jurado enormemente popular en *Britain's Got Talent.*

«Mi inspiración para crear una superheroína llamada Lightning Girl empezó con el deseo de que mi hija se sintiera empoderada. Ha sido un sueño crear un personaje fuerte al que cualquier niño pueda admirar. Quiero que mis lectores se vean en Aurora, que se enfrenta a problemas en casa y en el colegio, junto con sus nuevos poderes.

Además, siento debilidad por las piedras preciosas y sus propiedades curativas; siempre me he sentido fascinada por sus colores espectaculares y la energía positiva que poseen. Como seres humanos, siempre estamos buscando algo más grande dentro de nosotros mismos, y un sentido más profundo a la vida y es mi creencia que todos tenemos una luz dentro de nosotros que puede provocar cambios y traer bien al mundo...; ¡solo tenemos que utilizarla! :)

¡Busca «Aurora Beam»!



Foto de Ian Arnold

Katy Birchall es la autora de las divertidísimas *The It Girl: Superstar Geek*, *The It Girl: Team Awkward*, *The It Girl: Don't Tell the Bridesmaid* y *Secrets of a Teenage Heiress*.

Katy ha ganado el premio 24/7 Theatre Festival Award al Escritor Humorístico Más Prometedor con una obra sumamente seria sobre un mono ninja en una fiesta.

Sus perros labradores son los amores de su vida, está ligeramente obsesionada con Jane Austen y un día espera despertar convertida en un elfo en *El Señor de los Anillos*.

Título original: *Lightning Girl. Superhero Squad*
Publicado por primera vez en Reino Unido
por Scholastic Children's Books, sello editorial de Scholastic Ltd, 2018

Edición en formato digital: 2020

© Del texto: Alesha Dixon, 2018
En colaboración con Katy Birchall.
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2020
© Del diseño de cubierta: Scholastic, 2018 (Steve Simpson)
© De las ilustraciones: Scholastic, 2018 (James Lancett, representado por Bright Agency)
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-698-7418-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

http://anayainfantil.es/ebooks